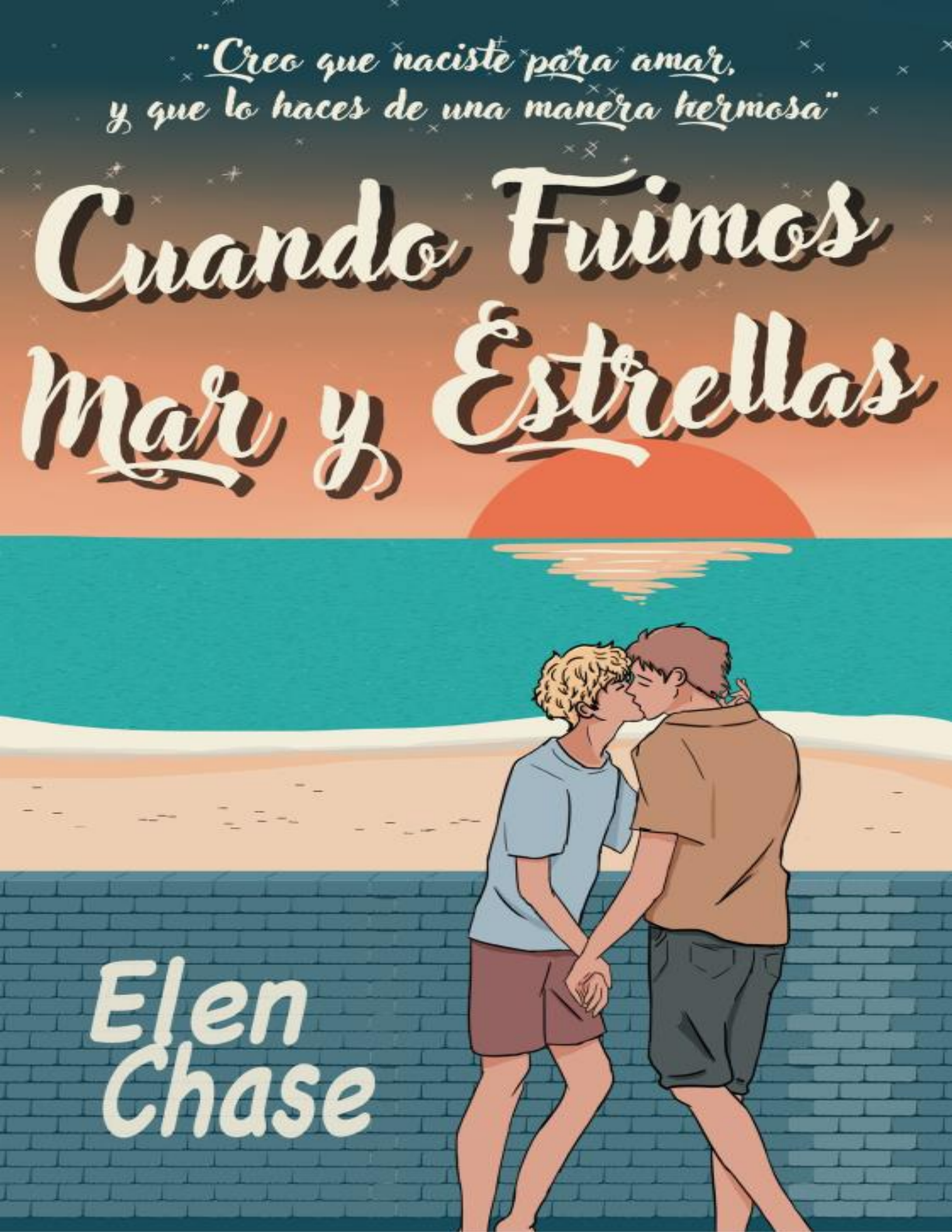
"Creo que naciste para amar,
y que lo haces de una manera hermosa"

Cuando Fuimos Mar y Estrellas



Elen Chase

CUANDO FUIMOS MAR Y ESTRELLAS

ELEN CHASE

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, o con cualquier hecho real es pura coincidencia.

Este libro está protegido por las leyes de derechos de autor de Italia. Cualquier reproducción o uso no autorizado del material o del arte en él está prohibida sin el permiso expreso por escrito de la autora.

Copyright © 2020 Elen Chase
Editado por Kate Mac
Traducido por Gee Rothvoss
Arte de la cubierta por Elen Chase

Todos los derechos reservados.

Para Italia, y para todas las personas cuyas vidas han quedado afectadas por la pandemia del COVID-19. Con la esperanza de que pronto llegue el momento en que podamos volver a abrazarnos.

ACTO 1

Toma mi corazón, y llévatelo
Adonde nadie nos conozca
Donde el tiempo no existe
Donde podemos estar juntas
Atemporales, sin recuerdos, sin pasado.

Safo, Toma mi corazón y llévatelo

JAMES

Hacía calor. Tanto que no podía moverme ni un centímetro. Sin nada más puesto que el bañador, me había hundido en la tumbona que teníamos en el jardín, en el único lugar—bajo el balcón—en el que no daba el sol directamente a aquella hora del día. Notaba la piel sudorosa y blanda contra el respaldo de la tumbona. Las tiras de tela me iban a dejar marca seguro, y tendría que oír las bromitas de Mary sobre que mi espalda parecía queso rallado toda la tarde, pero no podía lograr que me importarse. Me había acostumbrado al extraño sarcasmo que tenía mi hermana pequeña desde que se convirtió en adolescente y, con ello, en una niñata con la lengua muy afilada y muy poco respeto. Y pensar que había sido tan adorable hacía solo unos pocos años... Había estado tan orgullosa de su hermano mayor que me seguía a todas partes, como un perrito. Había creído todo lo que yo decía, y hecho todo lo que le pedía.

Uno pensaría que era normal para cualquier hermano de diecinueve años y hermana de trece distanciarse, pero nuestra relación iba más allá de no caernos bien mutuamente. Mary me odiaba. Me había detestado durante meses, y yo parecía incapaz de encontrar una manera de solucionarlo. Sabía que se suponía que al menos debía intentar arreglarlo; volver a hablarme con Mary era una de las tareas que me había escrito mi terapeuta en la lista que me dio antes de nuestras vacaciones familiares en Italia. Pero, llegados a aquel punto, solía encontrarme preguntándome si merecía la pena hacer el esfuerzo. Sobre todo desde que la oí cuchichear sobre mí con sus amigas.

No sabía si lo hacía para provocarme y que nos peleásemos, por venganza por estar acaparando gran parte del tiempo de nuestros padres últimamente, o solo por el simple placer de ser cruel. La idea de que podría estar celosa de mí por la atención de papá y mamá casi me hacía reír. Era cierto que últimamente habían tenido que pasar mucho tiempo arreglando mis desastres, pero papá apenas me miraba y mamá me trataba como si fuera o bien idiota, o bien una bomba de relojería andante. Y tampoco es que se equivocasen al hacerlo.

La cosa es que… La cagué. Mucho. La cagué hasta el punto de que mi familia ya no podía mirarme del mismo modo. Hasta el punto de que tuve que dejar el instituto y estudiar desde casa hasta la graduación. Hasta el punto de que las últimas palabras que me dijo mi padre mirándome a la cara fueron:

—Estoy tan decepcionado contigo, James.

¿Y Mary estaba celosa de *eso*? ¿O quizá del tiempo que pasaba mamá conmigo dos veces por semana, cuando me llevaba a ver a mi terapeuta? ¡Aquello sí que sonaba a tiempo de calidad juntos! ¡Cualquiera querría algo así!

“Pasar tiempo de calidad en familia” era otra de las entradas en el cuaderno que la doctora Westermann me había hecho traer conmigo a este viaje a Italia. La mera idea de llevar un diario sobre mis recuerdos “felices” con lo que me quedaba de familia era tan incómodo que estuve tentado de tirarlo a la basura en cuanto llegase a casa. Pero se trataba de un cuaderno muy bonito, con una cubierta de cuero azul y papel color crema, y tirarlo me habría roto el corazón. Hacía solo un año, habría estado ansioso por convertirlo en un bullet journal. Habría diseñado cuidadosamente páginas y más páginas sobre cada detalle de los lugares que visitaba, las

personas a las que conocía, el idioma que oía. Italia era, después de todo, un país increíblemente inspirador: cálido, radiante, con tanta historia y arte que descubrir. Los dos días que pasamos en Roma tras aterrizar fueron increíbles. Cuando vi la Capilla Sixtina, fue tan magnífica que casi me hizo llorar: los temas de Miguel Ángel eran evidentemente religiosos, pero también delicados, sinceros y desgarradores.

Cuando dejamos Roma, viajamos hacia el sur. Cuanto más nos acercábamos a la punta de la bota—no es de extrañar que los italianos tengan tanto estilo; ¡su país entero tiene forma de bota!—, más colorido se volvía el paisaje. En el lado derecho de la autopista, el mar brillaba como si estuviera cubierto de cristales; luces blancas refulgentes bailaban sobre una intensa y profunda explanada azul de agua, golpeando la costa rocosa. A nuestra izquierda, colinas verdes y montañas irregulares dominaban el paisaje, alzándose ante nosotros con orgullo. Al haber crecido en Connecticut, estaba acostumbrado a amplias áreas verdes y a conducir durante kilómetros y kilómetros rodeado solo por árboles, pero no se parecía en nada al paisaje que ahora tenía ante mí: el mar y las montañas estaban tan increíble y ridículamente cerca el uno del otro, como si estuviéramos conduciendo por el fondo de un cuadro.

Durante unos días, tras llegar a nuestra casa de vacaciones, pensé que podría encontrar algo allí. Algo que había perdido, o quizá nunca había tenido… Pensé, sentado en silencio en la orilla mientras se ponía el sol, que quizá pudiera *sanar*, como había dicho la doctora Westermann. Quizá pudiera reflexionar sobre por qué las cosas habían salido tan mal en mi vida. O pudiera intentar hablar con mi madre, o mirar a mi padre a la cara.

Ojalá aquella sensación de paz me hubiera durado más allá de las primeras horas en este lugar.

La primera gran decepción de aquel viaje fue que Mary y yo tendríamos que compartir por la fuerza una habitación, algo que nuestros padres habían sabido pero no nos habían contado. Dijeron que esta había sido la única casa que lograron encontrar con tan poco tiempo de antelación, y que no podían descartarla solo porque solo tenía dos dormitorios. A resultas, Mary se atrincheraba en la habitación casi todo el tiempo. Siempre que no estábamos en la playa, se pasaba las horas al teléfono con sus estúpidas amigas o escuchando su música R&B a un volumen excesivo.

Y precisamente con tal de evitarla me estaba derritiendo en el jardín sobre una tumbona de plástico, en vez de echarme una siesta en mi habitación o pasar algo de tiempo a solas con una botella de lubricante.

Aquella era la segunda gran decepción del viaje: conformarme con desahogos rápidos en la ducha, sabiendo que toda mi familia estaba al otro lado de la puerta. Estaba en un punto de mi vida en el que lo último que quería era que nadie de mi familia se enterase, adivinase, o imaginase nada sobre mi vida sexual. No sería la primera vez, pero no tenía ganas de repetir aquella experiencia.

El hecho de que los hombres italianos fueran tan injustamente atractivos no ayudaba. Eran ruidosos y se comportaban como si el mundo les perteneciera, pero igualmente lograban parecer encantadores y perfectos. Y la tercera decepción del viaje era que Internet me había revelado que Italia del sur seguía siendo un lugar bastante homófobo, así que decidí que era mejor no arriesgarme. Tampoco hubiera sabido cómo ligar o encontrar a alguien, de todas formas. Me repetí a mí mismo aquella mentira, fingiendo que mi cobardía era consecuencia de no conocer el idioma.

Me llevé las manos a la cara para frotarme los ojos, intentando apartar el pinchazo de incomodidad que me estaba trayendo demasiado recuerdos a la mente. Inspiré despacio. El aire

cálido y floral de primera hora de la tarde me llenó los pulmones, y lo saboreé en silencio antes de exhalar. Se me avivaron los sentidos, y me concentré en escuchar los sonidos domésticos y ya familiares que me rodeaban. Había un grillo escondido en los árboles. En el vecindario, alguien estaba viendo la televisión mientras lavaba los platos. Con cierta sorpresa, me di cuenta de que la casa justo al lado de la nuestra estaba extrañamente en silencio.

Nuestros vecinos eran una familia de cuatro, justo como nosotros. Los padres eran una pareja de mediana edad que siempre hablaba tan alto que yo era incapaz de saber si se peleaban a todas horas, o si tenían una vida apasionante. No entendía ni una palabra de lo que decían, pero me gustaba escuchar. En mi opinión el italiano, con su mezcla de sonidos suaves y duros, era verdaderamente fascinante, y a veces divertidísimo en cierto modo.

El primer día, cuando llegamos por la tarde, la señora Rosa nos trajo una tarta casera como regalo; lo cual fue amable, pero también súper penoso. Da igual lo que la gente diga de Connecticut; somos perfectamente educados con nuestros vecinos. Así que la saludamos, le dimos las gracias con amabilidad, y entonces… No se marchó. ¿Qué quería? ¿Esperaba que la invitásemos a pasar? ¿Para qué? Ni siquiera hablábamos el mismo idioma. Aquel momento fue tan incómodo que no volvió a llamar al timbre nunca más.

Si la persona que llamó a la puerta hubiera sido uno de sus hijos, que estaban como varios trenes, en vez de ella, probablemente habría intentado ser más amable; o me habría acobardado, dependiendo del momento. El más pequeño de la familia, Marco, seguramente tenía unos dieciséis o diecisiete años. Estaba delgado y en forma, y tenía pelo y ojos de color chocolate. Tenía un moreno perfecto en la piel, y le gustaba llevar el bañador algo por debajo de su cintura para presumir de línea de bronceado. Era un ligón desvergonzado, y siempre estaba rodeado por un gran grupo de amigos y chicas esperanzadas. Se trataba de una de esas personas encantadoras de natural, que siempre terminan siendo el centro de todas las miradas allá donde van; el opuesto total a mí. Incluso atrapé a mi hermana comiéndoselo con los ojos varias veces; lo cual fue, por decirlo finamente, raro.

Marco estaba bueno, y yo tenía ojos en la cara para darme cuenta, pero no era mi tipo. Para ser más precisos, habría sido mi tipo en el pasado. Mi primer flechazo se parecía mucho a él: un chico encantador, popular y hetero, con una sonrisa para morirse y una novia permanentemente colgada de su brazo, como un bolso. No hace falta decir que pillarse por un chico así solo podía acabar fatal. Que, por cierto, así fue.

Todo lo que Marco tenía en común con mi primer flechazo lo hacía extrañamente desagradable a mis ojos. Racionalmente sabía que no era culpa suya que me recordase a Brian… Dios, incluso pensar en su nombre hacía que me ardiese el estómago como si hubiera bebido gasolina y le hubiera prendido fuego.

—Qué tal.

Una voz masculina me habló desde la valla que separaba nuestro patio trasero del de los vecinos. Me giré, sorprendido, ya que no había oído acercarse a nadie. ¿Igual había estado demasiado absorto en mis pensamientos?

Miré al hombre que estaba al otro lado de la valla, con los brazos apoyados en ella despreocupadamente, y sentí que se me paraba el corazón por un segundo dolorosamente largo.

El hijo mayor de Rosa y Giuseppe, Roberto, estaba tremendo. Era alto, de hombros anchos, y tenía una tez olivácea y un cuerpo deliciosamente atlético; además de pelo alborotado castaño, barba de varios días y pómulos perfectamente definidos. Por no mencionar sus ojos. Nunca lo había visto de suficientemente cerca para poder ver si eran verdes o azules, pero fueran del color que fuesen, joder, cómo le brillaban. Como seguía a actores y modelos en redes

sociales, siempre había sido consciente de la existencia de gente como él, pero era la primera vez que conocía a una persona así. Era una de aquellas maravillosas criaturas dotadas de encanto, belleza y elegancia, de esas que la naturaleza suelta en el mundo de vez en cuanto. Están en otra liga totalmente diferente a la del resto de nosotros, seres humanos normales y aburridos, y tan solo podemos mirarlos babeando y soñar despiertos.

Roberto era el único material de pajas que necesitaría aquel verano. Y ahora estaba de pie allí, al otro lado de la valla.

Me llevó unos cuantos segundos recordar cómo respirar. El hombre de mis sueños me estaba hablando a mí. En inglés. Y estaba buenísimo. Viéndolo más de cerca, era incluso mejor de lo que recordaba. Sus ojos eran verdes, después de todo, y sus pestañas eran jodidamente preciosas. Bueno, ¿pueden las pestañas ser bonitas? Nunca se me había ocurrido esa posibilidad, pero las suyas sí lo eran. Las más bonitas del mundo. ¡Y esos dientes! Estaba seguro de que eran perlas de verdad… Este hombre era toda una visión. Quizá un ángel.

Me di una colleja mental por estar perdiendo el tiempo pensando en sus pestañas y sus dientes ridículamente perfectos, e intenté centrarme en el hecho de que me había hablado. Tenía acento, pero no tan fuerte como el de los otros italianos con los que—apenas—había hablado los días anteriores. Le hacía sonar interesante. E incluso me atrevería a decir que sexy.

—Hola —dije, esperando que mi lenguaje corporal no estuviera chivándole mis pensamientos—. ¿Necesitabas algo? —pregunté, y me arrepentí al instante. Al intentar ocultar mi vergüenza, había acabado sonando como un maleducado. ¿Por qué era siempre tan difícil hablar con la gente?

—Para ser sinceros, sí. Pero lo primero de todo: es un placer conocerte. Soy Roberto. —Me ofreció una de sus increíbles sonrisas. Le hacía falta algo, y me encontré esperando poderle ayudar de verdad con lo que fuera que quisiese. ¿Quién podría decirle que no a aquella cara? Debía de tener una vida bien fácil.

—Soy James. Yo también me alegro de conocerte.

—Pareces sorprendido —comentó. Una cosa que ahora ya había entendido sobre los italianos era que les encanta la conversación superficial. Incluso cuando se te acercan por algo en particular, necesitan empezar sus conversaciones hablando de chorradas sin importancia. No había decidido todavía si aquello me gustaba o no, pero ahora mismo estaba hablando con Roberto; así que estaba más que dispuesto a oírle decir cualquier cosa.

—Si te digo la verdad, sí. No pensé que ninguno de vosotros hablara inglés.

—Viajo mucho por mi trabajo. No he hablado con vosotros hasta ahora porque mi madre dijo que no queríais que os molestasen.

No pude evitar soltar una risita.

—No es a malas, pero ¿cómo iba ella a saber eso? Ni siquiera hablamos el mismo idioma.

Él sonrió y sacudió la cabeza.

—Ya me lo imaginaba. Dijo que “le hicisteis entender” que no queríais que os molestasen.

Arqueé tanto las cejas que me dolió la frente.

—No lo pillo. ¿Fue por algo que hicimos?

—No —dijo, como si intentase aguantarse la risa—. Fue algo que no hicisteis.

Me sentía más que confuso.

—¿Tiene algo que ver con la tarta? —Aquella había sido la única interacción que mi familia había tenido con nuestros vecinos, así que supuse que debía estar relacionado con ella.

—Bueno, sí que dijo que no la invitasteis a pasar después de que os llevara la tarta. Ni siquiera para tomar un café.

Parpadeé un par de veces.

—Ah, ¿se suponía que debíamos hacerlo?

—No —dijo de inmediato. Luego, tras unos segundos—, pero más o menos. Sí. Quiero decir, no teníais por qué. Pero en cierto modo sí.

No podía creer que estuviéramos teniendo una conversación tan absurda. Sin darme cuenta siquiera, me salió una risa descontrolada de lo más profundo del pecho. Me reí como no lo había hecho en años, hasta tener los ojos húmedos. Roberto también se estaba riendo, aunque no tanto como yo.

Estaba charlando y partiéndome de risa con el hombre más apuesto del planeta por una estúpida tarta y una invitación a tomar café supuestamente obligatoria. El mundo era un lugar misterioso.

—¿Por qué? —logré decir, sin aliento, después de que mis carcajadas se hubieran calmado un poco.

—Porque esto es Italia.

—Ya, supongo que eso lo resume bastante bien. —Me sequé los ojos con el dorso de la mano—. Bueno, ahora que hemos aclarado ese malentendido, si hay algo que pueda hacer por ti soy todo oídos.

Alcé los ojos para mirarlo directamente a la cara, y me encontré a Roberto mirándome con intensidad. Estaba sonriendo, con una pequeña sonrisita educada que por alguna razón hizo que me cosquillease el estómago y me secó la boca. Me humedecí los labios y esperé a que me contestase. Me pregunté si notaba la atracción enloquecedora que sentía hacia él. Esperaba no estar siendo demasiado evidente, y estarme dejando en ridículo.

—Gracias —dijo con calma—. ¿Puedo tomar prestado un poco de cartón?

—¿Cartón?

—Vamos a organizar una barbacoa esta noche.

—Oh. Bueno, lo que sí tenemos es un poco de carbón.

—¡Ah! —exclamó, señalándome—. Carbón. Esa era la palabra.

—Te has acercado bastante. —Me levanté de la tumbona, sintiéndome como si me estuviera dejando media espalda pegada a ella, y entré en el garaje para coger la bolsa de carbón. Me acerqué a él y le pasé la bolsa por encima de la valla.

—¿Seguro que no te hace falta decírselo primero a tus padres? —preguntó antes de aceptar la bolsa.

—No pensamos hacer una barbacoa pronto, así que no pasa nada. Se lo diré luego, y ya está.

—Vale, gracias —dijo, tendiéndome la mano para que se la estrechase.

Dudé, porque tenía las manos sudorosas de cojones, pero luego se la di. Tenía la piel cálida, y ligeramente áspera. Me gustaba.

Sin soltarme la mano, dijo:

—Para evitar cualquier otro malentendido, quiero que sepas que aunque dije que lo tomaría prestado, no te lo voy a devolver. Jamás de los jamases.

Aquello me hizo soltar una risita.

—Sí, así es también como funciona básicamente en mi tierra.

—Pero —continuó— tu familia y tú estáis más que invitados a venir esta noche. En realidad, quizá me ofenda si no lo hacéis.

Se me abrió la boca de par en par. Olvidé cómo se hablaba por un momento.

—Yo… Bueno, no sé, me sentiría muy fuera de lugar.

—Nadie está fuera de lugar cuando se trata de comer. En serio, hemos invitado a la mitad de la ciudad y la otra mitad va a venir de todas formas. Asamos la carne a la parrilla, y todo el mundo trae un plato distinto. Oh, y también van a venir los alemanes de la casa calle abajo.

No tenía literalmente ni idea de que había alemanes en “la casa calle abajo”, ni mucho menos de por qué debería importarme. Debió de ver aquello en mi cara, porque añadió:

—Hablan inglés.

—Oh.

—Confía en mí —dijo en un tono de voz terriblemente cálido. Apretó mi mano con la suya—. Será divertido.

ROBERTO

Veintidós mensajes en una hora. Para estar demasiado ocupado para venir a casa conmigo, Luca tenía bastante tiempo libre. Sabía que debería contestarle, pero no me apetecía pasarme todas mis preciadas vacaciones escribiendo mensajes; ya no era un adolescente. Leí por encima los mensajes, solo para asegurarme de que ninguno decía nada que fuera verdaderamente importante, y luego me decidía responder solo al último. El mensaje decía, "Te echo de menos". Me preparé y escribí las palabras, "Yo también te echo de menos"; y luego la borré. En su lugar escribí, "Te llamaré pronto", y le di al botón de enviar. Ambos eran mentira, pero el segundo lo era un poquito menos. Sí que pensaba llamarle. En algún momento.

Luca llevaba siendo mi novio dos años. Tras haber tonteado por ahí durante años mientras estaba en la universidad, en cuanto encontré un trabajo decidí que era hora de buscarme una relación estable. Había experimentado, me había divertido y había probado todo lo que quería probar. Sentía que era hora de sentar la cabeza, y Luca era perfecto para mí. Nos conocimos en 2015 en un concierto de Madonna, en Turín, y empezamos como amigos. Nos gustaban las mismas cosas: libros, películas y, evidentemente, estrellas del pop rubias. Nuestra relación nunca fue demasiado apasionada, como no lo había sido ninguna de mis relaciones, pero estábamos bien. Funcionaba. Empezamos a vivir juntos tras solo unos meses, como si fuera el resultado natural de salir juntos. Era conveniente, ya que su casa estaba más cerca de mi trabajo que la mía y también era más grande. ¿Para qué pasar horas conduciendo hasta la otra punta de la ciudad, cuando podíamos ir a casa y pasar tiempo juntos allí? Era casi un tema de supervivencia; sobre todo porque vivíamos en Milán, que en hora punta es básicamente una jungla gris cubierta de niebla tóxica.

Vivir con Luca era simple, quizá porque éramos los vivos estereotipos, que se complementaban a la perfección, de un sureño y un norteño. Yo cocinaba y él limpiaba. Yo bebía y él conducía. Yo me gastaba el dinero y él ahorraba. Yo bromeaba y él ponía los ojos en blanco. Pero siempre que le besaba, él me devolvía el beso. Mi vida con Luca era muy doméstica y *normal*, y no había tenido ninguna duda en llevarlo a casa para que pasase la Navidad con mi familia; sobre todo cuando descubrí que su relación con sus padres era casi inexistente.

Nunca olvidaría las caras de mis padres cuando lo conocieron. En Italia del sur, llevar a una pareja a casa es algo gordo. Significa, *voy a pasar el resto de mi vida con esta persona*. Es algo un poco anticuado, y muchas parejas rompen de todas formas incluso después de haber sido presentadas, pero no es así como *debería* ser. La regla, si se la puede llamar así, es que te casarás con la persona a la que traigas a casa. Porque una vez que pisan tu hogar, comen con tus padres, y duermen bajo tu techo, se convierten en parte de la familia.

Cuando mamá vio a Luca por primera vez, estaba más que emocionada. No se podía creer que hubiera alguien dispuesto a construir una vida conmigo. Probablemente fuera porque, desde que era adolescente, ninguna de mis relaciones había durado más que unas pocas semanas. Siempre había tenido amigos a puñados, y nunca me había costado encontrar una cita, pero por algún motivo era incapaz de conseguir que se quedaran conmigo.

Mi primo y mejor amigo, Francesco, me dijo una vez que pedía demasiado; lo cual yo no

consideraba que fuera cierto. Nunca pedía más de lo que mis parejas estaban dispuestas a darme. Si alguna vez lamentaban algo, era en realidad que yo no pedía suficiente. A menudo oía cosas como, "¿Estás seguro de que no te importa si hago esto?", o "Esperaba que me dijeras que no", o más a menudo, "No estoy seguro de importarte". A veces casi me parecía que querían que me sintiera celoso.

Nunca había entendido los celos, y no tenía ni idea de cómo algunas personas podían encontrarlos atractivos; negarle la libertad a la persona que se supone que amas no tiene mucho sentido, ¿no?

Luca no estaba celoso de mí, y no se quejaba de que yo no sentía celos por él. Siempre pensé que esa era la razón por la que conseguíamos que funcionase. Pero eso era antes de que las cosas empezaran a enrarecerse entre nosotros.

El febrero pasado él cambió de trabajo y comenzó a trabajar por turnos, así que el tiempo que pasábamos juntos se redujo rápidamente a menos de una hora al día. Tras un tiempo, me di cuenta de que disfrutaba pasando tiempo a solas. No sentía la necesidad de hablarle sobre mi día, y él no me preguntaba. Cuando le preguntaba por su trabajo, sus respuestas me aburrían. Incluso el sexo terminó por no ser más que un hábito; lo hacíamos porque lo necesitábamos y se suponía que debíamos, y estaba bien. No increíble, pero *suficientemente* bien. Apenas éramos suficiente.

Y de pronto me encontré pensando, *¿y tengo que vivir así el resto de mi vida?*

Con la excusa de venir a mi ciudad natal para la boda de una prima, le invité a quedarse conmigo durante todas las vacaciones de verano, esperando que nos ayudara a refrescar un poco nuestros sentimientos. Pero Luca dijo que prefería quedarse en Milán y trabajar, y quizá pedirse vacaciones más tarde.

No me importó demasiado, pero a la vez pensé que podía utilizar estas pocas semanas de vacaciones para reflexionar sobre nuestra relación. Cuando se lo dije, tuvimos una pelea bastante fea. Luca me acusó de que no me importaba lo suficiente, y de que quería arruinarlo todo.

La historia de mi vida, en esencia.

Aquella escenita tan ridícula solo hizo crecer más mis dudas. Intenté calmarlo, y al final le pedí que me diera un tiempo para pensar sobre nuestro futuro. Y le habría pedido también algo de espacio, de haber sabido que acabaría escribiéndome cada cinco minutos.

—Bueno, ¿entonces van a venir esta noche? —me preguntó mamá, trayéndome de vuelta a la Tierra.

—¿Quién? —pregunté, parpadeando un par de veces.

—Los estadounidenses —especificó, como si fuera la cosa más obvia del mundo. Era divertido ver cómo mamá y sus amigos estaban fascinados por nuestros nuevos vecinos; hablaban sobre ellos, se preguntaban cómo eran sus vidas, y luego se asustaban demasiado como para conocerlos.

—Sí, eso creo —le dije—. Ese chico fue muy amable conmigo. Creo que los juzgaste mal, *ma*.

Me miró en silencio, y luego se fue a la cocina.

—Debes de estar ciego —me dijo mi hermano Marco en voz baja, mientras metía toda la cara en una enorme rodaja de sandía. Había estado tan callado todo aquel tiempo que a mí casi se me había olvidado que estaba allí—. Es evidente que ese chico está pillado por ti.

La pasión por el marujeo de Marco me recordaba a la de mamá. Teniendo en cuenta la diferencia de edad entre nosotros, nunca habíamos sido muy cercanos, pero últimamente apenas lo reconocía como mi hermano pequeño. Había crecido mucho desde que me mudé a Milán, y verlo solo en Navidad y en verano no ayudaba a mantener nuestra relación. Ahora, en concreto,

no me había esperado que hiciera un comentario sobre James y su supuesto enamoramiento conmigo.

—Ay, por favor. ¿Y tú qué sabrás? —me burlé.

—Es tirando a obvio. En la playa te mira, en plan, todo el tiempo.

Por un momento me pregunté si debería decirle que era un poco raro para un hombre heterosexual como él darse cuenta de aquello, pero abandoné la idea. En su lugar preferí concentrarme en lo que sabía sobre James.

Sí, habíamos hecho contacto visual unas pocas veces. James era injustamente mono, con sus grandes ojos azules, su pelo rubio ondulado, y sus labios rojos; la mayoría del tiempo mostraba una expresión inocente, pero a veces le brillaban los ojos de pronto, revelando quizá una mente traviesa. Nunca había pensado que pudiera estar interesado en mí, pero si ese fuera el caso…

Si ese fuera el caso, ¿qué?, me pregunté. Hacía unos años habría intentado ligar con él, pero ahora estaba en una relación exclusiva. Las cosas con Luca no iban bien, pero nunca le engañaría.

Probablemente no debería pensar en James en absoluto. De hecho, debería preocuparme más por lo que fuera que estaba haciendo mi madre en la cocina. A juzgar por los ruidos, estaba cocinando algo.

—¿*Ma*? —la llamé—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy haciendo tiramisú.

Marco y yo nos miramos.

—¿Por qué? —dijo mi hermano.

—Si vienen los estadounidenses, no queremos quedar mal.

—¡Ni siquiera te caen bien! —señaló Marco.

—No es cuestión de caerme mejor o peor, es cuestión de modales.

◆ ◆ ◆

James sí que vino a la barbacoa. Trajo a toda su familia, como yo le había pedido que hiciera, que trajo una botella de vino tinto para nosotros. Marco y yo bromeábamos a veces sobre el hecho de que su familia parecía sacada de alguna serie cómica de televisión: la madre de James era rubia, delgada, e iba siempre bien vestida. Tenía las uñas pintadas de rojo, y el pelo perfectamente peinado. Su padre tenía aspecto más bien de cerebrito: era por lo menos veinticinco centímetros más bajito que su mujer, tenía grueso pelo negro, llevaba gafas de pasta, y nunca lo había visto vestido con nada más informal que una camisa y pantalones cortos, ni siquiera en la playa. La benjamina de la familia, Mary, se parecía mucho a su padre. James, por su parte, era la viva imagen de su madre.

El señor Troester, el tipo alemán que vivía en la casa calle abajo, empezó a charlar con el padre de James; era casi como si hubiera estado deseando practicar su inglés con alguien. Su esposa, por otro lado, presentó a la madre de James a mi madre y sus amigas, traduciendo lo que decía del inglés al italiano. En torno a ellas se acumuló una pequeña multitud, curiosa por saber más sobre nuestros misteriosos vecinos estadounidenses.

Marco y sus amigos, de forma parecida, habían rodeado a Mary y James; algunos hablaban en inglés bastante decentemente. No pude evitar pensar que mi hermano debería aprender de ellos. Mary contestaba a sus preguntas con entusiasmo, acaparando toda la atención. Mientras tanto, James tenía pinta de estar arrepintiéndose de estar allí. Como cualquier otro introvertido, seguramente estuviera buscando la oportunidad perfecta para apartarse del foco de

atención.

Nunca tengo problema en estar con más gente, pero no soy la clase de persona que obligaría a alguien a ser sociable cuando no le apetece. Me sentía mal por haber puesto a James en aquella tesitura, así que me acerqué a él y le pedí que entrase conmigo en la cocina para coger unos cuantos platos más. Cuando le hice sentarse en la encimera y le ofrecí un perrito caliente, vi cómo literalmente dejaba escapar un suspiro de alivio. Me senté al otro lado de la península, en silencio. No había encendido la luz al entrar, pero las lámparas que había junto a la ventana alubraban más que suficiento. Durante un rato, el único sonido que oímos fue la charla de la gente que estaba fuera.

—Lo siento, no se me da muy bien estar con gente —me dijo, con los labios apretados en una fina línea. No supe decir si estaba decepcionado con la fiesta, o consigo mismo.

—No pasa nada. Sé que los amigos de Marco parecen un puñado de idiotas, pero son buenos chicos. Deben de tener más o menos tu edad.

—Tengo diecinueve años.

—Entonces solo les sacas dos.

—¿Y tú? ¿Cuántos años tienes? —me preguntó, con la curiosidad haciendo brillar sus grandes ojos azules. Me hizo querer tomarle el pelo.

—¿Y si intentas adivinarlo?

—Treinta y cinco.

—Muy gracioso.

James esbozó una sonrisa socarrona. Le pegaba eso de sonreír.

—Entonces supongo que… Veinticinco —concluyó, tras pensarlo unos segundos.

—Te has acercado, tengo veintiséis. ¿Qué quieres beber? ¿Te parece bien una cerveza? —pregunté, abriendo la nevera.

—En realidad, la edad legal para beber en Estados Unidos son los veintiuno.

Arqueé las cejas, y solté una risita.

—¿Así que la gente de verdad le hace caso a eso? Supongo que vuestras series de televisión me han engañado. ¿Qué te parece una Coca-Cola?

—Perfecto, gracias.

Le di una lata. La abrió y le dio un sorbo, con la mirada perdida.

—Hay algunas excepciones, dependiendo de dónde vivas. Pero las leyes sobre el alcohol para menores son demasiado complicadas, así que prefiero no jugármela.

—¿Y dónde estás? —pregunté. James se limitó a mirarme a modo de respuesta, así que reformulé la pregunta—. ¿Exactamente de dónde eres?

—Connecticut —respondió, y se apresuró a añadir—, pero no espero que sepas dónde está. Digamos que cae cerca de Nueva York. Aunque mi abuelo me mataría si me oyera decir eso.

Se me escapó una risita.

—Conozco la sensación. Vivo en Milán, y allí nadie tiene ni idea de dónde está este pueblo, así que me limito a decir “entre Nápoles y Sicilia”.

James le sonrió al suelo y asintió. Entonces se giró hacia mí, y sus ojos se entretuvieron en mi cerveza un largo momento. Me pregunté qué estaría pensando; estaba claro que tenía algo en mente. Tomé un sorbo de mi lata y dije:

—Es raro que te consideren lo suficientemente maduro como para conducir a los dieciséis, pero que no puedas beber hasta los veintiuno.

—¿Y cuándo aprendéis aquí a conducir?

—A los dieciocho.

James dejó escapar una breve carcajada y sacudió la cabeza.

—Os sacáis el permiso el mismo año que os permiten beber. Eso no suena demasiado brillante, ¿no te parece?

Tenía cierta razón. Me reí y desvié la mirada a la ventana. En el patio, todo el mundo parecía estar pasándoselo bien. Cuando volví a mirar a James, me di cuenta de que estaba observando mi lata de cerveza otra vez, así que se la ofrecí.

—¿Quieres compartir conmigo? Te prometo que no te vas a emborrachar.

Sus ojos azules me miraron con sorpresa, y se le entreabrió la boca. Mirándome a los ojos, se mordió el labio inferior.

—Vale —dijo en voz baja—. Estamos en Italia, después de todo.

JAMES

Para ser sincero, odiaba el sabor de la cerveza, la cual había bebido más veces de las que pensaba admitir delante de Roberto. Pero ni de coña me iba a perder la oportunidad de compartir una bebida con él. Iba a poner los labios donde él había puesto los suyos, lo cual contaba como beso indirecto. Dios mío, qué buena decisión había tomado cuando dije que iría a la barbacoa.

Planeaba quedarme la lata. ¿Cómo podía llevármela a casa sin que él se diera cuenta? Podía escaquearme. Después de todo, ya había recibido más de lo que nunca me habría esperado de aquella fiesta; era hora de irme a casa y estar solo, por fin, un rato. Estaba cansado de estar cachondo de cojones todo el tiempo. Esperé hasta que llamaron a Roberto para que saliera a ayudar a su padre con la barbacoa, y me acerqué a la puerta.

Esperaba marcharme sin que nadie se diera cuenta, pero un hombre y una mujer que rondaban la edad de Roberto, y probablemente eran pareja, estaban de pie justo delante de la puerta principal, bebiendo vino tinto y charlando. En cuanto me acerqué noté que la chica me prestaba atención. Era bajita y delgada, con la larga melena de rizos oscuros recogida en una coleta y grandes ojos marrones. En su mano izquierda brillaba un anillo de compromiso precioso. Me sonrió con una expresión cálida y abierta, la esperable de alguien que es tan increíblemente feliz que no puede evitar compartir su alegría con todas las personas con las que se cruza.

—Hola, qué tal —me dijo en inglés—. Debes de ser James. Soy Claudia, ¡encantada de conocerte!

—Encantado —respondí, preguntándome cómo coño sabría mi nombre.

Su prometido debió de leerme aquel pensamiento en la cara, porque dijo:

—Hemos conocido antes a tu madre. Dijo que os quedaréis aquí el mes entero. —Tenía un acento británico muy limpio—. Soy Francesco, el primo de Roberto y Marco.

Se apoyó contra la verja cuan largo era, relajando su cuerpo tonificado mientras me miraba con ojos de color marrón claro. La cálida luz de las lámparas le daba un tono dorado a su pelo castaño, que enmarcaba a la perfección su rostro esculpido. En ese momento pensé que aquella familia había sido bendecida con unos genes espectaculares. Francesco no era tan guapo como Roberto—aunque bueno, claro, nadie lo era—, pero también era bastante atractivo.

—¿Eres italiano? —pregunté, bastante sorprendido. Esperaba no estar sonando muy maleducado—. Quiero decir, tu inglés suena perfecto.

—Vaya, gracias —dijo Francesco, inclinando levemente la cabeza—. Sí, soy cien por cien italiano.

Claudia sonrió ampliamente y se giró hacia él, diciendo:

—Espero que ahora no te pases la noche presumiendo sobre esto.

Francesco se limitó a hacer una mueca. Me gustaba la dinámica entre ellos.

—Así que ¿ya te ibas, James? —me preguntó Claudia. Noté una familiar punzada de vergüenza de nuevo en la boca del estómago, y fui incapaz de mirarla.

—Sí, en plan, no… —dije.

Francesco me ofreció una mirada comprensiva.

—Sé cómo te sientes. Si te soy sincero, yo tampoco puedo esperar a irme a mi casa. No

puedes empezar una barbacoa a las nueve; nadie cena tan tarde. Esta gente no está bien de la cabeza.

Me confundió un poco aquel último comentario. Claudia me lo explicó.

—Fra nació y creció en Milán. No entiende cómo nos divertimos aquí, en el sur.

Estaba a punto de preguntarle a Claudia cómo se habían conocido cuando un chico joven con el pelo negro corto y gafas de pasta la llamó, haciéndole unos gestos para que se acercase al centro del patio trasero. Se excusó y siguió al hombre, que llamó la atención de todo el mundo con unos suaves toquecitos de un cuchillo contra su copa de vino. Cuando todo el mundo tuvo los ojos puestos en él, y me di cuenta de que además alguien lo estaba grabando todo con el teléfono, comenzó a soltar un discurso del que yo no entendí ni media palabra. Al final hizo un brindis, mirando a Claudia a los ojos con intensidad, y todo el mundo vitoreó y aplaudió. Claudia parecía enormemente avergonzada, pero le sonrió y se besaron, haciendo que alguien silbara desde la multitud.

Devolví la mirada a Francesco, que se giró para mirarme como si no hubiera pasado nada.

—Se casan en unas semanas —explicó—. Rob y yo hemos venido de Milán específicamente para esta boda, como la mayoría de gente que ves por aquí. Es algo así como el evento del año.

—Ya veo —dijo—. Perdona, pensé que estabais…

—¿Pensabas que estábamos prometidos? —Sonrió—. Solo es otra prima mía. Prepárate, porque esto lo vas a oír mucho. Aquí todo el mundo es primo de alguien.

No pude evitar una breve carcajada. Qué cosa más italiana había dicho.

—Fra, veo que has conocido a nuestro nuevo vecino. —Rob se nos acercó, y en cuanto lo vi el corazón me dio un vuelco en el pecho, ya que recordé que seguía sujetando la lata de cerveza vacía que habíamos compartido. La escondí tras un arbusto tan rápido como pude; nunca le permitiría ver que seguía teniéndola. Roberto se giró hacia mí y dijo:

—Te diga lo que te diga, no le hagas caso. —Le pasó un brazo por los hombros a su primo, y añadió—. Nunca te fíes de un tipo que mira a escondidas su teléfono para leer correos del trabajo. De alguien así no te puedes esperar nada bueno.

—Que te jodan, Rob —dijo Francesco, poniendo los ojos en blanco—. Como le estaba diciendo a James, no tiene sentido cenar tan tarde. Apuesto a que nadie va a ver las estrellas esta noche —añadió con un suspiro.

—¿Las estrellas?

—Claro, supongo que se me olvidó explicártelo —dijo Roberto—. Las Lágrimas de San Lorenzo son en tres días, el diez de agosto. Es la noche que tendremos una lluvia de estrellas, así que pensábamos hacer una barbacoa e ir a la playa para ver las estrellas con el telescopio de mi tío. Pero el tío Mario ya no estará aquí para entonces, así que adelantamos la fiesta.

—Lo cual es ridículo, porque la lluvia de estrellas solo será visible entre el diez y el quince, pero al menos tendremos la oportunidad de usar el telescopio. Es una pena que no vayamos ni a ir a la playa —señaló Francesco—. Mira al tío Giuseppe. El hombre está dispuesto a seguir dándole a la barbacoa por lo menos otras dos horas.

Miré a Giuseppe, el padre de Roberto. Se había quitado la camisa y tenía las mejillas de color rojo encendido, pero mostraba la expresión concentrada y decidida de un héroe de guerra. Ni siquiera la enorme pila de paquetes de carne cruda que lo estaban esperando sobre la mesa parecía achantarlo. Un aplauso para él.

Probablemente nos oyera decir su nombre, porque se giró hacia nosotros. Dijo algo en

italiano, de lo cual solo entendí el nombre de Francesco, y su sobrino puso los ojos en blanco mientras se acercaba a él.

—Nunca he visto una estrella fugaz —dije, casi sin pensar—. ¿Crees que podré verlas desde nuestro balcón?

—¿Por qué, te vas ya? —preguntó Roberto. No debería haber dicho eso. Se me cayó el alma a los pies.

—No es que no me guste la fiesta… Está genial, de verdad que sí…

—No tienes que inventarte excusas ni nada, James.

—No, en serio. Mira a mi familia: habéis conseguido que mi hermana suelte su puto teléfono durante un rato, mi madre ha hecho amigas, y mi padre está… Espera, ¿qué están haciendo? —musité, concentrado ahora en mi padre, que estaba jugando un juego de cartas con unos cuantos del pueblo. Se estaba riendo, lo cual era raro. Mi padre no se reía nunca. Sobre todo cuando estaba cerca de mí.

—Están jugando a la *briscola* —explicó Roberto—. Personalmente mi favorito es el *tressette*, pero la *briscola* es un clásico.

—Parece entretenida —dije.

—Lo es. —La sonrisa indescifrable y deslumbrante de Roberto me estaba haciendo sentir incómodo. Seguramente estuviera siendo borde con él, cuando no pretendía serlo—. Te puedo enseñar —se ofreció, haciendo que mi corazón se disparase.

—¿Ahora? —dije, algo falto de aliento. Quería desaparecer.

—No. —Soltó una risita—. Mañana, en la playa. ¿Qué te parece?

Quería volver a verme. En la playa. Para pasar tiempo conmigo. *Conmigo*. Empecé a dudar si no estaría soñando. Tenía que ser un sueño.

—Vale —dije con timidez.

—En cuanto a tu pregunta, no creo que puedas ver las estrellas desde el balcón. La luz de las lámparas del patio no te van a dejar.

Una lástima. Una auténtica lástima.

Antes de que pudiera decir nada, Roberto añadió:

—¿De verdad necesitas irte a casa? Porque si no, tengo una idea.

¿Cómo podría decirle que no a esa carita?

Rob y yo nos escaqueamos de la fiesta sin que nadie nos viera. Todo el mundo estaba riéndose, jugando y comiendo. Era bueno que se hubiera plantado allí el vecindario entero, porque si no alguien se habría quejado del ruido seguro.

Cruzamos la calle y la estrecha pasarela que separaba las casas de la playa. Una vez allí, Roberto se quitó los zapatos y se enrolló el bajo de los pantalones hasta las rodillas, y yo hice lo mismo. Cuanto más nos acercábamos al agua, más débiles se volvían los ruidos de la fiesta, hasta que desaparecieron por completo.

Era extraño pasear por la playa en medio de la noche. El suelo estaba frío y un poco húmedo, y la textura áspera de la arena resultaba agradable contra mis pies descalzos. El mar parecía una extensión sin fin de tinta negra; las olas eran más pequeñas que las de un lago, y rompían en silencio contra la orilla para dejar solo una débil sombra azul claro. No abrí la boca siquiera. No podía. En parte porque no sabía qué decir, y en parte porque cualquier palabra habría arruinado la magia del momento. Llegamos al embarcadero público y recorrimos el caminito de madera que llevaba hasta el agua. En la punta más alejada de la orilla había unas cuantas barcas amarradas con cuerdas. Roberto se metió en una de un salto, y me ofreció la mano para que lo siguiera. Fue buena idea por su parte, porque por poco pierdo el equilibrio nada más

tocar con los pies el fondo de madera de la barca.

—Cuidado —dijo Roberto con voz reconfortante, ayudándome a levantarme—. Este es el barco de papá. Todo el mundo ha dejado las barcas aquí fuera esta noche porque el mar está en calma. De esta manera, pueden salir a pescar mañana temprano.

—Entiendo —susurré, mirando al agua ensimismado. Era como flotar en la oscuridad. Quería tocar la superficie, pero casi me daba miedo pensar que, si lo hacía, quizá la oscuridad me arrastraría hasta el fin del mundo.

—¿Alguna vez te has bañado en el mar de noche? Es algo típico aquí —dijo Roberto, metiendo el brazo en el líquido negro—. El agua se queda muy calentita por la noche, ¿ves?

Todavía dudando, rocé yo también el agua con los dedos. Sí que estaba calentita.

—Es increíble —logré decir.

Roberto se rió y se tumbó en la barca. Tenía los dos primeros botones de la camisa desabrochados, y tuve que resistir la tentación de enterrar el rostro en la curva de su cuello. Aquello seguramente fuera un poco extremo, pero por un momento pensé que de verdad podría intentar besarlo, lo cual era… Raro en mí. Nunca me había gustado besar cuando me liaba con alguien; me parecía algo demasiado íntimo.

Tragando saliva, me tendí a su lado, con el hombro rozando ligeramente el de él; y me quedé sin palabras. Sobre nosotros, el cielo estaba lleno de estrellas. Nunca había visto tantas. Ni siquiera *sabía* que había tantas. Las olas mecieron la barca y yo me sobresalté, casi esperando que se nos cayera encima el cielo. Los dedos de Roberto me rozaron la mano con delicadeza, y yo me encontré estrechándoselos. No le miré, porque estaba totalmente fascinado con el cielo ante nosotros.

—¿Estás bien? —me preguntó con un susurro.

—Estoy un poco sobrepasado —dije con voz ronca. Aquello era el eufemismo del siglo. Nunca me había sentido, a la vez, tan asombrado y tan asustado.

—Si ves una estrella fugaz, no olvides pedir un deseo.

—Igual si veo una estrella fugaz ahora mismo me acojono de muerte —confesé—. Si lo piensas, la Tierra no es más que una bola flotando en medio de la nada. ¿Cómo puede ser que no lo haya entendido hasta ahora?

Oí que se reía un poco a mi lado.

—Sé a lo que te refieres. Somos enanos e insignificantes.

—Ahora puedo morir en paz.

No sé por qué me salió decir eso. Lo raro era que lo decía de corazón. Roberto no dijo nada, pero entrelazó sus dedos con los míos. Me apretó con fuerza la mano, y casi lloré cuando me di cuenta de que aquel era el gesto más íntimo que había compartido con otra persona en toda mi vida.

Nada de aquello tenía sentido. No le conocía. Hasta hacía solo unas horas, no había sido más que un extraño que estaba imponente.

¿Qué demonios me está pasando?

ROBERTO

¿Qué demonios me está pasando?

A la edad de James, yo había sido un ligón: se me daban genial las relaciones casuales. Pero nunca, en toda mi vida, me había pasado *esto*. Había algo en James que me hacía querer ir más allá. No lo entendía. Yo nunca iba más allá. Nunca había sentido la necesidad de hacerlo.

Quizá era el hecho de que mirar las estrellas lo asustaba. Nunca había conocido a alguien que pudiera parecerme tan vulnerable y atractivo a la vez. Era imposible adivinar qué estaba pensando realmente James, pero sentía que había mucho más en él de lo que parecía a simple vista. Y, por alguna razón, esa corazonada me hacía pensar y hacer cosas que no debería.

—Lo siento, me suda la mano —susurró, con la mirada todavía perdida en el cielo.

—No le pasa nada a tu mano. —No le pasaba nada, y encajaba en la mía a la perfección. ¿Podía aquello considerarse una infidelidad? Sabía que probablemente debiera parar. En algún rincón de mi mente, estaba enfadado conmigo mismo por rendirme ante aquella tentación. Nunca antes me había permitido dejarme llevar de esta manera. Me dije que estaba dándole la mano porque pensaba que le hacía falta, aunque era mentira. Yo no era tan abnegado—. Relájate, ¿vale? —dije, intentando ocultar mi conflicto interno—. Te prometo que el cielo no se caerá sobre nosotros. Y la barca está amarrada al embarcadero. No vamos a ir a ninguna parte.

Apareció una sonrisa en su cara, que yo no me esperaba. James seguía sorprendiéndome.

—¿Así que no me estás llevando en secreto a tu guarida del mal para matarme? Vaya alivio.

Arqueé las cejas, y solté un resoplido burlón.

—Si lo estuviera haciendo, casi que habría sido demasiado fácil.

Se mordió los labios, y giró por fin la cabeza hacia mí. Me pregunté si tenía los labios tan rojos porque se los mordía todo el tiempo. Hacía menos de un día que lo conocía, y ya lo había visto hacerlo mucho. Tragó saliva y dijo, algo inseguro:

—Ya, muchos tíos dicen eso sobre mí.

Por un momento me sentí confuso ante sus palabras. Tenía los ojos clavados en mí, como si estuviera esperando a que dijese algo. Con el paso de los segundos, me di cuenta de que aquello era exactamente lo que estaba haciendo.

—¿Estás saliendo del armario conmigo? —dije, con una sonrisa que no pude reprimir.

Asintió rápidamente. Estallé en una carcajada, aunque probablemente no debería haberlo hecho.

—¡No te rías! —Con el rostro rojo, me dio un puñetazo de broma en el hombro—. Es difícil para mí, ¿vale? Estoy en un país extranjero.

—Vale —dije, sin aliento. Con gran esfuerzo, logré reprimir mi risa—. ¿Necesitas que yo también salga del armario, o te basta con el hecho de que te esté dando la mano mientras vemos las estrellas?

James hizo un puchero.

—¿Y yo qué voy a saber? ¡Eres italiano! Aquí os tocáis todo el tiempo.

—Eso suena rarísimo. No nos cogemos de la mano en ninguna situación que no sea

romántica.

—Veo a muchas chicas caminando dadas de la mano en la playa. ¿Son todas lesbianas?

Volví a soltar una risita.

—No, las chicas lo hacen también con sus amigas. Los chicos no, pero a veces nos abrazamos. De una forma muy masculina.

La cara de confusión de James no tuvo precio.

—Soy profunda y completamente gay, James.

Dejó escapar un suspiro.

—Muchas gracias.

Me giré sobre el costado para mirarlo directamente, y él hizo lo mismo. Sin pensar, llevé mi mano libre a su rostro y le acaricié la mejilla. Su piel era tan suave como me había imaginado. Antes de darme cuenta, me oí decir:

—¿Sabes?, no deberías decirle a hombres a los que acabas de conocer que eres fácil. Igual les das la idea equivocada.

Le brillaban los ojos, y me miró desde debajo de sus pestañas.

—O quizá les doy la idea correcta. —¿Era la misma persona que había tenido miedo de ver las estrellas hacía unos minutos? Tal y como pensaba, James sí que escondía un lado travieso bajo su carita dulce. Era complejo e impredecible; una combinación que me parecía retadora y fascinante.

Me pregunté qué sería lo que quería realmente de mí. ¿Sexo? Tenía diecinueve años, y probablemente quisiera pasárselo bien; yo había hecho lo mismo a su edad. Pensé que podría intentarlo. Podría besar aquella boca preciosa y hacer que se deshiciera en mis brazos. James quedaría estupendamente sobre mi cama.

Sobre la cama que debería estar compartiendo con mi novio.

Sería demasiado fácil, y no estaría bien. Era un hombre adulto con una relación estable. Las cosas no iban bien entre Luca y yo, pero seguía siendo mi novio. Quizá hubiera esperanza para nosotros. Mi familia lo adoraba, y teníamos una vida juntos en Milán. Quizá lo estuviera evitando, y quizá tuviera muchas dudas sobre nuestra relación, pero ponerle los cuernos no era la solución. Hacerle daño no podía ser nunca la solución.

—Tengo novio —le dije a James, intentando sonar tan neutro como pude.

James abrió los ojos de par en par, y se le sonrojaron las mejillas. Se mordió el labio inferior con tanta fuerza que se le quedó blanco, lo cual me revolvió el estómago. Vi que dejaba de respirar, y deseé poder retirarlo todo. Deseé haberle dejado irse a su casa sin más cuando se escabullía de la fiesta. ¿Por qué lo había traído aquí? ¿Por qué había ligado con él si iba a rechazarlo? ¿En qué había estado pensando?

James me soltó la mano y se incorporó. Hice lo mismo, y le toqué el hombro.

—Oye, mírame —dije. Dudó, pero hizo lo que le pedí—. Me gustas, James, y me encantaría conocerte mejor.

—¿Como amigos?

Ni de coña.

—Sí. Si quieres.

Se estaba mordiendo el labio de nuevo. Tuve la tentación de cogerle la barbilla con la mano y sacudirla para liberar a aquel pobre labio antes de que se lo arrancase.

—Claro —dijo, con una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Después de todo, me prometiste enseñarme la bríchula esa.

Le devolví la sonrisa.

—Se llama *briscola*.

—¿No es eso lo que he dicho? —Suspiró—. Está bien ser solo amigos. Está genial. Tampoco es que te tuviera tantas ganas, yo solo… Necesito echar un polvo.

Me tentaba muchísimo la idea de decir "ya, y yo", pero decidí callarme y punto. No me hacía ningún bien pensar en cómo sería tener sexo con James.

—¿Igual puedes, no sé, presentarme a alguien? —me preguntó.

No.

Tenía el estómago en llamas, y no tenía ni idea de por qué. Debían de haber sido los tres perritos calientes. O quizá la hamburguesa.

—Veré qué puedo hacer —dije con sequedad, sin que fuera sincero. No me gustaba la idea de que James me utilizara para encontrar a alguien.

—Se me da muy mal la gente. Supongo que a estas alturas ya lo has visto, pero sería imposible que me ligara a nadie aquí. Además, vi que este sitio no es demasiado gay-friendly. Quiero decir, después de todo, esto es Italia. El Papa vive aquí, y los gays están en la lista negra de la Iglesia.

James estaba divagando. Supuse que probablemente se sintiera avergonzado; después de todo, yo acababa de rechazarle. Aunque había pensado que estaba enfadado con él por un momento, la sensación desapareció al verlo evitar mi mirada. Era estúpido culpar a James por querer un poco de diversión.

—Técnicamente, el Vaticano es un país aparte. Y créeme, al Papa le importa una mierda que seamos gays. Este sitio no es tan homófobo como antes, así que no sientas que tienes que contenerte. Dios, tienes diecinueve años y estás de vacaciones. Te debes a ti mismo ir de fiesta como si no hubiera un mañana, y pasártelo bien.

Sonrió con amargura, con una expresión que nunca debería aparecer en el rostro de un crío de su edad.

—Como igual has visto esta noche, no me van mucho las fiestas.

Respiré hondo. No podía ser su amante, pero quizá pudiera hacer otra cosa por él.

—Si te quedas conmigo una semana, te demostraré que te equivocas. —Le tendí la mano —. ¿Aceptas el reto?

Me miró, desconcertado, y asintió en silencio. Entonces me estrechó la mano y por fin me sonrió de verdad.

—Acepto el reto.

JAMES

Caminamos por la playa durante horas aquella noche, hasta que la barbacoa en la casa se terminó. Roberto me preguntó por mi vida en mi país, por el océano, por los lagos, por las grandes ciudades. Parecía genuinamente interesado en cualquier cosa que yo le contara, y mientras volvíamos a casa, me sentí confuso.

Roberto tenía novio. Por supuesto que lo tenía; los hombres como él seguro que no se quedaban solteros mucho tiempo. Aquello no me sorprendía. No; me pasmaba bastante más que, aunque era un ligón, no quisiera acostarse conmigo. Nunca me había pasado que alguien a quien le intentaba tirar la caña rechazase tener sexo, sin que importase si estaban solteros o no. No pensaba que fuera porque yo era irresistible ni nada. Simplemente creía que era porque todo el mundo acepta cosas gratis cuando se le ofrecen. Sin importar cuánto me avergonzara de ello, era lo que hacía todo el tiempo. Por eso los demás tíos gays en el instituto decían que era una puta: era fácil. Me acostaba con gente a la que no le atraía, y que a mí no me atraía, por el simple hecho de hacerlo. De acuerdo con la doctora Westermann, era porque tenía baja autoestima, e intentaba utilizar el sexo para compensar mi incapacidad para interactuar con los demás.

Pero Roberto no quería acostarse conmigo, y la razón era que tenía novio. Su novio era un cabrón con suerte, desde luego.

Aunque me sentía un poco humillado porque me hubiera rechazado, me alegraba que siguiera queriendo quedar conmigo. Estaba apuntando demasiado alto si quería algo con él, pero aún tenía la oportunidad de mirarlo, hablar con él…, y quizá, si tenía mucha suerte, me diera la mano o me tocara el hombro de nuevo. Aquello podría ser suficiente.

Cuando llegué a la casa, encontré a mamá sentada en el porche, fumándose un cigarrillo y leyendo un libro en su lector electrónico. Me di cuenta de que me estaba esperando despierta.

—Hey —dije en voz baja, sin querer despertar a papá o a Mary—. Siento llegar tarde.

Se subió las gafas de lectura sobre la cabeza y apagó el cigarrillo.

—Te has olvidado la llave, como siempre —sonrió—. Bueno, ¿qué tal ha ido la noche?

—Bien, supongo… Parecía que te lo estabas pasando bien.

—Sorprendentemente, sí. Esta gente es muy amistosa. Me han invitado a tomar un café mañana, así que creo que ahora ya soy una de ellos.

—Lleva un regalo, que nunca se sabe —bromeé, y ella se rió. Había echado aquello de menos: bromear con mamá. Ella y yo siempre habíamos sido cercanos; comentábamos las revistas del corazón, íbamos al cine juntos, y pedíamos comida exótica aleatoria para cenar que siempre repugnaba a papá y a Mary. Había sido mi mejor amiga, hasta que salí del armario con ella y con papá de la peor manera posible.

—Me alegra que vieras cómo lo estaba pasando antes de desaparecer —recalcó. No parecía enfadada.

—Lo siento…

—No te preocupes, pero mándame un mensaje la próxima vez que vayas a llegar a casa tan tarde. —Se puso en pie y se accercó para susurrarme al oído—. Es muy guapo.

—Y está muy pillado. Una cosa menos de la que te tienes que preocupar.

—No me preocuparía ni siquiera si estuviera soltero. Es un buen muchacho. Y esto… Conocer a alguien es bueno para ti. Es normal. Es… Sano.

Aquella palabra hizo que se me cerrase la garganta.

—Mamá, no hablemos de *eso* ahora, por favor.

—James, deberíamos ser capaces de hablar de ello.

El nudo en mi garganta no paraba de crecer. No podía respirar bien.

—No —logré susurrar, aunque me dolió—. Déjame en paz.

Entré en la casa y me fui derecho a mi habitación. Mary había dejado la puerta abierta, pero la cerré al entrar. Por suerte no se despertó. La ventana también estaba abierta, y desde el patio entraba una brisa agradable. Pensé que quizá tuviera frío, así que la cubrí con la manta que había al pie de su cama. Se giró y murmuró, dormida:

—Gracias, James.

Le acaricié con delicadeza la cabeza, pasándole los dedos por el pelo oscuro.

—De nada, Snoopy. Que duermas bien.

—Te quiero —murmuró, ausente. No podía creerme lo que acababa de oír. Mary me había querido en el pasado, pero yo había estado totalmente seguro de que ahora me detestaba. El hecho de que en el fondo todavía me quisiera casi me hizo llorar. No tenía derecho a sentirme tan aliviado, considerando que yo había sido el que había arruinado nuestra familia.

Pero, a pesar de ello, los echaba muchísimo de menos.

—Yo también te quiero.

ROBERTO

—¡Oye, Rob, despierta!

Me revolví incómodo en mi cama hasta que alguien me zarandeó bruscamente, despertándome sin ningún miramiento. Marco me estaba mirando con una cara rara.

—Estás verde —dije, bostezando sonoramente. Su cara estaba, literalmente, de color verde.

—Creo que me muero.

Más molesto que preocupado, miré el teléfono. Eran las seis de la mañana.

—No te estás muriendo. Tienes resaca, idiota.

—¿Tú crees? Porque estoy sudando mucho.

—Resaca.

—Estoy a punto de potar.

—Sigue siendo una resaca, y no vomites en mi habitación.

—La cosa es que necesito hacerlo, pero no puedo.

Le puse una mano sobre el hombro al estúpido de mi hermano, y dije con brusquedad antes de caer de nuevo sobre la cama:

—Buena suerte con eso. —Marco comenzó a zarandearme otra vez. Pensé seriamente en echarlo a patadas—. ¿Qué demonios quieres?

—¿Puedes meterme los dedos en la boca, y hacerme vomitar?

Estaba perdiendo la paciencia por momentos.

—Uno, hazlo tú mismo. Dos, hueles a rayos. Tres, ¿cómo coño acabaste bebiendo tanto?

—Hicimos un concurso de cata de vinos.

—¿Te pillaste un pedo en tu propia casa, delante de tus padres?

—Papá dijo que yo también podía participar.

Me masajeé las sienes para calmarme. Papá y mamá eran de un irresponsable, a veces…

—Pues entonces ve a pedirle a *él* que te meta los dedos por la garganta.

—¿Qué es este escándalo a esta hora del día? —nos interrumpió la sonora voz de mamá mientras aparecía junto a la puerta. Tenía el delantal puesto, y ya manchado de salsa de tomate. Escaleras abajo ya olía al *ragù* que se cocía lentamente en la cocina. Suspiré.

—Tu hijo menor, que por cierto, deja que te recuerde que sigue siendo un menor, tiene resaca porque tu marido y tú le permitisteis emborracharse anoche.

Con los brazos sobre las caderas, me miró con orgullo y dijo:

—Bien. Ahora que sabe cómo se siente, no lo volverá a hacer.

Tuve la tentación de darme unas tortas para asegurarme de que aquello estaba ocurriendo de verdad.

—No estoy seguro de que sea así como funciona, *ma*.

—Mamá, haz que pare, por favor —gimoteó Marco. Mamá le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Oh, cariño, deja de lloriquear. Ven abajo, que *mamma* te hará una *tisana.*

Resoplé.

—No necesita una *tisana*, necesita un cerebro nuevo. Los dos lo hacéis.

Mamá no pareció impresionada.

—No te hagas el listo conmigo. Y baja a la cocina. Ya que estás despierto, me vas a ayudar a freír las berenjenas para la *parmigiana*.

Volví a mirar mi pantalla de inicio.

—*Mamma*, ¡que son las seis de la mañana!

JAMES

Hacía tiempo que no dormía tan profundamente. Me desperté con el delicioso olor del café que llegaba desde el piso de abajo, e hizo que me rugiese el estómago de expectación.

Bajé y me encontré con que mamá, papá y Mary estaban sentados a la mesa en el jardín, desayunando.

—Buenos días, cariño —dijo mamá con una sonrisa—. Papá fue a comprarnos unos cruasanes en la panadería para desayunar. Pensé que podría ser agradable probar el desayuno típico italiano, para variar.

Habían puesto la mesa de forma muy cuidadosa, con tazas de café, cucharas, y los platitos que usan los italianos para servir el café. Mamá había hecho café solo, y en medio de la mesa había una bandeja llena de cruasanes. Estaban rellenos de crema, Nutella y mermelada, y parecían deliciosos.

Mary ya estaba devorando un cruasán de Nutella, y papá se estaba bebiendo un *espresso* mientras leía el periódico. Me senté, y mamá me sirvió el café.

—¿Con leche? —me preguntó, y yo me limité a asentir.

Los tres parecían bastante más relajados que en los días anteriores. Volví a pensar en la lista de la doctora Westermann, y me pregunté si podría intentar hablar con papá. Tomé aire y dije dubitativo, sin mirarlo directamente:

—¿El periódico está en inglés?

Papá no apartó los ojos de la página, pero respondió con un tono normal de voz:

—Sí, es *The Guardian*. El señor Troester me dijo ayer que tienen periódicos internacionales en el quiosco grande frente a la estación, así que fui a echar un vistazo.

A Mary se le escapó una risita, y me giré hacia ella.

—¿El nombre de ese tío es Toaster? ¿Tostadora?

No estaba siendo tan impertinente y desagradable como de costumbre. Me di cuenta, no sin sorpresa, de que no tenía su teléfono consigo. Papá arqueó las cejas.

—Es Troester, con r y con e. Yo cometí el mismo error anoche, qué vergüenza.

Mary y yo intercambiamos una mirada de perplejidad. Por un momento pareció que habíamos vuelto un año atrás en el tiempo, cuando las cosas no eran tan incómodas entre nosotros cuatro. No añadí nada, temiendo arruinar aquel momento tranquilo. Nos comimos el desayuno en silencio, y los únicos sonidos que oímos fueron, como siempre, los que venían de casa de Roberto.

—Hoy me he despertado a las ocho, y he visto a Rosa y sus hijos ya en la cocina por la ventana de nuestra habitación. Sí que se levantan pronto —comentó mamá.

—Ayer Giuseppe y los chicos dijeron que se habían pasado toda la noche despiertos para ir a pescar esta mañana —agregó papá—. Me invitaron a unirme.

Mary abrió los ojos de par en par.

—¿A ti?

—¿Por qué? —Papá parecía un poco ofendido—. Igual voy la próxima vez.

—Sí, seguro, cariño —dijo mamá, guiñándonos el ojo a Mary y a mí.

La puerta de la casa de los vecinos se abrió de pronto, y Rosa gritó algo con su potente voz mientras salía Roberto. Se giró y le contestó hablando igual de alto, haciendo ese gesto con la mano universalmente reconocido como "¿Qué diablos quieres?". Dijeron algo más antes de que él cerrase la puerta a su espalda. Fue al garaje, y volvió al patio con una bicicleta.

—Buenos días, Roberto —dijo mamá, saludándolo con la mano.

Se giró hacia nosotros, y nos bendijo con la sonrisa más encantadora que nosotros, vulgar populacho, podríamos haber deseado jamás.

—Buenos días, Claire, Richard —le dijo a mis padres, y luego, moviendo los ojos hacia nosotros, concluyó—, y niños. —No me había dado cuenta de que sabía los nombres de mis padres.

—Te has levantado pronto —dijo mi madre.

—Sí, tengo que hacer unos recados para mamá —explicó él—. Se suponía que Marco iba a venir conmigo, pero está… Incapacitado temporalmente.

—Ya lo predije yo anoche —se burló papá.

Miré a los ojos a Rob por un momento, y no me esperaba que me dijera:

—James, ¿quieres venir? Puedes coger la bici de Marco.

Pude sentir que el cruasán se detenía en medio de mi esófago e intentaba emprender el camino de vuelta. Mi familia al completo me miró con expectación.

—Ve, cielo —dijo mamá—, que puede ser un cambio agradable, para variar.

—¿Estáis saliendo? —preguntó Mary de pronto con una sonrisita de suficiencia, y yo le di una patada por debajo de la mesa. Roberto no se achantó.

—Tu hermano y yo solo somos amigos, Mary.

—Terrible —dijo ella, poniendo los ojos en blanco.

—Primero tengo que ir a cambiarme —dije, desviando la mirada. Necesitaba salir de allí. Una vez dentro, me cambié y me puse el bañador y una camiseta, e hice una parada técnica en el cuarto de baño para lavarme los dientes. Cuando regresé, oí que Mary seguía interrogando a Roberto.

—¿Y por qué hueles a tomate? —le estaba preguntando.

—Porque me he pasado las últimas tres horas vigilando una olla de salsa de tomate hirviendo… Oye, James, ¿estás listo?

—Claro… —dije, un poco avergonzado. Me reuní con él al otro lado de la valla, y Roberto me guió hacia la bici de Marco. Me pregunté si la lata de cerveza que había escondido la noche anterior en el arbusto seguiría ahí. Debía encontrar la forma de buscarla y traerla a casa.

—¿Qué es lo que huele como a patata frita? —le susurré.

Él suspiró con pesadez.

—Soy yo, otra vez. —Me tocó el hombro y lo apretó un poco—. Vamos.

◆ ◆ ◆

Subimos en bici la colina hacia el casco antiguo de la ciudad, donde imperaban las paredes de piedra, las casas medievales y las callejuelas minúsculas. Era como montar en bicicleta por las calles de Desembarco del Rey. Se lo dije a Roberto, y se rió tanto que tuvo que parar la bici durante cinco minutos. Y yo agradecí la oportunidad para descansar un poco, porque me ardían las piernas.

Continuamos nuestro ascenso, y llegamos por fin al área más alta de la ciudad. La plaza circular pavimentada con piedra quedaba rodeada por casas viejas, una iglesia, un *bar* (que en Italia no vende solo alcohol, sino también café, comida y *gelato*), y un mirador enorme desde el

que podíamos ver la infernal calle empinada por la que habíamos venido desde la orilla del mar. En el bar, unos cuantos señores mayores estaban jugando a las cartas, y otros clientes desayunaban bebiendo *capuccino* y comiendo galletas. Inspiré hondo mientras una suave brisa me revolvía el pelo húmedo por el sudor. El olor dulce y fresco de la hierba me llegó a la nariz, y mientras me llenaba los pulmones, se desvaneció todo mi cansancio. El lugar era tan hermoso que quitaba el aliento, y tenía todo el sentido sufrir tanto para llegar hasta él. Merecía la pena.

—¿Te gusta? —me preguntó Rob con una dulce sonrisa, y yo me limité a asentir con la cabeza.

Estaba a punto de preguntarle qué recados tenía que hacer cuando uno de los hombres mayores del bar gritó algo y vino hacia nosotros con los brazos extendidos. Era bajito, estaba calvo, y tenía la espalda encorvada.

—*Nonno! Ciao!* —gritó Roberto a modo de respuesta, y corrió hacia el anciano para darle un abrazo cariñoso. El hombre tomó el rostro de Roberto en sus manos, acariciándole las mejillas con los pulgares. Sonreía ampliamente, con los ojos brillantes de alegría, con un amor puro y extasiado y algo más que hizo que me doliera el corazón.

Roberto le dijo algo, gesticulando en mi dirección, y el anciano movió la mano en mi dirección con una sonrisa.

—James, este es mi abuelo, Roberto. Como puedes adivinar, me pusieron el nombre en su honor.

Me acerqué y le tendí la mano para que me la estrechase. La tomó y puso su otra mano sobre la mía, apretando suavemente. La sensación me resultó familiar, doméstica y cariñosa. Igual que la sonrisa de Claudia la noche anterior. ¿Cómo podía notar semejante calidez dirigida a mí de un completo desconocido? ¿Qué clase de poder tenían estas personas, que me hacía sentir tan asquerosamente vulnerable?

Roberto cogió una bolsa de plástico que parecía pesada de la cesta de su bici y le dijo algo a su abuelo. El hombre asintió, y nos mostró el camino hacia uno de los edificios antiguos que rodeaban la plaza. Los seguí, curioso y también fascinado por lo distinto que parecía aquel lugar de cualquier otra cosa que hubiera conocido. La puerta principal de la casa del abuelo Roberto estaba sin cerrar, y llevaba a un pasillo estrecho con una cómoda de madera sobre el que había una serie de fotos de familia. Roberto nos condujo hasta el salón, pero yo me quedé atrás para mirar las fotos.

Algunas estaban en blanco y negro, y las personas que aparecían en ellas parecían muy serias y estaban totalmente quietas, con las espaldas rectas y las manos recogidas en el regazo. Una en particular me llamó la atención: la foto de un joven soldado posando orgulloso con su uniforme, sonriéndome con los mismos ojos bonitos que tenía Roberto.

—*Io* —dijo la voz del abuelo. Lo miré, y señaló primero la foto y luego a sí mismo.

Me encontré sonriendo y me mordí el labio inferior, pensando en una forma de comunicarme con él. Lo señalé y dije:

—Tú, Roberto. —Asintió, así que continué, señalando al salón—, y Roberto. —Volvió a asentir—. Mismos ojos —concluí, tocándome justo debajo del ojo derecho. No estaba seguro de que me hubiera entendido esta vez, así que tomé la fotografía enmarcada y señalé su ojo—. Ojos —repetí de nuevo—, mismos ojos que Roberto.

Se le curvaron las comisuras de los labios hacia arriba, y me dio unas palmadas en el hombro mientras decía:

—*Sì, sì, io e Roberto. Seim ais*[1]*. Bravo.*

—Hey, ¿haciendo amigos? —me preguntó Rob, volviendo a la entrada. Su abuelo le dijo

algo que no pude entender, pero me imaginé que le estaba contando nuestro apaño de conversación, porque hizo gestos entusiastas hacia la foto—. Escucha, James —dijo Roberto entonces—, el abuelo quiere ofrecerte algo de beber. Sé que acabas de desayunar, pero es realmente importante que aceptes tomarte algo. Café, zumo, té, lo que sea. La regla general aquí con la gente mayor es que cuanta más comida y bebidas consigan meterte en el cuerpo, más felices serán.

—Oh. —Parpadeé un par de veces—. Vale. —Menos mal que la bici me había dejado sediento. Podría haberme bebido un río.

Roberto me puso una mano en el hombro y dijo en voz baja:

—Quiero decirle hola a mi abuela, pero hoy no se encuentra bien y está en la cama. No le gusta conocer gente cuando está enferma, así que ¿te importa esperar en el salón con mi abuelo?

—No, por supuesto —sonreí. El abuelo me llevó al salón, una gran sala con una chimenea de ladrillo rojo que evidentemente no estaba en uso en aquel momento, un sofá de aspecto cómodo frente a una televisión, y una enorme mesa de madera decorada con un mantel de ganchillo. La habitación no tenía un estilo concreto, pero daba una impresión vintage. Las baldosas de mármol con patrones florales del suelo eran claramente de los años setenta, al igual que el resto de los muebles; excepto la chimenea, que probablemente hubiera sido reformada. De nuevo, las paredes estaban llenas de fotos. Estas eran más recientes; había una boda que probablemente hubiera ocurrido en los años noventa (a juzgar por el enorme vestido de la chica), y luego fotos de niños; bautizos, cumpleaños, días de graduación. Reconocí a Claudia y a Francesco en unas pocas fotos. Un Roberto más joven, pero igual de deslumbrante, sonreía ampliamente con una botella de champán en las manos, una túnica negra, y una corona de laurel sobre la cabeza, que según me habían dicho era algo que llevaban los italianos durante sus ceremonias de graduación.

El abuelo me sirvió té helado con galletas, y no me corté ni un pelo comiendo ni bebiendo. Estaba delicioso. Como había dicho Roberto, cuanto más comía, más complacido parecía su abuelo. Llegados a cierto punto, me dijo:

—*Tu e Roberto.* —Me señaló a mí, y luego a la otra habitación. No tenía ni idea de qué quería decirme. Pareció pensarlo, y entonces me mostró su anillo de casado. Entonces lo entendí.

—Oh, no. —Sacudí la cabeza.

—*Sì* —dijo en cambio—. *Va bene. L'amore è sempre bello.*

No sabía qué había dicho. Pero sonaba precioso.

ROBERTO

Y ya estaba hecho. Ahora que le había traído a mi abuela la salsa y las berenjenas que había cocinado mamá, estaba más que listo para empezar a disfrutar de mi día. Desde que me marché de casa para mudarme a Milán, había empezado a apreciar más todos los hábitos y rituales que caracterizaban las vidas de mis padres en aquella pequeña ciudad. De niño odiaba hacer recados para mamá o ir a pescar con papá, pero ahora sentía que todo aquello tenía un significado distinto y más profundo; esas actividades que una vez me aburrieron eran ahora preciados recuerdos de mi familia a los que me aferraba durante mis largos días en Milán.

Mi abuelo tenía buen aspecto, y solo estaba quizá un poco más bajito que la última vez que lo vi. No podía decir lo mismo de mi abuela, cuyo estado de salud había empeorado notablemente. Por un momento me pregunté cuánto tiempo juntos nos quedaba.

—Creo que tu abuelo piensa que soy tu novio —me dijo James, salvándome del oscuro camino que habían tomado mis pensamientos.

—No te preocupes por él. Piensa lo mismo de todos los amigos a los que llevo a casa. —Aunque aquella vez no me apetecía decirle al abuelo que se equivocaba. En parte porque no se había mostrado tan entusiasmado cuando conoció a Luca, y no quería decepcionarle, y en parte porque *yo* tampoco había estado tan entusiasmado cuando traje a Luca. No es que Luca hubiera hecho nada mal, pero James había sido tan respetuoso, dulce y adorable con el abuelo que me sentía jodidamente orgulloso de tenerlo a mi lado.

Igual le doy un beso antes de que se acabe el día.

Me di de bofetadas mentalmente por pensar eso, y luego dije:

—Para agradecerte que hayas venido hoy conmigo, te voy a llevar a uno de los sitios más chulos que conozco.

Los ojos de James brillaban tanto como sus rizos dorados bajo el sol.

—¿Adónde? —me preguntó con una gran sonrisa.

—Sorpresa —le dije, y comencé a caminar calle abajo desde el otro lado de la plaza. Atravesamos en bici las diminutas callejuelas del casco antiguo, pero antes de coger la calle principal hacia el área residencial, giré a la izquierda y tomé un atajo entre los árboles. James me siguió, mirando con asombro el paisaje que nos rodeaba. Pareció sorprendido cuando me detuve, aparentemente en medio de la nada, y le dije que teníamos que dejar las bicis ahí y continuar a pie. Bajamos por un acantilado rocoso hasta una playita, y alcanzamos a lo que mis amigos y yo apodábamos “la Roca”, como el luchador. Era un pedrusco escarpado que no se veía desde la playa, donde de niño solía ir con mis amigos a hacer salto de acantilado. La única razón por la que le habíamos puesto aquel nombre era que éramos tontos.

James entreabrió la boca mientras miraba de la Roca al agua.

—Así que sí planeabas matarme, después de todo —musitó.

—¿Qué? Venga, podemos empezar con un salto bomba —dije, quitándome la camisa y estirando un poco. Él sacudió la cabeza.

—No me voy a tirar de esta cosa.

—No hay ninguna roca por debajo, así que es seguro. El agua es muy profunda.

—Sí, bueno, no es por seguridad teórica. No me gusta bucear.

—¿Por qué?

Permaneció en silencio por unos momentos.

—Porque… No lo he hecho nunca antes.

Resoplé.

—Esa no es una razón válida.

—¿Y qué sería una razón válida?

—Algo como "no puedo nadar", o "me tengo vértigo", o "tengo un problema de oído que no me lo permite". Tener un poquito de miedo no es excusa.

Volvió a mirar hacia abajo.

—¿Esta cosa está muy alta?

—No tanto. Debe de medir como tres o cuatro metros.

—Eso no ayuda mucho.

Me saqué el teléfono del bolsillo, e hice una búsqueda rápida en Google.

—Unos trece pies.

—Ay, Dios.

—Oye. —Me acerqué más y le incliné la barbilla para hacer que me mirase. Se estaba mordiendo el labio de nuevo—. Si de verdad no quieres, no pasa nada. No te voy a obligar.

Me miró con intensidad, y al final asintió con la cabeza.

—Sí, vale. Puedo… Puedo hacerlo. —Se quitó la camiseta y estiró la espalda, brazos y pies—. Quizá no lo parezca, pero aprendí a nadar en un río. —La diversión se debió de reflejar en mi rostro, porque añadió—. Mi abuelo tiene una granja. He hecho todo tipo de actividades al aire libre a lo largo de mi vida, ¿vale? No me da miedo… lanzarme al mar. —Suspiró a continuación—. ¿Qué hago? —me preguntó, con la respiración algo agitada.

—Tú solo salta, y no aterrices de cara.

—Nada de aterrizar de cara. Perfecto.

Le tendí la mano.

—Lo haré contigo. Y no quiero oírte decir que te suda la mano.

James me tomó de la mano, tras mirarla por un momento como si fuera una serpiente venenosa. Entonces la estrechó con suavidad y se rió. Podía sentir cómo toda la tensión dentro de él se disolvía lentamente.

—¿Qué? —le pregunté. Estar con James era divertido. Nunca era capaz de adivinar qué se le pasaba por la cabeza.

—Si tú saltas, yo salto.

Se me escapó una carcajada.

—¿Estás citando *Titanic*?

—Sabía que pillarías la referencia. Clásico millennial. —Comenzó a correr hacia el borde del acantilado, y tuve que correr con él para seguirle dando la mano.

—¡Niñato! —grité mientras saltábamos del acantilado.

Durante la caída, lo perdí. Nadé de nuevo hacia la superficie y lo vi emerger del mar, riéndose. Tenía una risa rica y profunda, y su hermosa voz retumbaba por la bahía. Y entonces yo también me estaba riendo, como si no pudiera evitarlo, como si estuviera donde debía estar, con la única persona que estaba destinada a estar allí conmigo. Nadé hacia él, o quizá él nadó hacia mí—no sé quién empezó, y quién alcanzó al otro primero—, y estaba en mis brazos. Puse las manos en torno a su cintura y lo levanté, mientras él me ponía las manos sobre los hombros y bajaba la mirada hacia mí, goteando agua salada sobre mi cara. Tenía los labios rojos curvados

en la sonrisa más honesta del mundo, y sentí que me ardía el corazón ante la mera idea de que fuera para mí, y solo para mí.

—Ahora tengo que volver a hacerlo —dijo mientras sus ojos se entretenían en sus manos plantadas sobre mis hombros, como si acabara de darse cuenta de dónde estaban.

—Nunca me ha sentado tan bien decir que te lo dije —recalqué, envolviéndolo con los brazos para acercarlo más a mí. Me pasó los brazos en torno al cuello, y enterró una mano en mi pelo. Tenía la cara tan cerca de su cuello que sentía la tentación de cubrirle las clavículas de chupetones. Su estómago estaba apoyado firmemente contra mi pecho, y su entrepierna contra mi vientre. Podía sentir en la piel cada ligero movimiento de su torso. Estaba tomando aire lenta y profundamente, y yo quería sentirlo más, en mi rostro y en mis brazos. Estreché mi abrazo más, y él jadeó. Me tiró del pelo con los dedos mientras dejaba caer la cabeza hacia delante, apretando ahora la nariz justo sobre mi oreja. Y, probablemente solo porque estaba tan cerca de su preciosa boca, lo oí: un gemido suave y amortiguado que salió de sus labios.

—Oh, mierda —susurró, sin aliento—. Suéltame.

En un momento me quedó todo clarísimo. Su respiración apretada, la tensión en su cuerpo, la sensación tirante cuando su miembro erecto quedó contra mi estómago. Había pensado que era todo por la adrenalina, una excitación momentánea; solo un juego, como la mía. Pero James estaba increíblemente cerca de correrse. Me maldije por no haberme dado cuenta antes y aflojé el abrazo con suavidad, pero mientras su cuerpo se deslizaba contra el mío hacia el agua, soltó una palabrota entre dientes cuando un temblor fuerte e inevitable hizo que se pusiera rígido contra mí.

Me clavó los dedos en los bíceps, enterrando la cara en mi pecho. Mantuve las manos sobre su cintura para mantenerlo a flote hasta que se le calmó la respiración, y entonces me apartó sin mirarme siquiera a la cara. Nadó de vuelta a la orilla a la velocidad de alguien huyendo de un tiburón.

—¡Jesús, James! —grité, y lo seguí, esperando que mi propio problemita desapareciera antes de alcanzar la playa. James volvió a trepar a la Roca para recuperar su camiseta, que se puso ignorando el hecho de que seguía totalmente empapado—. James —lo llamé desde la playa —, ven aquí.

Me miró fugazmente, con una cara de vergüenza extrema que me hizo sentirme terriblemente mal por él.

—No tienes por qué entrar en pánico —dije, perfectamente consciente de que tenía todo el derecho del mundo a entrar en pánico. Yo en su lugar estaría *histérico*. Aun así, en un rincón de mi mente no podía evitar pensar que la situación era en cierto modo divertida. Francesco tenía razón cuando decía que a veces podía ser un verdadero gilipollas.

A James se le encendieron las mejillas por el enfado y la humillación, y me tiró uno de sus zapatos. Lo esquivé fácilmente, porque era evidente que no intentaba acertar de verdad, y le grité:

—Oye, ¿sabías que ahora mismo te estás comportando como un perfecto italiano del sur?

—¡Que te jodan!

Me encontré sonriendo mientras decía:

—Venga, que no es para tanto.

Se mordió el labio con nerviosismo y me lanzó el otro zapato. Esta vez casi acierta.

—Para ser sincero, es casi un halago —añadí.

Se agachó para coger mis zapatillas del suelo.

—¡Que voy en serio! —dije, y como recompensa acertó con ambos zapatos. El chico tenía buena puntería.

—¡Lárgate! —me gritó, y se agazapó, enterrando la cabeza en las manos y escondiéndose tras las rodillas. Quizá me había pasado con él.

Esperé unos minutos, y luego trepé por la Roca. James no parecía tener intención alguna de levantar la cabeza, pero por lo menos había dejado de intentar matarme. Me senté a su lado y miré hacia el horizonte.

Lo único que quería en esos momentos era hacer que se sintiera mejor. ¿Qué estaba haciendo? No era mi estilo intentar con tantas ganas complacer a otra persona.

—¿Te importa si comparto contigo mi propia historia de terror? —dije. James no se movió ni un centímetro, así que decidí interpretarlo como un sí—. Cuando tenía doce años, los teléfonos móviles no tenían conexión a internet —le dije en voz baja—. ¿Te acuerdas siquiera de algo así? Eras muy pequeño, y ese tipo de tecnología estaba más avanzada en Estados Unidos de todas formas. Probablemente aprendieras a usar un smartphone antes de aprender a usar un tenedor.

James me miró al fin. Estaba haciendo un puchero, pero no parecía tan furioso como antes. Así que continué.

—No teníamos un ordenador en casa y, bueno… Tenía unas ganas tremendas de mirar un poco de porno.

—¿¡Así que era de *eso* de lo que ibas a hablar!? —Volvió a enterrar la cabeza entre los brazos.

—Unos compañeros míos de clase tenían material: fotos de revistas, quizá las cintas VHS de su hermano mayor. ¿Sabes de lo que te hablo?

—No soy *tan* joven. Era la cinta esa. Antes de los DVD. Mi padre tenía una colección de ellas.

Asentí con la cabeza, y alcé la mano para colocarle un mechón de rizos rubios tras la oreja.

—Bueno, las cosas que mis amigos veían a mí no me servían. Porque yo era… Distinto. —Ahora tenía su atención de nuevo—. Así que robé una revista de porno gay del quiosco. Era mi secreto, mi trapo sucio; la escondí bajo el colchón y… Ya sabes.

—...Y ¿qué pasó? —Ahora parecía curioso.

—Un día se me olvidó ponerla de nuevo en su sitio, y mi hermanito de tres años la encontró y la llevó al salón, donde estaba toda la familia cenando. Era la Navidad de 2006: el día que un crío de dos años me sacó del armario.

Nos miramos el uno al otro durante unos segundos y luego, por fin, James soltó una risita.

—Así que —le dije—, lo que pasó antes no es ni la mitad de vergonzoso que eso. No para mí. No te sientas mal por ello.

Se le escapó un gemido.

—¡Me he corrido en los putos pantalones!

—Mientras te sujetaba un hombre que está tremendo.

—Qué derroche de humildad.

—Un hombre que, por cierto, te sobó a conciencia sin permiso, y espera que le perdones por ello.

A James se le abrió la boca de la sorpresa. Muy bajito, dijo:

—Te perdono.

ACTO 1.— Fin.

ACTO 2

Pese a todo el sufrimiento
que el destino ha decretado para la humanidad,
si hubiera alguien en la Tierra
que te amase de verdad como mi mente te imagina
esta vida sería una bendición para él

Giacomo Leopardi, A Su Dama

JAMES

La triste verdad era que lo que había pasado en la Roca ni siquiera llegaba al top diez de los momentos más vergonzosos de mi vida. Esta vez no estaba implicado el departamento de policía, no había ciberbullying en redes sociales, mi madre no me estaba llevando al hospital para que me hicieran pruebas de ETS. Así que, en conclusión, no había sido tan malo.

Pero luego estaba *él*. Roberto era otro rollo. Primero había ligado conmigo, y me había rechazado inmediatamente después. Dijo que quería que fuéramos *amigos,* y entonces ocurrió el pequeño incidente. Y desde ese momento había dejado de tocarme por completo.

Dos días después, me estaba volviendo loco pensando en cómo había sido tener sus brazos a mi alrededor.

En la playa, Roberto me presentó a sus primos y amigos, que estaban pasando allí el verano hasta la boda de Claudia. Era un grupo enorme de gente al que los había oído llamar *compagnia*. Algunos tenían más o menos la edad de Roberto, como Claudia y Francesco; y luego estaban los chicos de menor edad, como Marco y sus amigos. Unos pocos hablaban inglés, algunos de una forma bastante interesante, y todo el mundo era súper amistoso conmigo. Davide, el prometido de Claudia, era un chico divertido que tenía un chiste preparado para cada situación. Él y Roberto se llevaban bien; sobre todo cuando se burlaban de Francesco.

Decidí que me gustaba bastante Francesco. Era relajado y guay, y siempre me explicaba los chistes y las diferencias culturales que había entre Italia del norte y del sur. Cuando no estaba Roberto, pasaba la mayor parte de mi tiempo con Claudia, que me presentó también a su hermana pequeña, Jennifer.

Jenn tenía dieciocho años, y era muy diferente de su hermana. Claudia era muy dulce y femenina, mientras que Jenn era punk; se pintaba las uñas de negro con rotulador indeleble, el único maquillaje que se ponía era eyeliner negro, y pronto me enteré de que tenía su propia versión especial de la higiene personal.

Al principio pensé que estaba loca, pero tras escucharla hablar sobre la tortura de la depilación con cera y la objetificación de la mujer durante cuarenta minutos, caí rendido a sus pies.

—James. —La voz de Jenn me devolvió a la Tierra. Había puesto su toalla de playa junto a la mía, y había estado tendida allí a mi lado un rato mientras miraba distraída su feed de Tumblr. Tenía el pelo negro y rizado recogido en un moño sobre la cabeza, y unas enormes gafas de sol que escondían sus ojos de color chocolate—. Estás babeando —continuó Jenn en voz baja, para que solo yo pudiera oírla.

Tuve que obligarme a apartar los ojos de Roberto para mirarla.

—¿Tan evidente es?

Sonrió, burlona.

—A alguien le gusta baaaastante mi primo más sexy.

Por un momento se me olvidó cómo respirar. No me gustaba Rob. No podía gustarme. Solo… Estaba algo, pseudo, ligeramente obsesionado con Roberto, pero solo era admiración por el increíble trabajo que había hecho la Madre Naturaleza con su aspecto. Y probablemente

también admiración hacia la familia que lo había criado para ser como era: vulnerable, amable, divertido, maduro y, joder, que sí que me gustaba Rob después de todo. Sentía cosas por él que no debería… Sentimientos, emociones y deseos que no tendría que tener.

No quería volver a pasar por eso. Otra vez no. Con él no. No con la persona que había sido tan amable conmigo, que me había sostenido la mano con tanta amabilidad y me había acariciado la cara, y me había ofrecido una puta disculpa aunque fuera yo el que la había cagado. Apoyé la cabeza en las manos, tragándome el nudo en la garganta.

—Esto no está bien —logré susurrar.

Jennifer chasqueó la lengua y dijo:

—¿Cuál es el problema? Lánzate.

Una carcajada horrible y fea me brotó de los labios mientras me dejaba caer sobre la toalla.

—No engañaría a su novio conmigo. Eso ya lo dejó claro. —La miré y vi que se quitaba las gafas de sol para mirarme a los ojos. Eso me hizo preguntarle—: Jenn, ¿cuánto tiempo hace que sabes que…, lo soy?

Ella parpadeó un par de veces.

—Cariño, desde el primer día. Pude leer en tu cara que estás colado por él de inmediato.

—Genial —dije, deprimido.

—Pero solo porque tengo un súper gaydar.

Hice una mueca. Ella continuó:

—Y nunca, nunca, me has mirado las tetas.

Aquello sonaba a reto, así que las miré.

—Son bastante corrientes —dije, con tanta seriedad como pude.

—Ay, que te follen.

—Ya, eso quisiera yo —dije con un suspiro, y cuando nos miramos a los ojos nos echamos a reír—. Sabes que estaba de coña, ¿no? —le dije.

—James, me importa una mierda lo que la gente piense sobre mí.

Me mordí el labio, recordando las largas y extenuantes sesiones de terapia con mi terapeuta.

—Supongo que de autoestima andas bien.

—Guau, muchas gracias.

—Sabes, si fuera una chica yo sería un pendón total. Llevaría vestidos cortos y sensuales, y probablemente ni siquiera me gustaría cómo me quedan, pero los llevaría igualmente y no me molestaría en ponerme ropa interior. Me liaría con extraños en baños públicos repugnantes y estaría de rodillas todo el tiempo, hasta que me doliera la boca y estuviera mojada y lista para recibir polla.

Jennifer me estaba mirando medio boquiabierta.

—Vale, vamos a fingir que eso no ha sido nada raro y que no me ha puesto cachonda.

—Me gusta la literatura erótica.

—¡No jodas! —se rió—. ¿Es cierto todo eso sobre ti?

Me encogí de hombros.

—Solo la parte sobre estar de rodillas todo el tiempo.

Abrió los ojos de par en par, y miró a Roberto.

—Y vosotros… —dejó caer.

—No, ya te lo he dicho, me rechazó.

Frunció el ceño.

—¿Sabes, James? Creo que sé exactamente qué necesitas.

◆ ◆ ◆

Aquella noche, de pie en la entrada de una discoteca abarrotada mientras veía cómo la gente se restregaba una con otra mientras bailaba al son de música de los noventa a todo trapo, dudé con creces de que aquello fuera lo que necesitaba.

—¿Qué demonios es este sitio, Jenn? —le pregunté.

—La discoteca local. Al parecer el DJ de hoy está haciendo una noche temática de los noventa, o algo así; me la suda —dijo, en absoluto impresionada—. En realidad odio este tipo de sitios, así que ya me puedes dar las gracias porque hacer esto por ti.

Me quedé boquiabierto.

—Sigo sin entender por qué venir aquí me iba a sentar bien.

Ella dejó escapar un sonoro suspiro.

—Estás tenso, en plan, todo el tiempo. Tienes que relajarte. Por eso estamos aquí. Hasta pedí perdón al Dios del Metal por traicionarle para estar aquí esta noche.

—Me habría encantado ir a un concierto de metal en vez de venir aquí.

—Ya, bueno, pues país equivocado entonces. Aquí tienes o reggaetón, o rap italiano (sí, hay gente con el valor para rapear en italiano), o *esto*. Tú eliges.

—¿Puedo irme a casa?

—No.

Me preparé mientras Jennifer me cogía del brazo y me guiaba hasta la pista de baile, donde las luces se movían como locas al ritmo de la música y hacían que pareciera que todo el mundo bailaba a cámara lenta. Se acercó a mi oreja y me gritó:

—James, te juro que nadie te mirará dos veces. ¡Venga, tienes que intentarlo!

Miré a mi alrededor y reconocí a unos pocos adolescentes a los que ya había conocido en la playa. También estaba Marco, liándose sin ningún pudor con una chica rubia. Como había dicho Jenn, nadie parecía haberse dado cuenta siquiera de que estábamos allí. Me pasó los brazos alrededor del cuello y empezó a mover el cuerpo, y de pronto me sentí… A salvo.

Al otro lado del mundo, con una chica entre mis brazos y bailando al son de música de discoteca italiana, podía ser como cualquier otro adolescente de diecinueve años. Nada de drama. Nada de escándalos. Nada de nada. Quizá pudiera incluso fingir que había viajado atrás en el tiempo, a aquellos años en que no lo sabía, en una realidad alternativa donde todo el mundo puede ser lo que quiera.

Puse las manos en la cintura de Jenn, y empecé a moverme. Y tenía razón. Esto me hacía falta.

No recuerdo cómo conseguí mi primera bebida, pero unas pocas horas después todo se volvió muy borroso y de pronto me di cuenta de que tenía el brazo de Marco en torno al cuello, a Jennifer apretada contra mi costado, y estábamos saltando y gritando la letra de *Blue* de Eiffel65 sin que nos importara nada en el mundo. Uno de los amigos de Marco dijo al final que hacía demasiado calor dentro, así que salimos de la discoteca cervezas en mano y riéndonos cada vez que alguien casi se tropezaba con sus propios pies. Nos paramos en un parque y una chica vomitó sobre sus zapatos, y no sé por qué me pareció tan gracioso; pero Marco y yo nos estábamos descojonando, y no tengo ni idea de qué idioma estábamos hablando el uno con el otro, pero aunque no podía entender todo lo que decía, de alguna manera lo pillé.

A medida que pasaba el tiempo y se terminaba la cerveza, todos los demás volvieron a sus casas, y solo quedamos nosotros tres. Jenn estaba tendida sobre un banco con la cabeza sobre

las piernas de Marco y yo estaba sentado junto a él, con su brazo todavía sobre mis hombros.

—¿Cómo estáis emparentados exactamente vosotros dos? —les pregunté, echando la cabeza hacia atrás para mirar al cielo. No había estrellas esta noche.

Se dijeron algo el uno al otro y entonces Marco dijo, despacio, como si tuviera que pensarse cada palabra:

—Mi madre y su padre son primos.

Solté una risita.

—Así que no sois primos directos.

Me volvieron a la mente las palabras de Francesco: "Aquí todo el mundo es primo de alguien". Ya me habían avisado.

—Pero vaya, ¿soy yo, o el DJ se parecía un poco a Johnny Depp? —dijo Jenn.

—Puaj. —Marco hizo una mueca de asco.

—¿Johnny Depp pinchando música disco? Ni de coña —dije.

—Es que es totalmente mi tipo —explicó ella.

—Johnny Depp podría ser tu padre —dijo Marco.

—¿Daddy issues[2]? —pregunté.

—*¿Qué?* ¡Ni de broma! —gritó ella de vuelta—. No, si tengo que elegir creo que me gusta más Leo.

—¿Leonardo di Caprio? —dije—. Tampoco es que sea tan joven.

De forma inesperada, Marco dijo:

—A Rob le gusta Leonardo di Caprio. —De pronto la conversación se puso muchísimo más interesante. Jenn se rió y me señaló.

—James, ¡tienes un aire a Leo de joven!

Oímos pisadas que se acercaban desde la entrada del parque, y entonces la voz familiar e irónica de Francesco dijo:

—¿Acabas de decir "de joven"? Dios, me siento viejísimo.

Ay, no.

Antes de girarme, me mordí el labio y cerré los ojos y me encontré pensando, *Por favor, que no esté con Roberto.*

Y por supuesto que lo estaba.

ROBERTO

La llamada de teléfono con Luca había sido incómoda, por decirlo suavemente. Me lo contó todo sobre su nuevo proyecto y cosas que creía que quería comprar para nuestra casa, y comentó algo sobre nuestro arrendatario siendo un gilipollas como de costumbre y cambiando el orden del aparcamiento. Me sentí como si me contase todas esas anécdotas domésticas para recordarme que tenía una vida con él en Milán, y no debería dejarme llevar. O quizá estaba todo en mi cabeza y solo hablaba mi conciencia intranquila.

Cuando me pidió ponerle en altavoz para poderle decir hola a mis padres, deseé poder darle un puñetazo en la cara.

—¿Crees que lo hace a propósito? —le pregunté a Francesco durante la cena.

Como cualquier otro millennial milanés que se preciase, Francesco acababa con síndrome de abstinencia si pasaba dos semanas sin sushi. Por suerte para él, el restaurante local chino-japonés era famoso tanto por la calidad de sus ingredientes como por los precios. El lugar era acogedor y estaba limpio, decorado con elementos de bambú simples, y yo me daba cuenta de que era uno de los pocos lugares del pueblo en los que mi primo se sentía suficientemente cómodo para bajar la guardia.

Continué bañando el sushi en la salsa de soja, y cuanto más chupaba el arroz aquel líquido negro, menos me apetecía comérmelo. Ya tenía cuatro makis de pepino descartados yaciendo tristemente a un lado en mi plato. Francesco me miró, asqueado.

—Creo que no quiere que le partan el corazón, tras invertir en esta relación durante dos años, solo por tu crisis de los veinticinco.

Alcé ambas cejas.

—¿Es que es real?

—Desde luego, lo parece contigo.

Me pasé las manos por el pelo y me rasqué la cabeza.

—Es que es como si ya fuéramos una pareja de jubilados. Solíamos divertirnos juntos, y ahora es todo televisión, facturas y trabajo, trabajo, trabajo, trabajo. Todo el puto tiempo.

Francesco masticó lentamente su nigiri de salmón, y esperó a terminar para decir:

—Rob, así es como son la mayoría de relaciones entre dos adultos con un trabajo estable. No puedes esperar que siempre toque sexo frenético durante toda la noche, o escapadas románticas. Sé que las cosas no son tan emocionantes como solían serlo, pero es normal.

Cogí otro maki con los palillos y dije:

—No creo que hayamos hecho nunca ninguna de esas cosas.

Estaba a punto de sumergirlo en la salsa de soja cuando mi primo me dejó helado con una mirada asesina.

—O te comes esa cosa *ahora*, o te mataré yo mismo.

Puse los ojos en blanco y di un mordisco.

—Pero en serio, el sexo no es casi ni pasable. Ya ni siquiera queremos pasar tiempo juntos. No hay pasión, adrenalina, nada. Ni siquiera quería venir aquí, pero ahora que estoy pensando en romper, él es el que se cree con derecho a entrar en pánico.

Si había alguien en el mundo que pudiera entenderme, o al menos ayudarme a comprender qué demonios me pasaba, sabía que sería Francesco. Lo sabíamos literalmente todo el uno del otro desde que teníamos doce años, a mí me habían sacado del armario delante de nuestra familia durante la cena de Navidad, y él vino a mi habitación a decirme que él también era gay y le aterrorizaba decírselo a sus padres. Habíamos sido el primer beso del otro, antes de decidir que besar a un primo era asqueroso y que no pensábamos volver a hacerlo. Y yo fui testigo de todos los actos de la historia de amor más apasionada, dramática e intensa del mundo cuando conoció a, y luego rompió con, Eric, el amor de su vida.

Respiró hondo y dijo:

—Rob, como siempre…, pides demasiado.

Otra vez. Era hora de que se explicase.

—¿Cómo demonios voy a pedir demasiado?

—¿Alguna vez te has preguntado por qué todas tus relaciones acaban cuando te dejan, y a ti no te importa una mierda? No pones ningún esfuerzo en tus relaciones, porque en realidad te dan igual.

—Eso es ridículo —recalqué. Aunque aquello era lo que la mayoría de personas me decían cuando rompían conmigo.

—Rob, creo que estás buscando algo que es muy difícil de encontrar. Creo que, tras tu fachada de mierda de tío guay, en realidad eres un romántico empedernido y sueñas con un amor a primera vista, y sexo apasionado bajo la luz de la luna. Imaginas todo eso cuando conoces a alguien nuevo, y te decepcionas cuando tu pareja no te lo puede dar. Así es como te acabas aburriendo.

Esta vez no podía contestarle con nada. Quizá Francesco tenía razón. Recordé los largos días que había pasado con él en Milán cuando volvió de Londres después de que terminara su historia con Eric. Estaba destrozado, pero a la vez… Lo envidiaba. Siempre había envidiado ese tipo de amor. Había deseado a gente que me deseaba de vuelta, siempre había tenido una buena vida sexual y me había divertido, pero nada como aquello. Nada que me hiciera romper a llorar mientras escuchaba una canción, o reír como si se me fuera a salir el corazón del pecho. Nunca podría amar así. Quizá, probablemente, nunca pudiera amar.

Francesco me mantuvo la mirada y siguió diciendo:

—Tengo que ser sincero contigo: no le pasa nada a tu relación con Luca. ¿Y qué si es un poco tibia? Lo tibio es bueno. Es seguro.

Seguí apuñalando a mi nigiri con los palillos mientras respiraba hondo. Tenía que decirlo, sacármelo del pecho.

—¿Y si no quisiera ir a lo seguro? ¿Y si hubiera conocido a alguien?

Francesco abrió los ojos de par en par.

—Lo sabía —dijo—. Es James, ¿a que sí? Dios, pero ¿tú eres tonto?

—¿Por qué?

—¡Eso no es “conocer a alguien”! ¡El niño está aquí *de vacaciones,* Rob! ¿Se vuelve a la otra punta del mundo en cuánto?, ¿dos semanas?

—Tres semanas —musité.

Me dio una patada bajo la mesa.

—¿Te has acostado con él?

—No, no lo…

—Bien. Déjalo en paz. Deja que salga con gente de su edad. No la cagues con tu relación de dos años solo porque no puedes tener la bragueta subida. Y ya sabemos cómo iba a terminar,

de todas formas. Te aburrirías de él tras un tiempo.

De pronto el sushi me supo asqueroso. Miré fijamente el plato y pensé que, a nivel racional, Francesco tenía razón. Luca me estaba esperando en Milán. Iríamos a hacer la compra, saldríamos a cenar con amigos, y estaría a mi lado cuando cayera enfermo, haciéndome *pastina* y viendo una estúpida comedia romántica conmigo en la televisión. Éramos amigos antes que amantes, y por lo menos aquello no había cambiado. No era lo que quería, pero ya era algo.

¿Y qué era James para mí?

Cuando lo vi por primera vez, pensé que era un ángel. Vi su bello rostro, su piel perfecta y sus suaves rizos, y aquella imagen me atravesó la carne y los huesos, grabándome su imagen en la cabeza. Entonces lo vi sonreír y oí su risa, y esa imagen cobró vida, y desde aquel momento creció con cada palabra que decía y cada ligero roce. Me atraían irremediablemente todas las cosas que todavía no sabía de él, que mantenía escondidas de todo el mundo. Sabía que había algo *más* en él; algo que apenas podía sentir o ver en su rostro cuando tenía la mirada perdida en el horizonte. No lo conocía, pero quería hacerlo. Sentía el peligro, la tensión, la atracción. Y era cierto que iba a marcharse y ya no lo vería nunca más, pero aunque mi cerebro lo sabía, algo dentro de mí que mantenía la esperanza de que fuera distinto a todas mis relaciones anteriores. Quizá James fuera lo que había estado buscando toda mi vida.

—Rob, te conozco —dijo Francesco con sequedad—. Te aburrirías.

Me sentí realmente tentado de decirle que se fuera a la mierda. Pero Francesco me conocía, probablemente, mejor que yo mismo. Quizá tenía razón, y yo no *quería* de verdad a James. Quizá solo estaba proyectando en él las expectativas erradas de una relación que nunca lograría tener.

◆ ◆ ◆

Era tarde. Había pasado un tiempo desde la última vez que quedamos los dos, así que Francesco y yo nos paramos en el bar de camino a casa para tomarnos unas copas y seguir poniéndonos al día. Eran casi las tres de la mañana cuando mamá me escribió diciéndome que Marco aún no había vuelto. No creí que hubiera motivos para preocuparse; me imaginaba que probablemente solo estuviera pasándoselo bien, y no hubiera notado cómo pasaba el tiempo. La discoteca a la que iba con sus amigos estaba a una distancia andando razonable, y ninguno de sus amigos tenía el carnet de conducir todavía, así que incluso si (y estaba seguro de que así había sido) alguien se emborrachaba, no debería pasar nada.

Así que Francesco y yo nos dirigimos hacia la discoteca despacio, charlando, cuando oímos voces hablando en inglés en el parque. El parque no era el lugar más seguro en el que estar en medio de la noche: los yonquis iban allí para chutarse, y dejaban todo tipo de mierdas por ahí. Sin mencionar que a veces un pervertido aparecía por esa zona, y no te gustaría estar en un lugar a oscuras y lleno de árboles con él. Deseé que la gente que estaba allí estuviera bien mientras una duda insidiosa empezó a invadirme la mente.

Por favor, que no sea James.

Y, por supuesto, allí estaba.

Estaba sentado en un banco con el brazo del idiota de mi hermano alrededor del cuello, con las mejillas sonrojadas y su preciosa sonrisa relajada iluminándole la cara. Debería haberme sentido aliviado al ver que estaba bien; y al principio fue así, durante unos cinco segundos. Entonces mi estómago decidió prenderse fuego, y apenas pude contenerme para no ladrarle a Marco que dejase las putas manos quietas.

Francesco les soltó algún tipo de broma; debía de haber sido Jennifer quien arrastró a

James para salir, y no sabía si respetarla u odiarla por ello. Y cuando James giró su rostro hacia mí, estaba…

Se me hundió el estómago, y sentí que me latía la sangre en las sienes.

—Habéis estado bebiendo —dije tan calmado como pude en italiano, lo cual probablemente no sonase calmado en absoluto.

—Rob —intentó decir Marco, pero le corté.

—Cá. Lla. Te —le advertí—. ¿Habéis tomado algo?

—¿Qué? —dijo Jennifer, como si no se pudiera creer que les preguntara eso.

—¿María, cocaína, algún tipo de pastilla?

Francesco se aclaró la garganta detrás de mí.

—Rob, te estás pasando.

—¿Ah, sí? Porque la última vez que me fijé, estos idiotas estaban sentados en un parque borrachos, a las tres de la mañana y sin ninguna intención de volver a casa o llamar a nadie para que los recogiera. Podrían perfectamente estar colocados.

Marco se mofó.

—¿Así que esa es toda la confianza que tienes en mí?

—¡No me hables de confianza ahora mismo, Marco! —grité—. Levantaos y salgamos de aquí de una puta vez. —Se pusieron de pie en silencio, mirando al suelo. Dejé que mis ojos se clavaran en James, que se estaba mordiendo el labio otra vez. No hacía falta saber italiano para entender que les había estado echando la bronca. Y me sentí como una mierda.

—Fra. —Me giré—. ¿Puedes llevar a Jenn y Marco a casa?

Francesco me disparó una mirada asesina que se pareció bastante a un puñetazo en la cara, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ya que vais todos en la misma dirección, tiene mucho más sentido que yo acompañe a Jenn a casa y tú te vayas con los otros dos.

Pues claro que tendría sentido, si yo no estuviera siendo un completo idiota y *necesitase* hablar con James a solas.

—James. —Le tendí la mano—. ¿Pasea conmigo un rato?

A juzgar por su expresión, era lo último que se había esperado que dijera. Me tomó de la mano dubitativo, y yo casi jadeé ante el contacto. Había pasado dos días sin tocarlo, y al parecer eso era un tiempo largo de cojones. Apreté mis dedos en torno a los suyos, y nos alejamos caminando.

Desde algún lugar detrás de nosotros, oí silbar a Jennifer.

JAMES

No tenía ni idea de qué coño estaba pasando. Roberto me sostuvo la mano y nos guió por las estrechas calles de la ciudad, iluminadas por la cálida luz de las farolas. Cuando advirtió a unas cuantas personas charlando frente a una casa cercana, Rob echó a correr, tirando de mí. Pese a mi confusión, me alegró que no me soltase.

Se detuvo por fin para permitirme recuperar el aliento cuando llegamos al paseo marítimo. Se me hizo un nudo en el pecho mientras abría la boca para tomar tanto aire como pude. Estaba sudando, y me estaba empezando a marear.

Roberto dio un par de pasos hacia una fuente de agua potable pública, y dijo:

—Ven aquí.

Me hizo beber un poco de agua y se mojó la mano y me la pasó por la frente y el cuello, lo que me hizo sentirme mejor de inmediato. Busqué su tacto, y cuando me apartó la mano de la nuca se me escapó un largo gemido de sufrimiento de los labios.

Tenía un gesto duro, con los labios apretados en una línea recta y los ojos enmascarados por una mirada fría.

—¿Y ahora qué? —dije en un susurro roto. En algún lugar dentro de mí comenzó a arder un fuego y apreté los puños, preparándome para lo peor.

—Te has emborrachado, y te has puesto en peligro —dijo, cortante.

—No —le discutí, alzando un poco la voz. ¿Por qué eran tan raras las cosas entre nosotros? ¿Por qué no lograba hacer que mejorasen? Estaba tan frustrado que me quería arrancar el pelo a tirones.

—Y si alguien te hubiera drogado, o tocado, o…

—¡Por Dios! —chillé—. ¡Tienes que estar de coña! Me acuerdo de que alguien me dijo que me debía a mí mismo, cito, “ir de fiesta como si no hubiera un mañana, y divertirme”.

—¡Pero no así!

—¿¡Y entonces *cómo*!?

—¡Quería que hicieras estas cosas *conmigo*!

Abrí tanto los ojos que casi me dolió. ¿Primero me rechazaba, y ahora tenía los cojones de estar celoso? Lo agarré por el cuello de la camisa, y tiré de él hacia mí.

—No te debo nada, ¡y lo sabes!

Tenía la cara a centímetros de la mía. Nos estábamos mirando mientras se mezclaban nuestras respiraciones y los ojos se entretenían en cada mínimo detalle de nuestros rostros, y entonces algo cambió en su expresión.

—Tienes razón. No me debes nada —susurró mientras me ponía las manos en los hombros y me apartaba con suavidad—. Lo siento. —Se aclaró la garganta, se giró, y se alejó de mí—. Vámonos a casa —dijo.

Mientras estaba de pie tras él, mirándole la espalda mientras se alejaba, se desató una tormenta en mi cerebro. Mi cuerpo se moría por un poco de tacto físico, y aún me picaban todos los lugares en los que habían estado sus manos: los hombros, la cara, la nuca. Tenía la mente embotada y confusa, y deseé, quise y me morí de ganas de hacer algo, *lo que fuera*, para hacer

que desapareciera esa agonía.

Así que me reí. Me reí de mi miseria, de lo ridículo que era, de lo loco que había estado para desear a alguien como él, que tenía el mundo a sus pies sin que le importara una mierda. Solté la risa más falsa que pude, y más. Me reí con tanta fuerza que me lagrimearon los ojos, hasta que se me cerró el estómago y estuve a punto de vomitar. Se giró hacia mí, y no sé qué vi en sus ojos, pero eran hermosos y brillaban y yo me quise morir.

—¿Por qué me haces esto? —grité—. ¿Por qué me das una de cal y una de arena?

Roberto dejó caer los brazos a ambos costados, y en un momento perdió por completo la compostura y pasó a parecer tan pequeño y patético como yo. Se encogió de hombros, y dijo:

—Joder, James, yo qué sé. Lo siento. No soy perfecto. —Miró al suelo, esbozó una media sonrisa y dijo—. Soy un desastre en lo que a ti se refiere. Te deseo, y quiero dejar de desearte, y quiero dejar de preocuparme por dejar de desearte.

Sus palabras me pesaban en el pecho. No sabía si me podía permitir sentirme feliz, o si eso solo me haría pasarlo peor.

—¿Es que no vas a volver a mirarme nunca más? —pregunté, y se acercó hacia mí—. ¿Voy a tener que pillarme un pedo de ahora en adelante para que me mires?

—No harías eso solo por llamar la atención.

Sonreí, impresionado al comprobar que sabía algo así sobre mí.

—No, tienes razón, no lo haría. Lo de esta noche no era por ti. Es sólo que… Yo también soy un desastre, y no solo en lo que a ti se refiere. —Ahora Roberto estaba de pie frente a mí, con los ojos clavados en los míos. A nuestro alrededor hacía tantísimo calor, y su mirada era tan intensa que me quemaba en el estómago, en el pecho, hasta las puntas del pelo, haciendo que me cosquillearan los dedos de los pies y consumiéndome desde dentro. ¿Qué estábamos haciendo? Estabamos atascados jugando a la gallinita ciega gay, cuando la solución a todos nuestros problemas era más que evidente.

Deslicé con cuidado una mano por su estómago, apretando la palma contra su camisa para sentir el calor de su cuerpo y cómo sus músculos firmes se ponían rígidos bajo la tela ceñida. Apreté con más fuerza su camisa y me puse de puntillas, apoyando la barbilla en el suave lugar entre su cuello y su hombro. Alcé la cabeza y, con el corazón en la garganta, le susurré al oído:

—No sé qué es lo que piensas de mí, pero no soy delicado o virgen. No hace falta endulzar esto. —Inspiré rápidamente y me mordí el labio—. ¿Y qué si quieres follarme? Me parece bien. Haré todo tipo de cosas sucias por ti, y cuando hayas acabado conmigo, será culpa mía. Puedes follarme sin piedad y llamarme una puta, y no tienes ni que tocarme. No tienes que sentirte culpable por tu novio, porque soy yo el que es así. Será todo culpa mía.

Sentí que todo su cuerpo se tensaba mientras yo hablaba, y de pronto Roberto me apartó por las caderas y se limitó a mirarme con una expresión indescifrable. Movió la mandíbula, y se mordió por dentro la mejilla.

—¿Eso es en serio, James?

Tragué un poco de aire, y lo único que pude decir fue:

—Sí. —Me latía con furia el corazón en el pecho, con tanta fuerza que resonaba profundamente en mis orejas, y me detuve, sin entender todavía por qué no decía nada—. Puedes hacerme de todo —susurré con voz rota.

Respiró hondo y posó una mano sobre mi nuca. Gemí por la expectación, casi esperando que me hiciera arrodillarme de un empujón frente a él. Me humedecí los labios, ansiándolo.

Pero, en su lugar, tiró de mí hacia su pecho. Enterró el rostro en mi pelo y me dio un

único beso delicado en la coronilla, mientras su otro brazo se posaba en mi espalda y me atraía hacia él. Yo, con los ojos abiertos de par en par y desenfocados, no entendía qué estaba pasando. El diminuto y horrible pinchazo de incomodidad en la boca del estómago que había estado sintiendo e intentando reprimir todo aquel tiempo creció lentamente, haciéndome temblar y desear poder desaparecer en la calidez de sus brazos.

—No sé con qué tipo de hombres has estado hasta ahora —susurró la voz de Roberto con dulzura contra mi pelo—. Pero yo no soy así.

De mi garganta brotó un sonido estrangulado, y enterré la cara aún más en su pecho mientras me dolía el cuerpo entero; el dolor desgarrador que me había nacido en el estómago me devoró, me apuñaló el corazón, se arrastró por mis venas y me hizo perder cualquier fuerza que hubiera tenido en las extremidades.

Me seguí repitiendo mentalmente que si tenía los ojos húmedos, era todo por culpa del alcohol.

◆ ◆ ◆

A la mañana siguiente me despertó un fuerte dolor de cabeza. Rodé en la cama, intentando sin suerte volverme a dormir, antes de darme por vencido y encender el teléfono. Tenía tres notificaciones de Jenn: un selfie que nos hicimos en el parque, un mensaje diciendo que quería saber todo lo que había pasado con Roberto y una nota de voz describiendo su resaca. Me limité a responder que yo también me sentía como el culo y que no había pasado nada con Roberto, y luego miré al techo durante media hora, pensando en ese "nada" que había pasado en realidad. Me había vuelto a rechazar. Yo había pensado que quería que folláramos de una vez para tachar eso de la lista de cosas que hacer, pero cuando dijo que no… Me sentí aliviado.

Roberto era distinto a cualquier otro tío con el que me hubiera acostado. Y aunque esa era la razón por la que nunca podría tenerlo, me alegraba que no fuera como los demás. Me alegraba haber tenido por lo menos la oportunidad de saber que alguien como él existía, de saber que en algún lugar remoto, en la otra punta del mundo, había un hijo de puta con suerte al que quería, atesoraba y cuidaba un hombre como Roberto. Cualquier persona a la que amase Roberto tenía que ser impresionante.

Sonreí dolorido contra la almohada, dándome cuenta de que por fin se había terminado mi enamoramiento. Ya no quedaba esperanza. Pero ahora que no me quedaban cabos sueltos con él, podíamos ser amigos. Al menos durante las próximas tres semanas.

Estuve de mala hostia todo el día. Mary estaba insoportable y cabreada porque no le habían dejado salir a la discoteca conmigo la pasada noche (y yo agradecía que no hubiera venido), y mamá no dejaba de hacerme preguntas sutiles que no venían a cuento, enmascaradas como curiosidad genuina sobre las discotecas italianas, para entender si debería llevarme al hospital para que me hicieran las pruebas del SIDA otra vez. Las dos se callaron por fin tras el almuerzo, cuando le ladré a mi madre que "nadie me había acercado la polla a ninguno de mis agujeros" y me marché de la casa con un portazo.

¿Me sentía mal por ello? Sí, pero estaba demasiado cansado y avergonzado, y tenía el corazón demasiado roto, para volver. Paseé por las calles soleadas del centro de la ciudad, que estaban, obviamente, desiertas a aquella hora del día. El sol me daba en la cabeza sin descanso, sin ningún miramiento respecto a mi resaca. Pensé que si en algún momento tuviera que elegir entre pasar el resto de mi vida en este tiempo infernal o en nuestro invierno helador de Connecticut, elegiría el invierno. Se puede sobrevivir al invierno, siempre y cuando tengas suficientes libros y chocolate caliente. Pero cuando luchas contra el sol, has perdido de

antemano. Los italianos intentan combatirlo con *gelato*. *Pues me apetece un* gelato *ahora mismo.*

Me dirigí hacia el bar de la *piazza*. Necesitaba agua con hielo. Y *gelato*, claro, que esperaba que no se derritiese demasiado rápido bajo el sol de las dos de la tarde. Sin nadie en la calle, la ciudad parecía el set de rodaje de una de esas melancólicas películas en blanco y negro protagonizadas por una mujer espectacular con un aire a Audrey Hepburn y un hombre sensual trajeado. *A mí no me vendría mal un hombre sensual trajeado. O incluso sin trajear.*

Aquella luz del sol tan temible e injustamente bella resaltaba los colores de las casas, y todos los detalles de sus ladrillos y piedra. Las ventanas estaban casi todas abiertas, y había macetas bonitas con plantas y flores colocadas de manera elegante sobre las repisas. A través de las ventanas abiertas podía oír los sonidos de las televisiones, y de gente charlando. Los italianos no parecían apreciar mucho el aire acondicionado; por lo que veía, los que lo tenían no lo usaban a menos que fuera totalmente necesario, y muchas familias no se molestaban en instalar un aire acondicionado en su casa siquiera. Decidí que me gustaba aquello. Las ventanas abiertas, junto con las flores y las bicis aparcadas cerca de las puertas, contribuían a hacer aquel lugar tan bello. Tomé una foto de un callejón estrecho que conducía al paseo marítimo, donde un gato dormía dentro de un jarrón junto a una Vespa amarilla, y pensé que era el primer momento aquel día que me había sentido en paz conmigo mismo. Extendí la mano y toqué suavemente la cabeza del gato, sin querer despertarlo, y deseé poder renacer como gato en mi próxima vida si es que las cosas funcionaban así.

Una bici frenó detrás de mí, y la voz de Marco me llamó. Me giré para decir hola, y al levantarme, sentí el cuerpo más pesado que nunca. No pasó mucho tiempo antes de que me cedieran las piernas, y me cayese al suelo.

ROBERTO

Cuando Marco me llamó para decirme que fuera a recogerlos a James y a él al centro de la ciudad porque James se había desmayado en la calle, al principio pensé que estaba de broma. Pero al llegar y ver una pequeña multitud rodeando a James tuve que cambiar de opinión. Ahora estaba despierto, y Marco sostenía un trapo húmedo contra su frente mientras alguien le daba agua. Seguía muy pálido; incluso sus labios, por lo general rojos, estaban blancos casi por completo. La señora Martini, de la panadería, estaba segura de que había sido un golpe de calor, e insistió en darme el número del médico del pueblo. Que yo, por supuesto, ya tenía.

—Hey —dije, acercándome a él y tomándole la mano—. ¿Cómo te sientes?

—Noto la cabeza rara —murmuró—. Y quizá vomite.

Golpe de calor al cien por cien.

—Vale. Voy a llevarte a casa, y a llamar al médico.

Se le escapó entre los labios un gemido.

—No quiero ir a casa. Mis padres no necesitan saber esto.

—Claro que tienen que saberlo.

James me apretó con más fuerza la mano, y le brillaron los ojos con algo similar a la desesperación.

—Por favor.

Me sentí como si James me acabara de pegar un puñetazo en la cara. Resultó que se me daba fatal decirle que no. Al final lo traje a mi casa, y llamé a su madre para decirle que estaba aquí y que el médico iba a venir a verlo. Ella se dejó caer, y mamá le hizo un café mientras yo cuidaba de James en mi habitación. Envolví una bolsa de hielo con una toalla y le hice apoyar la cabeza sobre ella. Entonces presioné un trapo mojado tras sus orejas, sobre sus muñecas y sobre sus tobillos para bajarle la temperatura corporal. Pronto cerró los ojos y se quedó dormido. Deseaba con todas mis fuerzas que el médico llegara pronto.

—Tenía la esperanza de que te disculparas —me dijo Marco desde la puerta.

—¿Por qué? —dije, acariciándole distraído la mano a James.

—Anoche fuiste un perfecto gilipollas con Jenn y conmigo. Y no me vengas con la chorrada del hermano protector. Ambos sabemos lo que estaba pasando. —Me giré hacia él, y continuó—. Te morías de celos viéndome con James.

Dejé escapar un suspiro, y me giré hacia James para apartarle unos mechones de pelo de la cara. Marco tenía razón. Siempre había considerado los celos horribles y poco atractivos; los odiaba, y siempre me había enorgullecido de no ser celoso. La noche pasada había sido un hipócrita. James no era mi pareja, y aun si lo hubiera sido, no habría tenido derecho a decirle qué hacer. Ni siquiera me había dado cuenta de lo que estaba haciendo hasta que me dijo que no me debía nada.

Estaba muy decepcionado conmigo mismo, y me sentía ridículo.

—Lo siento —le dije a Marco.

—Rob, tenías celos de mí. ¡De mí! Soy tu hermano, y soy hetero.

—Claro, ya veremos en unos años —le dije con media sonrisa, como si fuera broma. Sí

que pensaba que mi hermano todavía no se había dado cuenta de que era bisexual, pero no era asunto mío decírselo.

—Que te jodan —dijo, y se acercó para sentarse en mi escritorio—. Debe de ser realmente especial para ti.

Me limité a revolverme en la silla, incómodo. Me estaba costando mucho comprender qué significaba James para mí. Tras comentar la situación con Francesco había estado seguro de que lo que sentía por James no era más que mera atracción física. Pero la noche pasada, cuando me miró con intensidad a los ojos y me dijo aquellas cosas, me di cuenta de que no era el caso; tirármelo para olvidarme de él no era una opción. No buscaba sexo de él. Así no.

Ni siquiera me importaba que James pensara que era "fácil", ni el tipo de experiencias que hubiera tenido en el pasado. Lo único que me importaba era que le habían hecho daño, y que no se lo merecía.

James… Se había acurrucado en mi corazón la primera vez que hablé con él, y ahora yo era incapaz de dejarle ir.

Marco se aclaró la garganta, y dijo:

—Quizá yo también haya encontrado a alguien especial. Iba… A quedar con ella hoy, antes de encontrarme con James.

Me giré para mirarle. Estar allí con Marco me recordaba a cuando éramos pequeños; cada vez que hacía algo que no debería haber hecho venía a mí de esta forma, se sentaba en silencio a mi lado y confesaba su travesura. Entonces me clavaba sus ojos de perrito apaleado, y me pedía que le ayudara a contárselo a mamá.

—Es Marta, ¿verdad? La hija del peluquero —dije. Él se limitó a asentir—. El día aún no ha acabado. ¿Por qué no vas ahora a verla?

—Porque… —Parecía atormentado. Pasaron unos minutos así, sin mediar palabra. Me estaba planteando si no debería decir algo cuando por fin dijo—. Hace poco que hemos… Empezado a… Em, a conocernos mejor… ¿Me entiendes?

—Vale, sí, creo que sí —dije con cautela. No me había esperado que se abriese conmigo sobre estas cosas, pero ahora que lo estaba haciendo, no quería decepcionarlo—. ¿Hay algo que no sepas que te esté haciendo sentir incómodo, o…?

Dejó escapar un suspiro.

—No, conozco cómo funciona la cosa. Es solo que… Ayer, los dos…, y yo…, pero ella no…, y me siento fatal al respecto.

Me rasqué un poco la cabeza.

—Marco, necesito que me ayudes a llenar los huecos. ¿Ayer los dos…?

Soltó un gemido de frustración y dijo, en voz tan baja que apenas pude oírlo:

—Estábamos, en plan…, tocándonos el uno al otro.

—Vale. Así que tú tuviste un orgasmo, y ella no. Y te sientes mal al respecto. ¿Es eso? —Él se limitó a asentir—. Escucha. —Le puse una mano sobre el hombro para que me mirase—. No dejes que eso aplaste tu confianza. Es normal no llegar las primeras veces. No es una competición, y ninguno de los dos necesita este tipo de presión. Relájate, y tómate tu tiempo para explorar.

—Más fácil decirlo que hacerlo —murmuró él, apartando la mirada. Me estiré hacia la mesilla y le di el neceser que tenía en el cajón. Miró dentro, y luego alzó la vista para mirarme—. ¿Me acabas de dar una botella de lubricante?

—Sí, pero también un gel de masaje. Seguro que se te ocurre cómo utilizarlo.

Hizo una pausa un momento y volvió a mirar dentro de la bolsa.

—Eh… Se te ha olvidado esto —dijo, enseñándome un paquete de condones.

—No se me ha olvidado. También son para ti.

Se le abrió la boca de par en par.

—Oh. Pero no hemos llegado a esa parte… Todavía.

Me encontré a mí mismo sonriendo, y sacudí la cabeza.

—Bueno, cuando lo hagáis, quiero que tengas estos. Y que los uses.

Él asintió de nuevo, incómodo.

—Lo haré… Gracias, Rob. —Se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Oye —le llamé, antes de que se marchara de la habitación—. Sé que ya no es lo mismo desde que me mudé a Milán, pero puedes hablar conmigo. Siempre estaré ahí para ti.

Se giró y me sonrió con suficiencia.

—Eres un cursi. Pero esto no se me va a olvidar. —Posó los ojos brevemente en James, y luego volvió a mirarme—. Te devolveré el favor. Lo prometo.

—¿Rob? —me llamó James con debilidad, y bajé la mirada. Cuando volví a girarme hacia la puerta, Marco se había marchado.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté, pasando los dedos por el pelo de James. Sí que se estaba retrasando el médico.

—Mejor —susurró él. Le hice beber algo de agua y le ayudé a incorporarse en la cama, poniendo una almohada tras su espalda. Tenía los labios rosas; no era para nada su color habitual, pero sí que tenía mejor pinta que antes.

—¿Es este tu cuarto? —me preguntó. Me levanté de la silla y me senté al borde de la cama. James se movió a un lado del colchón, haciéndome hueco a su lado. Antes de darme cuenta, le había pasado un brazo alrededor de los hombros y él había apoyado la cabeza contra mi pecho. Tenía el pelo mojado y frío, y enterré la cara en sus rizos, inhalando su olor. Tenerlo allí, en mis brazos, era una sensación mucho mejor de lo que debería. En mi antigua habitación, el lugar que tenía todos mis secretos y mis recuerdos, que era mío y solo mío. Las paredes, la cama, el escritorio, las estanterías, mi colección de Magic: The Gathering, mi guitarra clásica, el estéreo, mis CDs. La parte más joven, pura y honesta de mi alma continuaba viviendo allí, en todas y cada una de esas cosas, y ahora James también estaba allí, y si me lo permitía se lo podía contar todo acerca de mi vida antes de él. Le podía contar aquella vez que Francesco y yo quemamos las cortinas con un cigarrillo robado, o quizá las noches de invierno sin dormir jugando a World of Warcraft con la peor conexión a internet del mundo. O quizá preferiría oírme hablar de las canciones de amor ñoñas que aprendí a tocar con la guitarra para mi primer novio, y de cómo lloré con Titanic; algo que jamás admitiría con nadie más.

Pero, de todas las cosas y recuerdos que almacenaba allí, en lo que James se fijó fue en una lata de cerveza medio aplastada que había añadido a mi estantería hacía poco.

—¿Esa tiene alguna historia? —me preguntó, intentando ocultar el temblor en su voz. Y entonces supe que lo sabía.

—Sí —dije—. Hace un tiempo, conocí a un chico. Nunca hablábamos, pero me gustaba mirarlo. Tenía la boca más preciosa del mundo. Cuando se aburría, curvaba los labios en un puchero adorable. Cuando sonreía, los colores del mundo se volvían más vívidos. En una fiesta, terminamos compartiendo una birra. No tendría por qué haber significado nada, pero él no dejaba de sostener la lata sobre la que habían estado nuestros labios. Y entonces pensé que quizá no era solo yo. Quizá él también me miraba. Quizá él también quería lo que yo. No podía tenerlo a él, pero quería atesorar ese sentimiento. Supongo…, que necesitaba tener por lo menos eso.

James me miró con los ojos empañados y los labios entreabiertos, y yo supe que me

moriría si no lo besaba ahora mismo. Intenté luchar contra ello, intenté pensar, analizar y racionalizar; pero concluí que ni todos los hechos y palabras y promesas del mundo significaban una mierda y que todo lo que me había importado jamás era compartir aquello, en aquel momento, con él. Así que envolví con mis manos sus mejillas, y su boca estaba entreabierta cuando me acerqué, se mezclaron nuestras respiraciones y se rozaron nuestras narices, y yo…

Alguien se aclaró la garganta. James se apartó de mí de golpe, respirando agitadamente, y todo lo que yo sentí fue el hielo que me corría por las venas, desgarrándome.

El médico no parecía impresionado. Por su parte, la madre de James parecía totalmente conmocionada.

Y mamá me estaba clavando una mirada que había llegado a conocer muy bien en los últimos veintiséis años: estaba furiosa.

◆ ◆ ◆

La tensión era tal durante la cena que si alguien que no fuera ya inmune a nuestros dramas familiares hubiera entrado en la habitación, se podría haber electrocutado. Papá comía en silencio mientras veía el partido de la Juventus en la televisión, y mamá me miraba como una víbora a punto de atacar. Casi podía oírla ensayando en su cabeza todo lo que me iba a chillar en cuanto le diera pie. Así que yo también me mantuve en silencio, a la defensiva, devolviéndole la mirada. Casi pensaba que podía lograrlo hasta que terminara la cena cuando Marco volvió a casa con aspecto de estar feliz, exhausto, y en general tremendamente satisfecho. Intercambiamos una mirada y me permití sonreirle, lo cual detonó el broncazo que mamá había estado planificando desde primera hora de la tarde.

—¿Qué hora te crees que es, Marco? —empezó—. ¿A lo mejor piensas que esto es un hotel, y puedes cenar cuando te apetezca?

Marco me miró de nuevo, y yo sacudí la cabeza. Papá levantó la mirada de la televisión y suspiró.

—Siento llegar tarde —dijo Marco—. Tampoco es que tenga tanta hambre, así que me iré a mi habitación y ya está.

—¡No vas a ir a ninguna parte! ¡Siéntate! —Mamá señaló la silla que estaba junto a la mía, y luego cogió el mando para apagar la televisión—. Vuestro padre y yo necesitamos hablar con vosotros. ¡Con los dos! —Se cruzó de brazos. A juzgar por la expresión de papá, estaba seguro de que habría preferido seguir viendo el partido a tener esta… ¿Conversación?

—¡Tú! —explotó mamá, mirando a Marco—. ¿Dónde has estado?

Marco abrió y cerró la boca unas cuantas veces.

—Estaba… He estado…

—Me han dicho que estás saliendo con la hija del peluquero —le interrumpió.

—...sí —confirmó Marco.

—Más te vale hacer las cosas bien, niño. Si le arruinas la reputación a esa pobre chica, te vas a arrepentir. ¡Vaya que sí! —Estampó la mano sobre la mesa. Luego se giró hacia papá—. ¡Giuse, dile algo tú también!

Papá se rascó un poco la frente, y luego dijo:

—Cuando tenía vuestra edad, el Padre Antonio en catequesis decía siempre que las chicas debían tener cuidado con los hombres hasta tres horas después de morir.

—¡Eww! —exclamó Marco. Yo no me podía creer lo que estaba oyendo.

—Guau, ¿en serio? —dije—. ¡Qué orgullo ser hombres, papá!

—Estaba a punto de decir —continuó él, exhalando—, que no queremos ser ese tipo de

hombres.

—Amén —se burló Marco.

Mamá miró a papá como si quisiera matarlo.

—¿Qué? —dijo él, devolviéndole la mirada—. Esto es nuevo para mí. No necesitamos tener esta conversación con Roberto en su momento. ¡Ja, ja! —Me guiñó el ojo.

Yo parpadeé, incrédulo.

—Yay, soy gay. Un chiste tan genial como de costumbre, papá.

Mamá sacudió la cabeza.

—Debería haberme ocupado yo de todo lo relacionado con la charla. Pero vaya —se giró hacia Marco—, que como dejes embarazada a alguna chica, te mato.

Aquello fue demasiado.

—¡*Ma*, dale un poco de cancha, que tiene diecisiete años!

Se le encendieron las mejillas con una furia salvaje que casi me sobresaltó mientras me gritaba:

—¡Tú cállate la maldita boca! ¡Con tu charlatanería y tu arrogancia! Eres una decepción, Roberto. ¡Creía que había criado a un hombre decente!

—¿Así que ya no soy decente? ¿Qué he hecho? ¿Acaso he matado a alguien?

—Trajiste a tu novio Luca aquí, a nuestra casa, ¡hace menos de un año! ¡Dijiste que lo querías, y juramos que le querríamos como a un hijo! Y ahora te veo ponerle los cuernos con mis propios ojos, bajo mi techo, ¡y a lo mejor encima quieres que te aplauda y diga ‘bravo’! —Se detuvo para recuperar el aliento—. ¡Dime tú en qué tipo de hombre te has convertido!

Se me quedó la mente en blanco por un momento, y respiré hondo.

—No le he puesto los cuernos —dije con dureza.

—Lo de besar al vecino casi me engaña, vaya.

—¿¡Besaste a James!? —dijo Marco.

—Casi —musité.

Papá se aclaró la garganta.

—Rosa, ya es suficiente —le dijo a mamá—. Nuestro chico tiene la sangre de un marinero en las venas, y eso iba a tener consecuencias antes o después. —Se giró hacia mí, y continuó—. Eres apasionado, lo entiendo. Puedes recibir la mejor educación del mundo, puedes encontrar el mejor trabajo, pero no puedes empezar a pensar con la cabeza cuando está en tu sangre pensar con el corazón. Así es como eres tú, y no importa si la persona que quieres es un hombre; sabes que eso nunca me ha importado. Pero sabes lo sagrada que es la familia. Sabes que, para nosotros, el amor es para siempre. Si no vas en serio con Luca, no deberías haberlo traído a casa. Así que quiero que pienses si este enamoramiento que tienes con ese chico hace que te merezca la pena perder la confianza y el respeto de tu pareja.

Las palabras de mi padre me cerraron la boca, pero bien.

¿Qué coño estoy haciendo con mi vida?

—Piénsalo —concluyó—. Y estoy seguro de que tomarás la decisión correcta.

JAMES

En tan solo unos días, me había dejado a mí mismo en evidencia delante de Roberto cientos de veces. Sabía que era una puta barata, lo infantil que era, lo estúpido que era. Y me deseaba de todas formas. No estaba acostumbrado a esto. Que me desearan. Que me tocaran. Que me abrazaran. Era todo muy confuso, y parecía demasiado bueno para ser real.

Porque no era real. Fuera lo que fuese lo que sentía Roberto por mí, estaba luchando contra ello. Podía leer en su rostro que cada vez que me tocaba, se acababa arrepintiendo. Pensé que quizá debiera mantener las distancias y dejar de tentarlo, pero cuando me tendía la mano, yo la tomaba. Cuando se sentaba a mi lado en la playa, yo me acercaba. Cuando me acariciaba el pelo con los dedos, me inclinaba hacia su tacto. Cuando me pasaba un brazo sobre los hombros, apoyaba la cabeza sobre su pecho. No sabía qué estaba haciendo; pero sí que me moría de ganas de ello. Y parecía que él tampoco sabía lo que estaba haciendo.

Seguía sin engañar a su novio; nunca cruzaba esa línea conmigo. Pero los límites se estaban difuminando, y él también se daba cuenta; a veces su mirada se tornaba fría, su cuerpo rígido, y el ritmo de su respiración cambiaba. No me gustaba verlo disgustado. Y sabía que era por mi culpa.

Me entró curiosidad sobre su novio, y le pedí a Jenn que me mostrase fotos suyas del Facebook de Rob.

Luca, que así se llamaba, era de Padua, una ciudad cerca de Venecia. Era un poco más bajito que Roberto y ni de lejos igual de guapo, pero tenía buen aspecto. Juntos eran una pareja guapa. En las fotos que vi, Rob tenía pinta de pringado, haciendo muecas divertidas o llevando gafas de sol raras y pelucas, y Luca parecía más calmado y tranquilo. Sonreía acaramelado al lado de Rob, y casi podía leerle escrito en la cara, “Quiero a este idiota”.

—Le odio —le confesé a Jenn en la playa, escondiendo el rostro tras las rodillas. No era la primera vez que me sentía celoso; cuando tuve un crush con Brian, en ocasiones pensaba que me encantaría cargarme a su novia. Odiaba ese sentimiento: era devastador. Me chupaba la energía y me hacía desear que aquel hombre de aspecto encantador desapareciera del mundo. No podía sacarme aquellas fotos de la cabeza, y me imaginaba a mí con Rob en su lugar. Llevaría estúpidas gafas de sol con forma de corazón a juego con las suyas, y haría muecas ante la cámara. No me importaría tomarle de la mano en público. O besarlo. No me podía creer, y en parte me aliviaba, que no hubiera ni una foto de ellos besándose. Si yo fuera su pareja, me pasaría las horas besándolo.

No podía sacarme de la cabeza el pensamiento que decía, *debería ser yo.*

Jenn se quitó las gafas de sol y dijo:

—James, ¿puedo preguntarte algo? —Alcé la cabeza, con la esperanza de que me distrajera de Roberto y Luca durante un rato. Abrió Instagram y tecleó mi nombre en la barra de búsqueda. Se me formó un nudo en el estómago cuando hizo clic en mi perfil—. Este eres tú, ¿verdad?

Me costaba respirar. Había esperado que mi pasado no me siguiera hasta Italia, pero qué inocente había sido. Estaba atrapado en una telaraña. Mil hebras finas y pegajosas me envolvían,

conectándome con mi pasado. Era casi demasiado fácil tomar una y seguirla hasta volver a casa, uniendo los puntos y descubriendo la persona que había sido; la persona que aún era. Tenía la boca más seca que el papel de lija—. Sí —susurré, deseando que parase de mirarme.

Ella silbó, con expresión de sorpresa.

—Guau, ¿es que eras modelo o algo?

Parpadeé, confuso y desorientado. Aquella no era la reacción que me había esperado. Entonces me acordé de las cuentas bloqueadas, los comentarios eliminados, los mensajes no deseados reportados. Si seguía husmeando, seguro que encontraría algo. Pero en aquel momento, sin mirar apenas las fotos, no lo veía. Me sentía tan aliviado que podría haberme echado a llorar.

—No, simplemente tengo una buena cámara. Y me gusta jugar con las luces. No es nada especial.

—Llevas meses sin subir nada. ¿Te aburriste?

Tragué aire y dije:

—Bueno, algo así.

—¿Lo has pensado?

—¿El qué?

—Ser modelo en serio. Te iría genial.

Por un momento quise gritarle que se callara. Pero ella no sabía nada. A su manera directa habitual, me estaba haciendo un cumplido sincero. No había malicia en su tono.

—No estoy interesado —dije, incómodo. Jenn dejó el tema y preguntó si quería ir a nadar con ella. No me apetecía nada en aquel momento, así que dejé que se fuera ella sola. Cogí el teléfono y me metí en la App Store. Miré el icono de Instagram, y me pregunté si debería volverlo a descargar, solo para comprobar que todo seguía en orden… Había sido yo el que le rogó a mamá que me permitiera por lo menos eso durante mi "desintoxicación de las redes sociales", pero ahora la simple idea de mirar las notificaciones y los mensajes me inquietaba. Debería haberme hecho el perfil privado. Al final me fui a la versión de escritorio y busqué mi perfil sin iniciar sesión. Así era como me vería un extraño. En las fotos en que posaba ante cámara salía realmente guapo. Sabía que era así. Y luego estaban las demás fotos: comida, libros y selfies con amigos. Amigos. Parecía eso, ¿a que sí?

Una gran mano cálida me tocó el hombro con delicadeza, sobresaltándome.

—¿Estás bien? —dijo Roberto, sentándose a mi lado. Tenía una expresión tirante en la cara, y me dio unos toquecitos en la boca con el dedo—. James, para. Te va a sangrar el labio. —En cuanto lo dijo, me di cuenta de que me dolía el labio inferior de mordérmelo y dejé de hacerlo. Dejé caer el teléfono y le envolví el cuello con los brazos, ocultando el rostro entre su cuello y su hombro—. Hey —me susurró él al oído, acariciándome la espalda con suavidad. Sentí que se me relajaban todos los músculos bajo sus dedos. No debería hacer esto. No debería complicarle más las cosas. Tenía novio. Yo lo sabía, y lo detestaba, y me detestaba a mí mismo, pero su presencia a mi lado era reconfortante y tranquilizadora, y lo único en el mundo que me haría sentirme un poco menos desastre.

Rob no cedió. Noté su cuerpo sólido y seguro contra el mío, y esperó con paciencia a que yo dejara de estar en pánico. Cuando se me calmó por fin el corazón, deshice el abrazo y me di cuenta de que tenía los ojos fijos en mi teléfono. Lo cogió con la mano y observó la pantalla.

—Tienes un aspecto muy diferente —dijo.

Me humedecí los labios, que me cosquilleaban, y dije en voz baja:

—¿Sabías que puedes programar un mes entero de contenido para redes sociales en menos de una hora? Mamá trabaja en eso. Es mánager de redes sociales. —Él me miró,

animándome a continuar—. De pequeño fui un niño enfermizo. En séptimo grado tuve una neumonía tremenda, y tuve que estar en cama durante meses y repetir el grado. Por eso me gradué del instituto este año, con diecinueve. Tras la enfermedad, dejé de encajar en la escuela. Acababa de empezar a conocerme a mí mismo, y tenía miedo de que la gente se enterase y me hiciera la vida un infierno. Supongo que esa fue la razón por la que empecé con las redes sociales. En ellas podía fingir ser otra persona. Podía parecer guay. Podía ser lo que quisiera. Pero son todo mentiras. Esto, lo que ves aquí, es todo mentira.

Él respiró hondo.

—Creo que todo el mundo hace eso, hasta cierto punto.

—Quizá, pero yo soy un puto desastre. Al principio de este año me metí en un lío tremendo, y tuve que estar escolarizado en casa hasta la graduación. No sé qué voy a hacer de ahora en adelante. Creo que me tomaré un año sabático. Según Jenn podría ser modelo, pero… Es de risa. No sé hacer nada, y no tengo habilidades sociales de verdad. Lo único que se me da bien son las mamadas, así que igual hasta debería hacer carrera en el porno.

Roberto me escuchó con atención, y descansó su frente contra la mía.

—No hables así de ti mismo. No puedes tenerlo todo decidido a los diecinueve. ¡*Yo* no tengo ni idea de qué demonios estoy haciendo con mi vida, y tengo veintiséis! No pasa nada por tomarse un tiempo para pensarlo y averiguar qué es lo que quieres de verdad. Aquí, en Italia, el instituto dura cinco años y lo normal es graduarse a los diecinueve. Y, en general, la mayoría de gente acaba en trabajos que no tienen nada que ver con lo que han estudiado. Como yo —dijo con seriedad—. Estudié idiomas extranjeros porque creí que quería ser intérprete, y ahora me dedico al tráfico ilegal de órganos.

—¿Qué?

—Trabajo en el departamento de ventas de una marca de ropa de lujo.

—Ay, gracias a Dios —dije, y los dos soltamos una risita.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo lograba que todo mejorase simplemente estando a mi lado?

—No tienes que decidir ahora mismo lo que quieres hacer con tu futuro —me dijo—. Estás de vacaciones, y hoy es quince de agosto. ¿Sabes lo que significa eso?

Tuve que pensarlo por un momento.

—Oh. ¿Es esa fiesta que me contó Claudia, no? ¿Cómo se llamaba?

—Ferragosto —dijo él—. Vamos a hacer una hoguera en la playa esta noche. Asaremos carne en la hoguera, nos daremos un bañito a medianoche, y nos quedaremos toda la noche despiertos. Y tú te vienes.

Lo miré a los ojos, sin estar seguro de qué hacer.

—¿De verdad que puedo hacer esto, Rob? ¿Puedo quedarme contigo…, así?

Esbozó una media sonrisa, como si no tuviera elección.

—No sería lo mismo sin ti.

◆ ◆ ◆

Al parecer hay algunas canciones clásicas de pop que todos los italianos se saben de memoria para cantarlas al son de una guitarra clásica en la playa. Decidí hacer una playlist con las que más me gustasen para escucharlas en el avión de regreso a casa. Como explicó Jenn, las canciones eran o divertidas, o cursis, o nostálgicas, y no me podía creer que la mayoría hubieran sido escritas e interpretadas por hombres. Me impresionaba cómo los hombres italianos podían poner el amor en palabras de una forma tan abierta, describiendo sentimientos que la mayoría de la gente se moriría de vergüenza compartiendo.

Francesco tocó la guitarra y cantó para nosotros mientras el sol se hundía tras el horizonte y el cielo cobraba bellos tonos de rojo y morado. Como siempre, había demasiada gente, demasiada comida, una cantidad vergonzosa de alcohol y dos enormes sandías sumergidas bajo el agua en el rompeolas, esperando a ser servidas como postre porque era "la mejor forma de mantenerlas fresquitas".

—Tocas genial —le dije a Francesco mientras comíamos.

—Venga ya, ¡pero si solo se sabe tres acordes! —se rió Rob.

—Que bastan para tocar el noventa por ciento de las canciones pop —señaló Jenn con gesto asqueado—. Dios del Metal, perdónalos.

—El Dios del Metal se ahorcó, probablemente, cuando tocamos *Albachiara* —se mofó Rob—. Esto es, en cuanto empezamos.

Francesco esbozó una sonrisita.

—No me avergüenzo de saberme solo tres acordes. Todo el mundo sabe que la guitarra es la manera más rápida de conseguir un polvo.

—No, la vía exprés es sacar al perro a pasear —dijo Roberto, con tanta seriedad que se me descerrajó la mandíbula.

¿En serio? ¿Y por qué nadie me había contado eso hasta ahora?

—Totalmente —secundó Claudia. De verdad, ¿cómo se suponía que yo debía haberlo descubierto? ¿Por qué no enseñaban esas cosas en la escuela?

Jenn sacudió la cabeza.

—¿En serio, Fra? Porque hasta donde yo sé, el guitarrista es el que tiene que seguir tocando mientras todos los demás se enrollan alrededor de la hoguera.

Y entonces ¿cuál es la verdad?

—Chicos, admitid que sencillamente me tenéis envidia —dijo Francesco, guiñándome el ojo con una sonrisa. Roberto se mofó.

—No te vengas arriba. James solo te hizo un cumplido porque es educado.

Jennifer silbó.

—¡Uuy, alguien está celoso!

—Cabrón honrado —le murmuró Fra a Rob. No estaba seguro de que fuera de broma—. Moriré antes de que me juzgue un tío cuya película favorita es Titanic.

No pude evitar reírme.

—¿En serio? —le pregunté a Rob—. ¡Si esa película es casi un meme!

Frunció el ceño.

—Uno: Titanic es un peliculón. Dos: se me da mejor que a él tocar la guitarra. —Rob le hizo un gesto a Francesco para que le pasara la guitarra, y su primo lo hizo poniendo los ojos en blanco y suspirando.

Rob chasqueó la lengua y se aclaró la garganta. Dijo algo en voz alta en italiano para atraer la atención de todo el mundo. Cuando la gente miró en nuestra dirección, me acerqué más a Jenn por instinto. Era ridículo que me latiese el corazón tan rápido. No era yo quien estaba de pie ante la multitud con una guitarra entre los brazos. Aun así, había cerrado las manos sudorosas en puños sobre las rodillas, y me encontré conteniendo la respiración.

Por su parte, Rob parecía totalmente relajado. Dijo algo gracioso, y la gente se rió. Parecía nacido para que lo mirasen: para estar siempre en el centro de atención. Comenzó a tocar una canción con un ritmo normal que, en cuanto empezó, hizo que alguien silbase. No sabía distinguir si era pop, rock o blues, pero un momento después de que empezara, alguien comenzó a bailar. Roberto cantaba con una voz ronca muy interesante, y actitud de estrella del rock.

Aquella canción no tenía nada de especial, no era épica ni compleja a nivel técnico; pero mientras tomaba fuerzas para el estribillo se me escapó una risita. Era algo tonta y sensual, una melodía simple y animada que te hacía cosquillas en el estómago; como un flirteo inocente que te hace sonreírle al suelo, y aun así sentirte enorme. A nuestro alrededor la multitud cantaba el estribillo con Rob, bailando y saltando: era algo en español e italiano, y aunque no sabía qué decía la letra, sabía que esa canción era para mí.

No tenía que ver con las palabras. No tenía que ver con el ritmo. Sino con la forma en que la mirada de Rob me hacía arder el corazón y entender que cantaba para mí. *Mírame,* me decían sus ojos. Así que miré. Lo miré con tanta intensidad que temía reducirlo a cenizas.

El sonido animado y ligero de la guitarra, caldeado por la voz intensa y sexy de Rob, me explotó en el pecho, y me eché a reír sin darme cuenta, y quería saltar, cada vez más alto, sin pensar en nada ni nadie, olvidándome del pasado, del futuro y de cualquier cosa que me hubiera hecho sentir algo que no fuera aquella ridícula e inmortal felicidad.

Eres tan crío, pensé. *Crío, cabezón, y adorable de cojones.*

Y cantas para mí. Para mí.

Sentí que él podía oír mi risa por encima de todas las demás, por encima del canto y la emoción, y entonces me di cuenta por primera vez de cuánto había deseado esto. Quería conocer todos sus lados más tontos, reír con él, bailar juntos y oírlo cantar cada día. Tocarlo, abrazarlo, besarlo. Quería ser suyo. Quería que él fuera mío. Y sabía que aquel sentimiento tenía un nombre.

Me había enamorado.

ROBERTO

Solía ser yo el que se acercaba y lo tocaba. Me imaginaba que James no se acercaba conscientemente a mí por respeto a mi relación. Y probablemente le tenía mucho más más que yo, porque solía terminar a su lado todo el puto tiempo.

Pero la noche de Ferragosto pareció dramáticamente necesitado de contacto. Tras nadar a medianoche, se tumbó conmigo sobre la arena, con la cara enterrada en mi costado y aferrándome con la mano la sudadera. Le subí la capucha de la suya y estiré la mano hacia mi mochila para cubrirlo con una manta que me había traído de casa. Por la noche en la playa hacía frío. Algunas personas habían traído tiendas de campaña, por ejemplo Marco iba a compartir una con su chica, pero yo sabía que no podría dormir; así que prefería yacer sobre la arena y contemplar el cielo nocturno hasta que empezara a amanecer.

—¿Seguro que no quieres dormir en la tienda de Jenn? —le susurré a James—. Va a hacer todavía más frío aquí fuera.

—Si refresca más, tú solo abrázame más fuerte —murmuró.

Cristo bendito. ¿Por qué todo dejaba de tener sentido cuando estaba con él? No lograba encontrar una sola buena razón para no besar a James. No entendía por qué no estaba ya haciéndole el amor.

Le besé la cabeza, inhalando su olor. Se le escapó un débil gemido de los labios.

—Más —susurró.

No podía creer que aquella única palabra pudiera hacer que me doliera tanto el corazón. En un momento, todo lo que quise en el mundo fue dejarle entrar en mi corazón, abrazarlo, protegerlo y defenderlo del resto del mundo. Le daría cualquier cosa que me pidiera, y haría lo que él quisiera. Pero James no era egoísta ni pretencioso; no me pediría que hiciera algo que sabía que no podía hacer. Me aceptaba con todos mis límites, mis rarezas y mis dificultades. Aunque lo que lo que yo le daba no era más que una manifestación infantil, incómoda y del todo insatisfactoria de cuánto lo necesitaba, me seguía deseando. Quería más, fuera lo que fuese, y yo le di más. Por supuesto que lo hice. Habría dado mi vida por él, si me lo hubiera pedido.

Rocé su sien con los labios y le di un beso bajo el ojo derecho mientras estrechaba con el brazo sus hombros, atrayéndolo hacia mí. Me asombraba cómo nuestros cuerpos encajaban a la perfección; y James probablemente pensara lo mismo, porque se derritió en mis brazos, acurrucándose contra mí y gimiendo suavemente.

Había una zona de aspecto suave, justo bajo su oreja, que había deseado besar desde la noche en que miramos juntos las estrellas. Me permití inclinarme y posar los labios sobre ella con delicadeza, saboreándolo mientras escalofríos recorrían su piel fría y se le desbocaba el pulso bajo mis dedos.

Dios, lo deseaba tanto que me dolía. Mi cuerpo era un doloroso revoltijo de deseo.

—Rob —dijo con voz queda, sin intentar siquiera ocultar cuánto le temblaba la voz—. ¿Piensas alguna vez en lo que pasó…, el otro día?

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Con el otro día quieres decir…, en mi casa?

James sacudió la cabeza.

—No, intento no pensar en eso. Me incomoda.

Sus palabras me dejaron totalmente helado. La idea de que casi nos besásemos lo incomodaba. Aquel día había estado seguro de que él también quería, pero ahora ya no sabía qué pensar. Estaba a punto de pedirle que me contara más cuando dijo:

—No, quiero decir… Me refiero a lo que pasó en la Roca.

Abrí la boca, intentando darle voz a un pensamiento que aún no tenía claro ni yo en la cabeza, pero volví a cerrarla. James era impredecible, como siempre. Decía que intentaba no pensar en nuestro casi-beso, y procedía a sacar un tema que para cualquier otra persona sería muchísimo más incómodo.

—A veces —mentí. ¿Que si pensaba en aquel día? Siempre. Cuando estaba con él, recordaba cómo tembló su cuerpo entre mis brazos y cómo se aferró a mí como a un salvavidas. Cuando estaba a solas, mi mente regresaba a él, imaginando cosas que no debería pensar sobre James.

—Yo…, pienso en ello todo el tiempo. En la sensación de tus brazos rodeándome, en el tacto de tus manos y en la forma en que me miras. Me toco pensando en ti todos los días.

Aquella era una imagen que no necesitaba tener en mente en aquel momento. Cuando lo tenía en mis brazos. Cuando podía tocarlo como quería. Cuando estaba lo suficientemente cerca para dejarle chupetones, o para deslizar la mano entre nosotros y ponerle fin de una vez a aquel terrible anhelo…

—Lo siento —murmuró—. Te estoy acosando.

Se me escapó sin querer un profundo suspiro, que me brotó del pecho.

—¿Estás seguro de que no es al contrario?

Podía sentir cómo se reía entre mis brazos.

—Si es el caso, desearía que me acosaras un poco más.

No sabía qué decir. James alzó la cabeza, y yo debía de tener una expresión realmente estúpida en la cara, porque se rió y posó el dedo entre mis cejas para darme un masaje en círculos.

—¿Qué clase de gesto es este? —me preguntó.

—Estoy muy confundido, James —dije—. Primero dices que lo que pasó el otro día te incomoda, y me haces dudar de todo, y luego…

Al principio James pareció sorprendido, y luego avergonzado.

—Oh, eso. —Se tomó un momento para pensar, y luego posó la barbilla sobre mi hombro, y no había ni sombra de duda en sus ojos azules cuando dijo—: Rob, siempre he deseado todas y cada una de las cosas que han pasado entre nosotros. Con todo mi corazón. Lo que quería decir antes es que… Hablar de besar me incomoda.

Lo miré durante un rato. Iba en serio.

—¿Te incomoda más que decirle a alguien que te haces pajas pensando en él?

James se mordió el labio inferior.

—Si lo pones así, sí que suena raro. Pero juro que en mi cabeza tenía todo el sentido del mundo.

Me reí y dejé caer la cabeza sobre la arena, mirando al cielo de frente.

—Eres un misterio, ¿sabías?

James se revolvió un poco, sin soltarme, y posó la cabeza sobre mi pecho.

—En realidad soy un alienígena.

—¿Uno al que le dan miedo las estrellas?

James sonrió.

—Touché.

Caímos en un silencio agradable, hasta que una estrella fugaz cruzó el cielo sobre nosotros. James sonrió; le brillaban los ojos en la oscuridad. Dijo que ver una estrella fugaz no había dado tanto miedo como pensaba. Pero se le había olvidado pedir un deseo. Le conté historias, bromeé con él, y nos reímos. Y me ardía el corazón mientras pensaba en mi deseo:

Que esta noche dure para siempre.

◆ ◆ ◆

No me esperaba que todo se desmoronase tan rápidamente.

Vi el amanecer con James acurrucado contra mi costado, cansado pero aun así precioso bajo los primeros rayos de sol de la mañana. Jennifer salió de su tienda con una resaca tremenda. Claudia, por su parte, parecía muy descansada, y nos trajo tazas y termos de café. Podía ver en ojos de Francesco que estaba esperando a que nos quedáramos solos para echarme la bronca por estar tan cerca de James, pero entonces la novia de Marco se fue a su casa y él se unió a nosotros, pareciendo exhausto y dándonos la oportunidad perfecta para reírnos de él en su lugar.

Todo parecía estar en su lugar hasta que caminamos hacia casa. Vi de inmediato el coche aparcado a un lado de la calle, frente a mi casa. Todavía estaba dándole la mano a James cuando oí la voz de Luca desde el acceso, y fue James quien soltó mi mano y dio un paso hacia atrás cuando lo vio charlando con mamá. No sabía cómo conocía su cara, pero estaba seguro de que sabía que ese hombre era mi novio.

—Sí, los chicos deberían llegar pronto, pero ¡entra, que debes de estar cansado de viajar toda la noche! —dijo mamá antes de que se girasen los dos hacia nosotros.

Tuve que obligarme a apartar los ojos de James para mirar a Luca.

Luca parecía cansado, pero estaba, como siempre, bien vestido, fresco y limpio. Llevaba una camisa vaquera azul de manga corta, que claramente había planchado, y pantalones cortos color caqui. Tenía buen aspecto: mucho mejor que la última vez que nos vimos. Por suerte Marco lo saludó primero, dándome un momento para aceptar el hecho de que sí, en serio que estaba allí, y esto estaba pasando de verdad. Y luego estaba frente a mí, sonriendo como no lo había hecho desde hacía mucho tiempo y diciendo que había querido sorprenderme, y había viajado toda la noche desde Milán para llegar cuando me despertase. Me limité a mirarlo mientras muchísimas sensaciones indefinidas y desagradables me revolvían el estómago, y entonces él me tocó el brazo con el rostro a un centímetro del mío.

Le di un pico en los labios simplemente porque era lo que se esperaba de mí, y el beso me supo a traición.

No me mires, pensé, consciente de que James seguía de pie a unos pasos de mí. *Por favor, no me mires ahora mismo.*

—Te echaba de menos —dijo Luca en voz baja, y deseé que nadie le hubiera oído. Desvié la mirada y él se giró hacia las otras tres personas detrás nuestro. Francesco le saludó con amabilidad; se conocían bien, y quedábamos los tres todo el tiempo en Milán. Le presentó a Claudia y Jennifer. Luca le dio las gracias a Claudia por invitarlo a la boda pese a que nunca antes se habían visto en persona, y confirmó que allí estaría. Jenn lo miraba como si quisiera matarlo, y podía ver cómo apretaba con los dedos el brazo de James.

No podía dejar de sentirme preocupado. Miré a James, que no lograba mirar a Luca a los ojos y se mordía el labio de nuevo. Entonces Francesco le pasó un brazo a James por los hombros y lo atrajo hacia sí, diciendo:

—James es nuestro nuevo vecino estadounidense favorito.

—Mucho gusto, James —le dijo Luca, y se estrecharon las manos.

No podía dejar de mirar la mano de Francesco posada sobre el hombro de James, mientras empeoraba mi dolor de estómago y notaba la cabeza a punto de estallar, y el único pensamiento coherente que mi mente embotada lograba formular era que la persona tocando a James en ese momento *debería ser yo.*

JAMES

Deseé poder desaparecer; irme muy, muy lejos para no volver jamás.

Si no hubieran estado Francesco y Jenn a mi lado en aquel momento, creo que habría salido huyendo. Le estreché la mano a Luca y le sonreí con educación, o al menos lo intenté, pero todo lo que sentía eran vacío, dolor y humillación. ¿Cómo podía haberme hecho ilusiones pensando que podría haber algo más que flirteo sin propósito entre Roberto y yo? ¿Cómo podía haberme enamorado de él cuando estaba en una relación, y lo había estado desde el principio?

Había sabido a nivel racional que lo que estábamos haciendo no significaba nada, y aun así tuve los huevos de enamorarme de él. Y solo me podía culpar a mí mismo. Miré al suelo hasta que Rob, Marco y Luca desaparecieron por fin. Me ardían la cara y los ojos mientras el latido atronador de mi corazón me llenaba la cabeza.

—James. —La voz de Francesco me devolvió a la Tierra. Tenía ambas manos sobre mis hombros y me estaba sacudiendo suavemente. Jenn estaba de pie a mi lado, acariciándome la espalda—. ¿Estás bien? —me preguntó Fra, con el rostro preñado de preocupación.

—Yo… —musité—, necesito irme a casa.

—Voy contigo —dijo Jenn—. ¿Qué te parece un poco de helado y Netflix?

—Igual luego, ¿vale? Ahora mismo necesito…, estar solo un rato. —Hice lo que pude por sonreírles a ella y a Claudia, que estaba tras su hermana mirándome con una expresión compasiva que me hizo querer morirme. Claudia era una buena persona. Tanto que había invitado al novio de Rob a su boda sin conocerlo siquiera. Me pregunté qué pensaría realmente de mí; si, tras su expresión amable, me juzgaba por babear por un hombre que tenía pareja.

—James —dijo otra vez Francesco, mirándome a los ojos con intensidad—. Sé que no te vas a creer lo que estoy a punto de decir, pero sé cómo te sientes. Yo también he pasado por esto.

—Vale —dije, sin que fuera en serio, intentando mantener algún resquicio de dignidad. ¿Cómo podía entender lo que estaba sintiendo? ¿Cómo podía entender el doloroso y desagradable revoltijo que tenía dentro? Ni yo lo entendía del todo.

—Todo va a ir bien. Date algo de tiempo —concluyó.

—Claro —dije, desviando la mirada. Inspiré hondo, enterrando en mi pecho los sollozos que trataban de abrirse paso. Tenía los ojos tan secos que me picaban, pero no me permití parpadear. No quería ponerme a llorar.

Me di la vuelta y caminé hacia mi casa sin mirar atrás, y de pronto sentí que alguien me tiraba del brazo. Jenn estaba de pie a mi lado, y sabía que si me permitía ser *yo* en aquel momento rompería a llorar, y no quería ser *esa persona*. Dándole voz a mis mayores frustraciones, dije:

—¿Qué quieres?

Jenn bajó la vista al suelo, con una mirada que parecía una mezcla de lástima y culpa.

—Yo…, no creo que debas estar solo, después de todo.

¿Qué acababa de decir? Sus palabras fueron como un cuchillo que me apuñaló el ya maltrecho corazón. ¿Por qué era tan obvio? ¿Por qué parecía tan débil? ¿Por qué tenía que decir aquello, haciendo aún más evidente lo patético que yo era, mientras Francesco y su hermana

seguían estando justo detrás de nosotros?

Lo odiaba todo, todo. Cada palabra, cada mirada de lástima, cada roce por compasión. Me sacudí su brazo y sucumbí a la única emoción que me mantendría en pie en aquel momento: la ira.

—¡Te he dicho que quiero estar solo! —le ladré. De nuevo, ella era incapaz de mirarme a los ojos. Joder—. ¿Qué es lo que quieres de mí exactamente? ¿Es que tienes el síndrome del Caballero de la Brillante Armadura? —dije, sin más intención que la de mantenerla alejada—. ¿Sabes qué? Llevo tiempo queriendo decirte…, si quedas conmigo solo por la emoción de tener un amigo gay, Jenn, ¡búscate a otro!

El silencio se extendió ante nosotros, y esta vez no le di tiempo para contestar. Me giré y corrí hacia mi casa. Mientras cerraba la puerta a mi espalda, me di cuenta de que no quedaba nada dentro de mí; me sentía completamente vacío.

La casa estaba en silencio; después de todo, todavía era temprano por la mañana. Decidí darme una ducha rápida e irme directo a la cama, y con suerte me quedaría dormido de inmediato y no me despertaría nunca más. Sonreí al pensarlo. No estaría mal, pero probablemente me levantara a tiempo para comer. Tendría que ver a mi familia y fingir que estaba bien, e inventarme algo para no ir a la playa. Tendría que buscarme algo que hacer para dejar de pensar en lo que había pasado. En *él.*

¿Cómo podía no pensar en él, cuando hasta hacía solo unos minutos la calidez de sus brazos era lo único que necesitaba para vivir? No tendría que haberme vuelto tan cercano a él. No tendría que haberme abierto. Tendría que haberme quedado solo, como debía. Debería haber utilizado estas vacaciones para *sanar*, como decía la doctora Westermann. Para descubrirme a mí mismo. Ah, pero sí que había descubierto algo a fin de cuentas: no tenía remedio.

El dolor en mi estómago y el ardor en mi pecho cada vez eran peores. Caminé hasta el rincón más oscuro del salón y me dejé caer. Me hice un ovillo, ocultando el rostro tras las rodillas, y me pedí aguantar un poquito más. Solo un poquito más…

Hasta que no pude. El dolor me latía furioso en el pecho, llegándome hasta las sienes, y un gemido ahogado se escapó entre mis labios, derribando todos mis muros y destruyendo todas mis defensas. Me corrieron lágrimas por las mejillas, y cuanto más intentaba reprimirlas, más me dolían al salir a la fuerza de mis ojos. Lloré, y lloré, y lloré hasta quedarme ronco, hasta que me ardieron los ojos, hasta que no pude respirar. Hundí los dientes en mi labio, y daba igual lo que doliera; ni se acercaba a la agonía que sentía dentro.

No me di cuenta de que venía alguien hasta que fue demasiado tarde.

—James, ¿qué está pasando? —dijo papá, corriendo hacia mí desde las escaleras. Por supuesto que, de entre todos, tenía que ser él. Me sujeté la cabeza con las manos, tirándome del pelo, tratando de encontrar la fuerza para dejar de llorar, para decir que estaba bien, para huir.

Cualquier cosa antes de otro “estoy tan decepcionado contigo”.

—Para, te estás haciendo daño —dijo en su lugar papá, tirando de mis brazos hasta que me solté la cabeza. Alcé el rostro y lo vi pese a mi visión borrosa, de rodillas frente a mí, confuso y disgustado; y deseé poder perder la consciencia y escapar a algún lugar oscuro y silencioso hasta que todo aquello pasara.

Papá exhaló ruidosamente, y me tomó el rostro entre las manos.

—James, te sangra el labio. Ahora mismo necesito que respires, ¿vale? Respira despacio. Coge aire por la nariz, y suéltalo por la boca. Así, bien. —Hice lo que decía, y cuando me solté el labio, empezó a latir de dolor mientras algo cálido me resbalaba por la barbilla. Menudo desastre. Sollocé desesperado, sin saber qué hacer o decir—. Escucha, James. —Su voz sonó

algo incómoda, pero inesperadamente cálida—. Si no quieres hablar conmigo, lo entiendo. Por favor, dime si… Tú solo di sí o no, ¿vale?

Asentí.

—¿Te ha hecho alguien… algo? ¿Contra tu voluntad?

Sacudí la cabeza, y él suspiró de alivio. Me pidió que lo esperase, fue al baño y volvió con el botiquín. Desinfectó con torpeza mi corte en el labio. Era obvio que no sabía cómo hacerlo. Cuando de pequeños Mary y yo nos hacíamos daño, siempre había sido mamá la que nos cuidaba. Al principio pensaba que a papá le daba igual, pero cuando pasé meses en cama con neumonía me di cuenta de que, en realidad, le aterrorizaba vernos sufrir. Cuando venía a verme, era como si sintiera el mismo dolor que yo. Entonces pude sentir cuánto me quería.

Antes de arruinarlo todo.

—Lo siento —dije con un susurro ahogado, incapaz de dejar de llorar—. Siento haberos salido tan mal.

Papá presionó los labios en una línea recta, y se subió las gafas por la frente para frotarse los ojos.

—No has salido mal, James.

—¡Sé que es lo que piensas! —grité—. Y tienes razón… Yo…, tras todo lo que pasó en casa, yo… —Hice una pausa, intentando recuperar el aliento—. Me he enamorado de él. Tiene novio, y yo me he enamorado de él igualmente. ¿Por qué ha pasado esto? ¿Qué *coño* me pasa?

Papá parpadeó unas pocas veces, y me tocó la cara de nuevo.

—¿Es eso lo que ha pasado? ¿Estás enamorado de él?

Me limité a asentir con la cabeza, luchando contra la necesidad de volverme a morder el labio otra vez.

—Mírame —dijo con seriedad papá. Alcé la vista, y lo vi sonriéndome como no lo había hecho en mucho tiempo—. El amor no es algo de lo que avergonzarse, James.

—Pero yo… Lo que ocurrió el año pasado…

—Lo que pasó el año pasado fue muy distinto a esto —me interrumpió papá—, y no fue tu culpa de todo, de todas formas. Nosotros también tenemos parte de la responsabilidad. Siento haberte dicho que estaba decepcionado contigo. Pagué mi frustración contigo, porque no podía aceptar que debería culparme a mí mismo en tu lugar por no ver, o no darme cuenta, de lo que te estaba pasando. Pareció que todo sucedía tan rápido; un día eras mi pequeñín, y al siguiente te habías convertido en un joven al que no conocía… Pero las cosas así no pasan de la noche a la mañana. Siento tanto, James, haberme perdido cómo crecías.

—¿Me estás diciendo —me temblaba la voz— que no me odias?

Papá abrió los ojos de par en par.

—Dios, James, claro que no. ¿Es eso lo que pensabas? —Posó una mano firme sobre mi nuca, y respiró hondo—. Supongo que a veces hace falta decir las cosas claramente, ¿no? Eres mi hijo y te quiero, James. Te he querido desde el día que supe que ibas a nacer, y te querré hasta el día en que me muera.

Hacía meses que había dejado de esperar oír aquellas palabras de él. Me cubrí la boca con la mano y lloré de nuevo, en silencio.

—Papá, esta es la primera vez que he querido a alguien… No sé cómo hacerlo.

Papá me sonrió, y me alborotó el pelo.

—Tú solo vive el momento. Cada cosa que sientes, incluso el dolor por el que estás pasando ahora mismo, es algo preciado que te ayudará a crecer. Tú solo vívelo al máximo.

Respiré hondo, y me sequé las lágrimas.

—Es un hombre —susurré, mirando intensamente a papá a los ojos.

—No pasa nada —dijo él, devolviéndome la mirada—. Estás siendo muy valiente, James. Estoy orgulloso de ti.

◆ ◆ ◆

Cuando salí de la ducha, mamá ya se había despertado. Creo que papá le contó lo que había pasado, porque me abrazó amablemente y me dijo que durmiera en su habitación. Aprecié que quisieran darme algo de privacidad. Me quedé dormido en cuanto mi cabeza tocó la almohada. Soñé con Rob, recuerdos confusos de los días que habíamos pasado juntos y de la noche anterior, cuando miramos al cielo nocturno bajo una manta cálida. Cuando me desperté, lloré sobre la almohada hasta quedarme sin lágrimas. Mamá me trajo algo para comer a la cama; podía oír que le decía a Mary que tenía fiebre, al otro lado de la puerta.

Por la tarde, encontré por fin el valor para mirar de nuevo el teléfono. Cuando desbloqueé la pantalla, la galería se abrió para mostrar una foto de Jenn y mía que nos hicimos anoche, y que me había enviado por la mañana antes de… De todo.

En menos de un día, había perdido a Rob y ahuyentado a la única persona que podría haber sido mi amiga de verdad en esos momentos. Había cometido un error antes, al pensar en lo que había aprendido sobre mí mismo; no solo no tenía remedio. También era cruel.

Me resbalaron lágrimas por la cara mientras abría nuestra conversación de WhatsApp y tecleaba las palabras, “Lo siento”. Jenn leyó el mensaje, pero no contestó. Claro que no.

Recoges lo que siembras, dijo una voz en mi cabeza mientras lloraba hasta quedarme dormido.

—¿James? ¿Estás despierto? —me preguntó alguien cerca de mí. Por un momento pensé que era Mary, pero cuando abrí los ojos reconocí la silueta de la chica que estaba saliendo de la habitación.

—¡Jenn! —grité, incorporándome de un salto.

No te vayas, pensé, aunque no tenía el valor de decirlo claramente. *Por favor, no me abandones. No te conviertas en otra sombra a la que mirar en retrospectiva con remordimientos. Ya tengo demasiadas. ¿Por qué siguen acumulándose? ¿Por qué sigo destruyendo todo lo hermoso que llega a mí en esta vida?*

Jenn se giró, y me asaltó la culpa cuando me miró con los ojos hinchados.

—Lo sien…

Antes de que pudiera acabar la frase, Jenn se me lanzó encima de un salto, envolviéndome el cuello con los brazos. Yo escondí la cara en sus preciosos rizos, y por primera vez no me importó que me viera en mi peor momento. Ya lo había hecho, y me había perdonado.

—¡No es por la “emoción” de tener un amigo gay, so gilipollas! —me soltó mientras lloraba entre mis brazos.

—Lo sé —susurré mientras le acariciaba el pelo. Estaba al límite: me temblaba el cuerpo, y no dejaban de resbalar lágrimas por mis mejillas—. Lo dije porque, en el fondo, no tengo ni idea de por qué nadie querría pasar tiempo con un perdedor como yo, Jenn. Quiero decir, mírame. —Rompí el abrazo y me señalé con un gesto—. ¿Por qué quieres ser amiga mía, incluso cuando estoy así?

Jenn suspiró, y apoyó la frente sobre mi hombro.

—Porque me entiendes —susurró—. Cuando Claudia nos presentó, ¿te acuerdas de lo primero que me dijiste?

Tragué saliva e intenté recordar, pero no me acordaba. Sacudí la cabeza, esperando que

aquello no hiriera sus sentimientos.

—Te dije, "Claudia es Claudia, y yo soy su hermana a medio hornear". Y tú dijiste…

—..."así que eres como yo" —terminé la frase. ¿Cómo podía haberme olvidado? No le había dado mucha importancia aquel día a esas palabras. Parte de mí había estado segura de que estaba bromeando… Pero no. Ahora todo tenía mucho más sentido.

Jenn sonrió y asintió. Se sentó al final de la cama y le dio unas palmadas al colchón, a su izquierda. Tomé mi lugar junto a ella, y crucé las piernas sobre la cama. Jenn se secó los ojos con el dorso de la mano, y me dijo:

—No encajo con las demás chicas de mi clase. Solo hablan de chicos, telebasura y zapatos de marca. Un coñazo para mí. Me gusta escuchar punk, jugar a videojuegos y pasar tiempo con chicos. Pero mis amigos siempre acaban queriendo más de mí. Son amables y divertidos hasta que me echan la culpa por meterlos en la "friendzone". A la mierda con eso.

Asentí con la cabeza.

—El Síndrome del Buen Tío es horrible.

—Mamá dice que es culpa mía, que tengo que ser más…, ya sabes, como Claudia. —Jenn hizo una pausa—. Ser su hermana es lo peor. Nunca seré suficiente, en comparación con ella. Sus notas eran mejores, sus amigos eran mejores, su gusto es mejor. Haga lo que haga, ella lo hace mejor. Es brillante, lista y guapa, y yo mientras soy un desastre.

—Jenn, tú también eres brillante, lista y guapa.

—Sí, a nivel racional lo sé. Sé que soy yo, y la mayor parte del tiempo me gusta cómo soy. Sé que no debería dejar que inseguridades estúpidas me aplasten, pero… Cuando oigo lo de "deberías ser más como tu hermana"..., a veces se vuelve muy cansado fingir que no me importa.

Lo entendía. Profundamente, desde el corazón.

—Creo que sé cómo te sientes.

Jenn dejó escapar una risa cansada.

—Me entiendes, James, desde el primer día que nos conocimos. No es que sea evidente en tu caso, pero no me vuelvo loca en cuanto conozco a alguien. Si contigo lo hice, fue porque sentía que podía confiar en ti.

Me obligué a tragarme el nudo en la garganta. Confiaba en mí. Y quizá, solo aquella vez, yo también podía intentar confiar en ella.

—Jenn… ¿Puedo contarte cosas bastante jodidas sobre mí?

Jenn asintió, y aquel día hablé con ella *de verdad* por primera vez. Le dije todo lo que sentía, por Rob y por mí mismo, y le conté lo de mi pasado, mis crisis y mis fracasos más vergonzosos. Mientras me escuchaba e intentaba consolarme, me di cuenta de que tenía una amiga. Mi primera y única amiga.

Cuando le confesé lo afortunado que me sentía por tenerla a mi lado, Jenn se rió y me dijo las segundas palabras más bellas que tuve la suerte de oír aquel día:

—Me alegro de que seas mi amigo.

Con cierta sorpresa, me di cuenta de que alguien me había aceptado. Por primera vez, alguien había escuchado mi pasado y me había querido igualmente.

Quizá hoy haya perdido a mi amor para siempre, pero he ganado algo a cambio.

Supuse que era una cosa más por la que estarle agradecido a Roberto.

ROBERTO

James tenía un corte en el labio. Me di cuenta en cuanto entró en el bar con Jennifer, el día después de la llegada de Luca. Jenn y él compartían auriculares y charlaban, y aunque no tenía ni idea de sobre qué hablaban, me alegraba que pareciera estar bien. Salvo por ese corte. ¿Qué podría haberle pasado?

En mi mesa, Francesco y Luca hablaban sobre la boda de Claudia. Francesco estaba explicando cómo se organizarían las mesas (cuanto más cercano fueras a la pareja, más cerca estaría tu mesa de la suya) e intentaba prepararle para los bailes de tarantella, los brindis sin fin y los tíos borrachos haciendo preguntas inapropiadas.

Era consciente de que probablemente fuera yo quien debería contarle esas cosas a Luca en su lugar, pero no lograba que me importase. No me podía creer que hubiera habido una época en que había deseado de veras que Luca viniera a casa conmigo, porque ahora mismo lo único que me parecía era una violación irritante de mi espacio personal. Me iba perfectamente estando solo. No lo necesitaba allí conmigo, y lo último que me apetecía hacer en esos momentos era ser su niñera.

—¿Qué coño estás haciendo? —me soltó Francesco en cuanto Luca nos dejó solos para ir al baño. Ya estaba de suficiente mala leche sin que él me echara la bronca, así que me limité a ignorar su pregunta.

—¿Cómo está James, Fra? —pregunté—. ¿Qué le ha pasado en el labio?

Francesco se pasó una mano por la cara.

—Por supuesto que es eso en lo que has estado pensando. Menudo gilipollas.

—Gracias por el cumplido. ¿Puedes responder la puta pregunta?

—Hablé con él ayer, todo irá bien.

—¿Y su labio?

—Te das cuenta de que esto es exclusivamente culpa tuya, ¿verdad? Te avisé de que dejaras en paz a James.

Tuve que contenerme para no estampar la mano sobre la mesa.

—¡No planeé nada de esto! No puedo controlarlo, ¿vale? Esta… *cosa* con James es distinta de nada que haya experimentado antes.

Francesco tenía un gesto de incredulidad.

—Vale —dijo—, igual piensas eso de verdad. Pero entonces déjame preguntarte algo: ¿por qué no rompes con Luca? Si de verdad no lo soportas, y quieres a James en su lugar, ¿a qué esperas, Rob?

Sus palabras me dejaron sin respuesta. Francesco dejó escapar un suspiro.

—James se marcha en un par de semanas. Tengas lo que tengas con él… Seguro que es muy emocionante y novedoso, pero no es suficiente para ti, ¿no? En el fondo piensas que no vale la pena. Luca ha venido aquí por ti, para arreglar vuestra relación. Dios, ¿no crees que se merece por lo menos que lo intentes?

Las palabras de Francesco tenían sentido. Hacía ya un tiempo que dudaba sobre mi relación con Luca; si quisiera, podría romper con él. ¿Qué me lo impedía? ¿Mi familia? ¿Mi vida

en Milán? ¿O quizá, daba igual lo enfadado y decepcionado que estuviera, al final del día sí que me importaba nuestro nosotros?

Luca no era lo que quería, y nuestra relación apenas era suficiente. Pero quizá, en el fondo, siguiera sin querer perderlo.

Mi primo se levantó y, antes de marcharme, me plantó una mano en el hombro.

—No soy la tía Rosa; no quiero que te quedes con Luca a cualquier precio. Pero tienes que entender lo que quieres de verdad, y tomar una decisión. James es un buen chico; no se merece que juegues con él. Ni tampoco Luca.

Sentado yo solo a la mesa, miré al otro lado del bar; James ya no estaba allí. Cuando Luca volvió, sugerí dar un paseo solos los dos por la playa.

—¿Por fin te dignas a hablarme? —dijo Luca, con los ojos fijos en las casas a pie de playa a lo lejos.

Respiré hondo, y contesté:

—No pretendía evitarte, ni tratarte fríamente. Es solo que… Me sorprendió mucho verte aquí.

—Sí, ya me di cuenta. Siento haberte "interrumpido".

Sentí que me bajaba un escalofrío por la espalda.

—¿Cómo que interrumpido? —Ni de coña sabía lo de James, ¿verdad?

—Tu "tiempo para pensar" —dijo con calma—. Me pediste tiempo para pensar, y no te lo di. Entiendo que estés enfadado conmigo.

Tuve que contener un suspiro de alivio.

—No estoy enfadado contigo —dije, sin estar seguro de no estar mintiendo—. Pero ¿por qué has venido? Creí que tenías otros planes.

—Yo también he estado pensando estos últimos días. He pensado en cómo nos hemos vuelto distantes, y me he dado cuenta de que… Es culpa mía.

Aquello no me lo había esperado. Luca me estaba mirando directamente a los ojos, más serio de lo que lo había visto jamás.

—Te di por hecho, Rob. Estaba deslumbrado por mi nuevo trabajo, y mis colegas aburridos en trajes estúpidos con bronceados de bote, y me olvidé de ti más a menudo de lo que me gustaría.

No pensé que fuera a admitirlo jamás. Como había dicho Francesco, se estaba esforzando de verdad.

—No creo que te olvidases de mí, Lu. Creo que me excluiste a propósito, porque… Te avergüenzo. Lo entiendo, en serio. Soy un payaso que nunca llevaría un traje a un bar. Nunca beberé cócteles de una jarra porque "queda bien", ni hablaré de la bolsa. Soy diferente a ti; tú encajas con esos hombres de negocios, y yo nunca voy a ser así.

Luca dejó escapar un suspiro, y asintió.

—No quiero que te conviertas en eso. Dios, no *quiero* ser así yo tampoco. Me doy cuenta, ahora que estoy a punto de perderte…, de que me gustaba la persona que era cuando me enamoré de ti. Sí, eres un payaso, y eso me encanta. Me encanta que tengamos la nevera llena de botes de salsa de tomate. Me encanta que abras las ventanas a las siete de la mañana cada día para que "entre aire fresco", aunque haga un frío horrible. Me encanta que llames a tus abuelos una vez a la semana, y siempre tengas algo diferente que contarles. Me encanta que cuando vuelves de tu pueblo, cada centímetro de espacio en tu maleta esté lleno de latas de atún, y que cuando alguien te dice que también hay atún en Milán contestes que si es del sur sabe mejor.

No tuve palabras mientras miraba a Luca a los ojos. Estaba siendo sincero conmigo. Me

quería. Y a mí me consumía la culpa. Nunca había pensado que le importase, pero como siempre, era yo a quien no le importaba él lo suficiente. Era un hipócrita y un traidor. Dejé escapar una breve carcajada para esconder lo desdichado que me sentía, y susurré:

—Ya sabes que el atún es la comida de emergencia por excelencia.

Él se rió, y dio un paso hacia mí.

—Te he echado de menos —susurró mientras yo tomaba su rostro entre mis manos. Por primera vez en meses sentí que yo también le había echado de menos.

Me incliné, y rocé sus labios con los míos. La boca de Luca era cálida y agradable, y besarlo debería haberme hecho sentir bien. Pero no lo hizo.

Hubiera preferido besar otros labios. Y no podía evitar pensar que quizá James se hubiera cortado el suyo por mordérselo con demasiada fuerza.

JAMES

Tras la llegada de Luca, mi vida en el pueblecito cambió de repente. La relación con mis padres mejoró tanto que casi no me lo podía creer, y también lo hizo mi amistad con Jenn. Cuando le conté lo del diario en blanco que me había dado la doctora Westermann, Jenn sugirió convertirlo en un álbum de fotos, "ya que las redes sociales están prohibidas". Compramos una Polaroid e imprimimos selfies y fotos que habíamos sacado durante los días anteriores. En las fotos de Jenn y Claudia, Roberto solía estar sonriendo a mi lado. Lo había perdido, pero me alegraba que por lo menos estos recuerdos fueran a estar conmigo para siempre… Me alegraba que pareciera sentirse feliz a mi lado.

Cuando me lo encontraba en la playa o en la *piazza*, trataba de evitar mirarlo. Temía descubrir si estaba tan feliz con Luca como lo había estado conmigo, pero también temía que pudiera estar triste. Cuando estaba en casa, solía acabar mirando su casa desde la ventana, y pensando en los dos allí juntos. Pensaba en Luca besándolo. Pensaba en ellos compartiendo cama. Y en esos momentos el dolor era tan insoportable que me quería morir.

Jenn y Marco sabían cómo me sentía. No lo había dicho claramente, pero probablemente me lo vieran en la cara. Tenía la sensación de que tenían un plan para no dejarme nunca a solas. Así que salía con ellos de noche, intentando huir de mis pensamientos. Los demás chicos de su grupo de amigos también parecían estar intentando hacer lo posible por animarme; pronto entendí que creían que Rob me había utilizado, y plantado cuando volvió su novio. Incluso antes de que llegara Luca, sabía que la gente nos miraba y hablaba a nuestras espaldas, pero ahora estar en esta posición me resultaba en parte humillante, y en parte reconfortante. Por una vez los rumores me habían convertido en la "víctima", cuando fácilmente podrían haberme convertido en la "puta". Me pregunté qué hace que la gente decida que eres lo uno o lo otro. De cualquiera de las formas, nadie quiere saber la verdad.

—A mí me pasa lo mismo, sabes —me dijo Jenn, pasándome una botella de vino tinto mientras estábamos sentados sobre la arena de noche. A nuestro alrededor, algunos de los chicos iban a darse un baño nocturno y otros bailaban al ritmo de la música house que sonaba por los altavoces portátiles.

Le di un buen trago, y le devolví la botella a Jenn.

—Hoy mamá me ha dicho que no puedo llevar un vestido negro a la boda. Y dijo que la gente hablará de mí y dirá que soy rara, y que qué vergüenza —dijo.

—¿Es el vestido que he visto hoy en tu habitación? —pregunté. Ella se limitó a asentir —. Creo que te va a quedar espectacular.

—Gracias, cariño. —Jenn me ofreció una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—¡Gente, estáis demasiado tristes! —gritó Marco tras nosotros. Se dejó caer en la arena, a nuestro lado, mientras intentaba liar un porro con torpeza.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Jenn, y Marco contestó algo en italiano mientras gesticulaba en dirección a sus amigos.

—Lo habéis cargado de más —suspiré—. Ahora no va a cerrar. Trae, dámelo. —No estaba seguro de que hubiera entendido todo lo que dije, pero me lo pasó, y yo lo enrollé con las

manos hasta que estuvo listo. Añadí el filtro, lo sellé con un lengüetazo y se lo devolví a Marco. Jenn y él me estaban mirando con la expresión más estúpida que les había visto jamás en la cara.

—James, ¿algo que quieras compartir con la clase? —preguntó Jenn.

Noté que se me encendían las mejillas.

—Vale, quizá haya hecho esto antes. No preguntes.

Marco no pudo evitar una risita, que pronto se convirtió en una carcajada.

—Eres el mejor —me dijo, dándome una palmada amistosa en la espalda—. ¿Te apetece compartirlo? —me preguntó.

Por un momento me planteé si merecía la pena a riesgo de que mamá me lo oliera en la ropa, pero entonces me di cuenta de que iba a volver a casa oliendo a vino de todas formas. Borracho o colocado, probablemente no importara mucho.

Asentí, y Marco encendió el porro. Jenn nos dejó para ir a jugar en el agua con Marta, la novia de Marco, y nosotros nos quedamos sin decirnos una palabra. Dejé que el olor dulzón de la marihuana me llenara los pulmones, tomando aire. Sí, había sido la decisión correcta. No estaba tan borracho como antes, y el alcohol por sí solo no había sido suficiente para hacerme sentir menos desgraciado. Tomé un puñado de arena, recordando la última vez que había pasado la noche en la playa; entonces estaba en brazos de Rob. No me podía creer que solo hubieran pasado tres días desde aquel momento. Mi mente volvió al problema principal, y tuve la fuerte tentación de preguntarle a Marco por Roberto y su novio. Me giré hacia él, buscando el valor para decir algo, cuando Marco se me adelantó para decir:

—¿Estás bien?

Lo miré intensamente a los ojos, que no eran ni la mitad de bonitos que los de su hermano, y me limité a sacudir la cabeza. Marco me ofreció una mirada comprensiva, y me pasó un brazo sobre los hombros.

—Mi hermano es un idiota —dijo, y de pronto toda la frustración que yo había estado acumulando explotó; me reí, en voz baja pero sin poder parar, hasta que ya no supe si me estaba riendo o llorando.

ROBERTO

No me gustaba ver a Marco tan cerca de James. Como el propio Marco había recalcado, se suponía que era hetero y tenía novia, pero eso no le impedía pasarle el brazo tras el cuello a James o acercarse demasiado a él mientras hablaban. Me preguntaba por qué James no le decía que se apartase, pero luego imaginé que no estaba acostumbrado al concepto de espacio personal de los italianos y quizá pensaba que eso era normal.

Pero yo sí sabía que no lo era. Marco se comportaba con James de una forma distinta a como lo hacía con sus demás amigos. Incluso le había pedido que viniera a casa a enseñarle inglés. Aquella actitud era más que sospechosa.

Primero, porque mi hermano nunca había mostrado ningún interés en aprender otro idioma; segundo, porque nunca estudiaría nada por voluntad propia durante las vacaciones de verano; y tercero, porque canceló una cita con su novia para eso. Había estado muy enamorado de Marta hasta hacía unos pocos días, y ahora se escaqueaba de verla, y probablemente tener sexo con ella, para pasar tiempo con James.

Estaba esperando a que nos quedáramos solos para hablarlo con él cuando me sorprendió durante el desayuno, preguntándonos a Luca y a mí:

—¿Vosotros habéis sabido siempre que erais gays?

Su pregunta casi hizo que se me cayera el bol de cereales al suelo. Por suerte para mí, Luca parecía deseoso de tener aquella conversación con él, y explicó muchas cosas sobre experimentar y descubrirse; pero yo no podía sacarme de la cabeza que Marco pudiera estar pensando en descubrirse con James, de entre todas las personas. No me lo había esperado de él, considerando que sabía bien lo especial que era James para mí.

Aquel pensamiento me hizo enfadarme conmigo mismo; no tenía derecho a decirle nada a Marco. Había decepcionado a James. No tenía derecho a seguir considerándolo especial…, a seguir considerándolo mío.

—Hay un chico —continuó explicándole Marco a Luca—; hace poco he empezado a pensar que es guapo, lo cual es ridículo, ya sabes, siendo un tío. —Su expresión no me permitía entender lo que estaba pensando. Parecía una persona distinta de la que me pidió consejo hacía unos días; entonces fue honesto y vulnerable conmigo, y ahora…, casi parecía que lo estaba haciendo a propósito—. Lo besé anoche —concluyó.

Se me cayó el vaso del que había estado bebiendo al suelo, rompiéndose en mil pedazos. Rechacé la ayuda de Luca y lo limpié sin mirar a ninguno de los dos. Solo quería darle un puñetazo a algo.

—No iba a significar nada —continuó Marco—, pero ahora no puedo dejar de pensar en ello.

Basta. Un segundo más allí y mi hermano sería hombre muerto. Salí de la cocina sin mediar palabra, y me fui al patio.

—Buenos días, Roberto —dijo una voz femenina desde el otro lado de la valla. Claire, la madre de James, estaba tan hermosa como siempre. Dije hola, esperando que no adivinara cómo me sentía—. Tu madre ha tenido la amabilidad de invitarnos hoy a cenar —continuó—. Dijo que

estarán también Claudia y sus padres.

En cuanto me di cuenta de lo que implicaban sus palabras, sentí calidez en el corazón. Por fin podría ver a James; quizás incluso hablar con él. Debió de leerlo en mi cara, porque añadió:

—Richard y yo estaremos ahí a las ocho en punto.

No iba a venir. Claro que no. Joder, ya no lo aguantaba más.

—Claire, ¿cómo está James?

Ella no se achantó, casi como si se hubiera esperado aquella pregunta. Se acercó un poco y, en voz baja, me respondió:

—Está bien, pero no gracias a ti. —No parecía enfadada o decepcionada; me di cuenta de que tan solo estaba preocupada por su hijo.

—Necesito hablar con él.

Me miró con compasión, algo que yo no merecía, y me dijo:

—Por favor, ahórraselo. James…, ha pasado por mucho. Se merece tener un poquito de tranquilidad.

Me comenzó a arder el estómago de nuevo.

—No quería hacerle daño… —murmuré.

Claire me miró con intensidad a los ojos y respondió, con la seguridad y fuerza que solo podía tener una madre:

—A veces lo que queremos no importa, Rob. Si de verdad te importa James, haz lo que es mejor para él y mantente alejado.

◆ ◆ ◆

Durante la cena, no pude dejar de desear poder huir. Todo el mundo se estaba divirtiendo, y riéndose de cómo mamá y papá habían logrado hacerse amigos de Claire y Richard simplemente usando Google Translate en sus teléfonos, pero yo estaba desesperado por tener tiempo a solas. Necesitaba pensar. Había hecho las paces con Luca, más o menos, pero estaba ansioso. Tenía que ver a James; estaba harto de que la gente me dijera que lo dejara en paz. ¿Qué sabrían Francesco o su madre sobre lo que James necesitaba de verdad?

No nos habíamos dicho ni una palabra desde que llegó Luca; no podía creerme que la última vez que hablé con él hubiera sido Ferragosto. Necesitaba saber si de verdad ya no me quería ver más. Si James no quería tener nada que ver conmigo, lo dejaría en paz. Dios, si deseaba a mi hermano, que se fuera con él.

Pero necesitaba oírlo de su boca.

—Es su hijo, ¿no? —preguntó Luca tras la cena, sentado a mi lado en el sofá—. El chico del que nos habló Marco.

Me encogí de hombros, sin intentar siquiera disimular mi irritación.

—Me da igual —mentí.

—Es muy mono. Lo vi con Marco hoy en su patio, ayudando a Marco con sus deberes de inglés.

Sentía la boca completamente seca. Me serví algo de vino, y le puse una copa también a Luca. Esperaba que aquello le hiciera cambiar de tema, pero no funcionó.

—Hablamos un ratito —continuó.

—¿Ah, sí? —Aferré con más fuerza mi vaso. Odiaba la idea de que cualquier cosa que pudiera haber dicho Luca hiriese a James.

—Sí, solo unos minutos, pero me cayó bien. Charlamos sobre poesía, y me impresionó

de verdad. Pensaba que todo lo que les importa a los estadounidenses es la cultura pop. —No hice comentarios al respecto, ya que durante mucho tiempo yo había pensado lo mismo—. Pero creo que se lo va a poner difícil a Marco. Sonó como si tuviera a otra persona. Cuando Marco le invitó a salir hoy por la noche, dijo que prefería quedarse en casa para leer.

Había estado seguro de que James había salido con Marco y James, como todas las demás tardes. Por lo que habían dicho Richard y Claire, Mary estaba de pijamada. ¿Estaba James solo en casa, entonces? No me gustaba la idea de que estuviera solo con sus pensamientos… Sobre todo si se sentía solo. Casi podía verlo en mi cabeza: con la mirada perdida en el horizonte, mordiéndose los labios, oprimido por recuerdos de los que nunca me había hablado.

Salí del comedor para ir al baño, y fui al del segundo piso deliberadamente. Caminé hasta la ventana y miré hacia casa de James. Las luces estaban apagadas. ¿Estaría dormido? Miré hacia su patio, y vi por fin una débil luz blanca en el banco columpio del porche, junto a la puerta. Parecía la pantalla de un teléfono. Decidí jugármela, y escribí un mensaje de WhatsApp: *Levanta la mirada.*

El teléfono sobre el banco vibró, y una sombra lo cogió. James dio un par de pasos hacia delante en el patio y miró en mi dirección. No podía verlo bien, pero vi que tecleaba una respuesta. *¿Me estás espiando? Qué mal rollo.*

Si te estuviera espiando, no habría dicho nada.

¿Y la cena?

Esta es la cena más aburrida de mi vida.

James no respondió. Estaba de pie sin más, mirándome, quizá esperando a que me apartase. No quería apartarme.

Espera ahí, por favor, tecleé, y bajé de nuevo por las escaleras. Me fijé en cómo iba todo en el salón desde la puerta; Luca charlaba con Richard y Claudia, habían puesto música, y todo el mundo se lo estaba pasando bien. No parecía que me necesitaran allí. Seguro que ni se habían dado cuenta de que me había ido. Salí al patio y vi a James de pie exactamente donde lo había dejado, con el teléfono todavía en las manos.

—¿Te hiciste tú eso en el labio? —pregunté.

James dejó escapar una mezcla de suspiro y risita.

—No. Me peleé con un gato.

—¿Y ganaste? —sonreí, acercándome a la valla. Algo reticente, él también se acercó.

—¿Tú qué crees? —preguntó, mirándome con intensidad. Le brillaban los ojos, estaba frunciendo los labios, y no sabía si estaba enfadado conmigo o si estaba resistiendo el impulso de besarme tanto como yo—. ¿Has venido a ver cómo estoy? Porque no serías el primero, y honestamente, esto empieza a ser muy humillante.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre supe que tenías novio. No me debes nada. No tienes que sentirte mal por mí. —Mientras decía aquellas palabras, me di cuenta de que en realidad estaba enfadado—. ¿Qué coño estábamos haciendo, para empezar? Solo era un rollo sin sentido.

Vale. Sus palabras me dolieron. Me lo merecía. Pero…

—¿De verdad crees eso? —susurré, y posé las manos sobre sus mejillas despacio. James tragó, y su expresión fría se hizo pedazos ante aquella pregunta. Le cayó una lagrimita del ojo, y casi sin darme cuenta la enjuagué con un beso. James me envolvió el cuello con los brazos tan rápido que no me dio tiempo ni a pensar. Lo envolví con los brazos y dejé caer la cabeza contra su cuello, inhalando su olor familiar, sintiendo su calidez—. Dios, por fin —susurré, aferrándolo con tanta fuerza que me daba miedo estarle haciendo daño. James me sujetaba la espalda con las

manos, y enterraba las uñas en mis hombros. Estaba en mis brazos. Por fin, justo donde siempre había querido tenerlo.

JAMES

Cuando Luca habló conmigo, quise desaparecer. Me vio en el patio con Marco y se unió a la conversación, ayudándome a explicarle a Marco cómo usar el presente continuo. Y cuando Marco se centró en sus ejercicios, Luca vio lo que yo había estado leyendo y me preguntó sobre mi libro.

—¡Leopardi! —exclamó—. Creo que esta es la primera vez que veo a un extranjero leyendo a Leopardi.

Hice lo que pude por sonreírle, aunque tenía problemas para mirarlo a la cara, y le respondí:

—Pensé en empezar con Dante y la Divina Comedia, pero tras descubrir los poemas de Leopardi no pude cerrar el libro. Supongo que puedo comprender cómo se sintió. Sé alguna que otra cosa sobre el amor no correspondido.

Luca asintió para mostrar su aprobación.

—Es uno de los grandes románticos italianos, pero mucha gente se burla de su pesimismo.

Posé la palma de la mano sobre la cubierta del libro, sintiéndome casi ofendido.

—No tengo ni idea de cómo puede la gente burlarse de la literatura o el arte. En dos días en Roma vi más belleza de la que he conocido en toda mi vida. Todo aquí en Italia, como la arquitectura, la música, el idioma…, parece tan solemne. No sé si esto tiene sentido para ti, pero jamás había leído algo tan cercano al alma humana.

Luca me miró con interés.

—Me halaga que ames tanto Italia. ¿Has pensado en aprender italiano?

Lo miré a los ojos, y sentí que se me calentaba la cara. Era muy injusto que este hombre fuera tan amable conmigo cuando yo me había pasado todo este tiempo queriendo levantarle el novio.

—Quizá —musité, desviando la mirada.

—Rob y yo tenemos un amigo en Milán que lleva una academia de italiano. Si quieres charlar con él, solo tienes que decírnoslo.

Rob y yo.

Decírnoslo.

La realidad me volvió a dar una buena bofetada, recordándome de nuevo que yo solo estaba de paso en la vida de Rob. Podía pensarme lo de aprender italiano, podía apreciar el arte y la literatura, pero nunca podría tener lo que realmente quería. Lo único que deseaba poseer en vez de admirarlo desde lejos.

◆ ◆ ◆

Sabía que debería mantener las manos apartadas de él. Sabía que, si me tocaba, yo acabaría arruinándolo todo. Así que intenté mantenerme alejado. Lo evité, lo ignoré, intenté no mirarle a los ojos. Cuando me escribió quise fingir que no había visto su mensaje, pero mi estúpido cuerpo

se movió por voluntad propia. Diez minutos después estaba abrazándolo igual que un koala a un árbol. Veinte minutos después estaba acurrucado sobre su pecho, sentado a su lado en el banco-columpio de nuestro patio, con su brazo sobre mis hombros.

—Tu madre quiere que te deje en paz —me susurró, besándome la cabeza. Ahora ya sabía cuánto le gustaba hacer eso. Al principio me avergonzaba, pero ahora me daba cuenta de cuánto lo había echado de menos.

Me reí, sin aliento, y musité:

—Tu madre probablemente me quiera ver muerto. Supongo que solo quieren lo mejor para nosotros. Quién sabe, igual tienen razón. No estoy seguro de poder fiarme de mi propio juicio.

Rob me apretó un poco el hombro.

—James, escucha, he estado pensando…

—Yo también he estado pensando —lo interrumpí—. Esta tiene que ser la última vez que hacemos esto… Hoy he conocido a tu novio. Puedo ver por qué te enamoraste de él. Es tan *buena gente*. Es la puta definición de ser buena gente. Si mirara en el diccionario, saldría su cara al lado de "buena gente".

—Sí, es buena gente —coincidió Rob, antes de alzarme la barbilla para que lo mirase—. James, ¿crees que soy una persona fría? Cuando estoy contigo, ¿sientes que yo preferiría estar en otra parte? ¿O que no me importas lo suficiente?

¿De qué coño estaba hablando?

—No, nunca lo he pensado. Siempre has sido muy cálido y dulce conmigo…, incluso tras ver el desastre que soy. —Ahora me estaba sintiendo nervioso—. ¿Por qué? ¿Hay algo que haya malinterpretado?

Él me sonrió con tristeza, y sacudió la cabeza.

—No eres un desastre, James. Yo sí. Tengo que confesarte algo. —Me liberó de su abrazo y me tomó de la mano en su lugar, mirándome a los ojos con intensidad—. No… No estoy enamorado de Luca. Le pedí salir porque quería tener pareja, y a nivel racional, él era mi mejor opción. Pero esto no solo tiene que ver con él. No me he enamorado en toda mi vida. Incluso antes de Luca, salí con gente que me gustaba, pero ninguna de esas relaciones era suficiente para mí. Mi madre no te quiere ver muerto, James. Solo tiene miedo de que, si arruino mi relación con Luca, no encuentre nunca a otro tío que esté lo suficientemente loco para pasar el resto de su vida conmigo. A veces pienso que tiene razón.

No podía creerme lo que estaba oyendo. ¿Cómo podía ser que la persona que me había enseñado a querer no supiera lo que era el amor?

Rob respiró hondo, y continuó.

—Eres distinto a cualquier otro con el que haya estado. Me haces querer decir y hacer cosas de las que ni siquiera sabía que soy capaz. Antes de conocerte, yo nunca había sentido celos. Pero cuando Marco me contó que te había besado, yo…

—Un momento —dije, parpadeando un par de veces—. ¿De qué estás hablando? Eso no ha pasado.

A Rob se le abrió la boca de par en par.

—¿Que mi hermano no te ha besado?

—¿Qué? No —dije, confuso—. Marco está loco por Marta, ¿por qué demonios iba a besarme? Cuando quedamos, solo habla de ella. —Marco había sido un verdadero amigo después de que Luca volviera a la vida de Rob, en especial después de ponerme yo en evidencia llorando delante de él en la playa. La mera idea de que me besara era ridícula. ¿Por qué le había

mentido Marco a Rob? Un misterio.

—Hijo de puta —murmuró Roberto entre dientes—. Me refiero a *él*.

—También a tu madre, entonces.

Nos miramos y nos reímos. Entrelazamos los dedos, y Rob apoyó su frente contra la mía.

—Te he echado de menos —susurró, haciendo que me doliera salvajemente el corazón. Pese a todo lo que me había contado sobre sí mismo, yo era especial para él. Aquel pensamiento era más de lo que me hubiera esperado tener nunca. Quizá no me quisiera, pero significaba algo para él. Era la primera vez en mi vida que significaba algo para alguien…, que era algo más que un orificio para follar.

¿Seguiría todo igual entre nosotros si él conociera toda mi verdad? La ansiedad me pesaba en el pecho, y me costaba más respirar. No necesitaba saberlo. Iba a volver a casa pronto, y de todas formas, él nunca dejaría a su novio por mí. No necesitaba arruinar nuestro último recuerdo juntos. Tragué aire y aparté con suavidad a Rob.

—Deberías marcharte —dije con un doloroso suspiro. Rob volvió a saltar la valla, y yo esperaba que se marchase; pero se quedó allí conmigo, como si no quisiera dejarme solo. Reuní todo el valor del que era capaz, y le pregunté—: ¿Por qué yo? ¿Qué es lo que te gusta de mí, para empezar? —Sabía que era mi última oportunidad para preguntárselo.

La mirada que Rob me devolvió era tan intensa que me calentó el corazón.

—Te daban miedo las estrellas.

No lograba decir ni una palabra, así que acabé mirando fijamente al suelo. Rob soltó una risita.

—No te sientas mal. ¿Sabes?, enseguida me atrajo tu aspecto, así que podría decirte que me gusta cómo brillan tus rizos bajo la luz del sol en la playa o lo loco que estoy por tu boca, pero eso no te hace justicia. Eres mucho más que eso, y me di cuenta cuando miramos las estrellas juntos. Un día miras al mundo con los ojos llenos de asombro, y al siguiente te pierdes en tus pensamientos, y yo…, yo me descubro deseando que vuelvas a mí. Probablemente seas un misterio que no puedo resolver, pero si puedo morir en el intento, dime dónde firmar. —Rob me sonrió de una forma que casi me hizo llorar, y preguntó—. ¿Y qué hay de ti? ¿Qué te hace dar de lado a tus amigos para quedarte aquí, con un gilipollas infiel como yo?

Me mofé y sacudí la cabeza.

—Bueno, estás bueno.

Su expresión decepcionada casi me hace asfixiarme de risa.

—Vaya, gracias. ¿Y?

—Nada, la lista se acaba ahí —dije, con una sonrisa. Moriría antes de dejarle oír lo que quería saber con tanta facilidad. Sabía que le gustaban los retos, y yo tenía miles para él. Si tan solo tuviéramos tiempo, y su novio no estuviera a la vuelta de la esquina…

—Interesante. La siguiente vez que me mires, te va a tocar pagar.

—¿Cuánto?

—No lo sé, ¿diez euros?

—Eso está tirado. ¿Tú te has visto? Vales al menos cincuenta, pero me gusta que no seas un narcisista pese a ser… Tú. —Hice un gesto hacia él, y luego suspiré—. Supongo… Lo que más me gusta de ti es que cuando estoy en tus brazos, no me odio tanto a mí mismo.

Silencio.

—James, yo…

—¡Ahí estás! —interjectó Luca, saliendo de la casa. Se me secó la boca casi al instante —. Hey, James, me alegro de verte —me dijo, acercándose a nosotros para detenerse junto a Rob

—, ¿Quieres venir con nosotros? Rosa ha hecho un pastel de *gelato* enorme que no nos vamos a poder comer solos ni de broma.

No pude mirarlo a los ojos.

—Gracias, pero no me encuentro bien esta noche —mentí—. Me duele el estómago.

—¡Jo, qué pena! —dijo él—. Pero —añadió— te guardaremos un poco para mañana. Así se hacen las cosas en el sur, ¿no, Rob?

—Sí —dijo Rob, asintiendo. Luego me miró—. Buenas noches, James.

—Buenas noches —respondí, mientras los veía volver a casa juntos.

ROBERTO

Odio los días fríos y lluviosos en Milán, pero no me molestan las tormentas de verano; sobre todo si estoy en mi pueblo. La lluvia cambia el aspecto del pueblo, dándole a nuestro *borgo* un aire como de fantasía. Todo el mundo se queda dentro mientras llueve, y en cuanto se abre el cielo la gente sale a dar paseos por la costa para mirar el mar tormentoso.

Mamá estaba más que feliz al ver la lluvia; había hecho bajar algo la temperatura, así que ya no se sentiría culpable encendiendo el horno para hacer lasaña para comer. Le había hecho mucha ilusión, y yo confieso que a mí también. Luca y yo la ayudamos en la cocina, y cuando terminamos, volvimos a mi habitación.

Sabía que Luca quería hablar. Y ya sabía cuál era el problema. Había estado evitando tener sexo con él desde que llegó. Los primeros días no dijo nada, pero tras hablar y que me dijera que quería arreglar nuestra relación, me di cuenta de que esperaba que lo hiciéramos. Evitarlo o rechazarlo con excusas quedaba muy sospechoso, pero no podía evitarlo; la mera idea de acostarme con Luca se sentía mal.

La voz en mi cabeza seguía repitiendo que con James sería distinto. Con James, me sentiría bien.

—Ya sé lo que me quieres decir —le dije a Luca en cuanto cerró la puerta.

Él me miró y arqueó las cejas, sorprendido. Esperaba que me preguntara por qué no dejaba de evitarle, pero en su lugar dijo:

—¿Qué estabas haciendo anoche?

Tenía la boca más seca que el papel de lija. Hice lo que pude por mirarlo a la cara y respondí:

—Necesitaba algo de aire fresco. —No era del todo falso, pero incluso más que el aire, lo que había necesitado había sido ver a James.

—Has cambiado mucho en las últimas semanas —dijo, con una falsa calma que probablemente anticipara tormenta—. Solías contarme las cosas; ahora es como si todo lo que me dices pudiera ser mentira. —Tenía razón. Como no estaba acostumbrado a mentir, probablemente el resultado fuera terrible cuando lo intentaba.

James es un buen chico; no se merece que juegues con él. Ni tampoco Luca. Las palabras de Francesco me volvieron a la mente. Había descrito a la perfección la situación en la que me encontraba: estaba manteniendo a James a mi lado, aprovechándome de su buen corazón, y estaba manteniendo a Luca apartado con mis mentiras. Y era un completo gilipollas.

—Lu, necesito hablar contigo —dije, bajando la voz. Era hora de sincerarme. Estaba listo, por fin, para responsabilizarme de mis actos.

Nos interrumpió el sonido de pisadas pesadas al otro lado de la puerta. Marco hablaba en voz alta con mamá mientras corría escaleras arriba hacia mi habitación. Entró deprisa, con la cara sonrojada y la respiración alterada. Algo no iba bien.

—¡Rob! —gritó—. ¡La hermana de James ha tenido un accidente!

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Qué ha pasado?

—Se estaba sacando fotos en las rocas con sus amigos, y se resbaló. No logran encontrarla por ninguna parte.

—Dios —susurré, intentando pensar racionalmente en la situación. El mal tiempo y la marea creciente eran una combinación letal, y las olas se comerían la playa casi por completo. Estar en el agua ahora mismo sería muy peligroso, sobre todo tras caerse de las rocas; la corriente del mar y el viento harían que nadar fuera demasiado difícil. La chica o sería arrastrada mar adentro por la corriente, o se estamparía contra las rocas—. ¿Se hizo daño al caer? —le pregunté a Marco mientras corríamos hacia la playa.

—Las chicas no están seguras…, están en shock. Una no deja de llorar.

Mierda.

Mientras corríamos hacia la playa, no pude evitar pensar que con olas tan grandes era imposible sacar barcas para buscarla. Su familia debía estar viviendo un infierno. James debía estar viviendo un infierno.

Cuando llegamos al lugar del accidente, la Guardia Costera estaba hablando con Claire y Richard mientras organizaba la búsqueda. A su lado, James estaba pálido como un cadáver.

En cuanto mis ojos lo encontraron, fui incapaz de ver u oír nada más. Sobre la roca desde la que se había caído Mary, James miraba al agua con una expresión indescifrable en el rostro. No sabía si estaba asustado, enfadado o desesperado. Mientras corría hacia él, me di cuenta de que había visto algo. Hubo un destello de luz en sus ojos y se giró hacia los guardias, haciendo gestos en dirección al agua y diciendo algo. Al acercarme, los oí decir que el equipo de Búsqueda y Rescate estaba en camino.

—¿¡Pero cuánto van a tardar!? —chilló James.

Le dijeron que esperara. Que iba a llegar alguien enseguida.

—¿Cuándo? —volvió a preguntar. En sus ojos se veía el terror mezclado con una determinación de la que no sabía que fuera capaz.

Parecía a punto de hacer algo estúpido.

—¡James! —chillé, con la esperanza de detenerlo, mientras por fin trepaba hasta la roca donde estaba ocurriendo todo.

James se giró hacia mí por un instante, y frunció los labios. Sin volver a girarse, echó a correr y saltó por el borde del acantilado.

JAMES

Mi hermana me odia.

Había tenido esa certeza durante meses, desde el momento en que jodí por completo nuestra familia. Antes de aquello, me había gustado pasar tiempo con ella. No me llevaba tan bien con Mary como con mamá, pero me gustaba estar con ella. Cuando era pequeña, solíamos pasar horas hablando de cuentos de hadas y pelis de Disney juntos antes de irnos a dormir. Al crecer, a juzgar por cómo me seguía y recordaba cada mínima cosa que yo decía, me di cuenta de que había empezado a admirarme, lo cual no me esperaba para nada. Me veía salir con mis compañeros del instituto, y mis selfies y fotos curradas en Instagram; y probablemente empezó a creerse la mentira que le estaba contando al mundo sobre mí. Que era un adolescente normal y feliz. Cuando hablaba con sus amigos, les contaba lo guay que era su hermano mayor.

Hasta que se dio cuenta de que no lo era.

La doctora Westermann solía decirme que no debería preocuparme demasiado por lo que Mary pareciera pensar de mí, porque estaba pasando por la adolescencia y era normal que nuestra relación cambiase; pero que pasara lo que pasase siempre sería mi hermana, y en el fondo me quería. Me había sugerido que intentase usar estas vacaciones para intentar hablar con ella sobre lo que ocurrió.

Sabía que había resultado ser una decepción para Mary, tanto como para mamá y papá, pero no tenía fuerzas para enfrentarme a ella. Era más fácil dejar que me odiara. Si me odiaba y seguía siendo una borde conmigo, me podía permitir sentirme un poquito menos culpable. Así que giraba la cabeza en la otra dirección cuando estábamos a solas, para evitar hablar con ella.

Solo me permitía mirar a mi hermanita cuando estaba dormida o no podía verme, y era en esos momentos cuando me disculpaba mentalmente por la vergüenza que le había hecho pasar.

Quizá en mi subconsciente pensaba que aún teníamos tiempo. Pensaba que tenía toda la vida para arreglar las cosas. Aquel pensamiento se rompió en mil pedazos cuando una chica del pueblo corrió hasta nuestra casa para decirnos que Mary había sufrido un accidente.

Los siguientes minutos estuvieron dominados por el pánico y el miedo. Corrimos hasta el lugar del accidente, donde la gente rodeaba a la otra chica que había estado con Mary, y que parecía estar en shock. Mamá, papá y yo escalamos la roca desde la que se había caído Mary, pero no podíamos verla. No estaba cerca de las rocas. No estaba por ninguna parte.

Mientras la Guardia Costera hablaba con mis padres, vi la bolsa de Mary flotando en el agua, arrastrada por la corriente, y en ese instante se me ocurrieron dos cosas: la bolsa estaba vacía, porque si no no flotaría así, y Mary siempre la llevaba cruzada sobre el pecho. ¿Qué probabilidad había de que se le abriese, se vaciase y se le escurriese mientras la corriente se la llevaba? Seguro que alguna, pero no podía dejar de pensar que lo había hecho a propósito, para enviarnos una señal. La bolsa había aparecido en el agua tan deprisa que debía de venir de algún lugar cercano. Si yo estaba en lo cierto, Mary estaba bien. Pero ¿cómo podía asegurarme?

Le mostré la bolsa a la Guardia Costera, y me dijeron que esperase.

El agua rompió contra la costa, como si el mar estuviera enfadado con nosotros,

enfadado con el mundo entero. Sabía que nos estaba impidiendo sacar las barcas. Estaba amenazando la vida de mi hermana. Mientras otra ola rompía contra las rocas, me di cuenta de algo terrible; quizá ya se la hubiera arrebatado.

—El equipo de rescate está al caer —me insistieron. Ya habían dicho eso hacía diez minutos.

Eran demasiado lentos. ¿Y si llegaban demasiado tarde?

Podía saltar. Había una cueva entre las rocas, en la dirección desde la que había venido la bolsa. Quizá Mary estuviera ahí. Aun si no era así, podía nadar hasta allí y esperar a que el barco de salvamento me devolviese a tierra. Sí, estaba seguro de que podía nadar hasta allí. La corriente del mar Mediterráneo no era tan fuerte como la del océano. Ni el agua estaba tan fría. Podía hacerlo. Estaba seguro de que podía. Joder, pero si había aprendido a nadar en un río.

Como para confirmar mi teoría, apareció una chancla rosa desde detrás de la roca, justo donde estaba la cueva.

—¡James!

Rob me llamó desde algún lugar a mis espaldas, con voz desesperada. Corría tan rápido como podía, seguido por Marco y su novio. De nuevo, verlos juntos me dolió, pero no tenía tiempo en aquel momento para mis dramas personales.

Era como si, por primera vez en mi vida, mi cuerpo supiera qué hacer.

Salté.

ROBERTO

Menudo idiota.

¿En qué coño estaba pensando? Debía de haber perdido la cabeza.

Y probablemente yo también.

Porque salté detrás de él.

JAMES

Me zambullí hondo en el agua, nadando en la dirección desde la que habían venido la bolsa y la chancla. Al menos, esperaba que fuera la dirección correcta. Como pensaba, la corriente no era tan fuerte como en el océano, pero no estaba seguro de no estarme desviando. Ignorando cuánto me quemaban los ojos, y el dolor en el pecho por contener demasiado tiempo la respiración, nadé hasta la superficie para comprobar mi posición en el agua.

Recuperé el aliento mientras miraba a mi alrededor. En efecto; las olas me habían estado arrastrando demasiado cerca de la costa. La cueva parecía ahora bastante más lejos de lo que había pensado desde arriba.

—¡James!

Por un momento pensé que eran alucinaciones. Pero Rob seguía llamándome desde algún lugar cercano. Grité su nombre y nadé hacia su voz. Cuando me vio, nadó hasta mí y me tomó en brazos, lo cual fue inesperado, maravilloso, e increíblemente reconfortante.

—James, qué cojo…

—Luego, ¿vale? —lo interrumpí. No teníamos ni un momento, ni un aliento, que perder —. Mary está en esa cueva —dije, mirándolo desesperado a los ojos—. Sé que lo está, y tengo que llegar hasta allí. Solo que está más lejos de lo que pensaba.

Rob dejó escapar un suspiro cansado, y se limitó a decir:

—Yo te llevo. Dime si te cansas demasiado para seguir nadando, ¿vale?

Me limité a asentir, y lo seguí. No sé cuánto tiempo nos llevó llegar allí; solo sé que me dolían todos los músculos como si algo me los estuviera desgarrando. No se lo dije a Rob, y cada vez que me preguntaba cómo iba, le decía que bien. Por más que tratase de luchar contra ellas, las olas seguían empujándome hacia atrás. Si dejaba de nadar un solo segundo, sabía que me arrastrarían y estrellarían contra las rocas.

Cuando por fin vimos la cueva, me sentí tan feliz que casi lloré. Me aferré a una roca, y cometí el grave error de relajarme de más. El cansancio me sobrepasó, y se me resbaló el brazo. Sentí que el agua me levantaba y, en aquel momento, supe que la ola me había atrapado. Justo cuando estaba a punto de ser arrastrado, la mano de Rob aferró mi muñeca y tiró de mí. Reuní todas mis fuerzas y me apeé sobre la roca. Rob me siguió, y continuó sujetando mi mano mientras entrábamos en la cueva a través de las rocas. Se lo notaba tan cansado como yo me sentía. Ninguno de los dos tenía fuerzas para hablar. Tenía la garganta ronca, y me dolía el pecho al respirar, pero me aguanté el dolor y grité el nombre de Mary a todo pulmón.

Chillé y grité su nombre, y Rob se unió, acompañándome en mi absurda misión hasta que sentí que perdía la esperanza. Y, por fin, desde unas rocas a nuestra izquierda, la voz de mi hermana dijo mi nombre. Rob y yo intercambiamos una mirada rápida y corrimos hacia ella. Mary había logrado escalar una de las rocas, donde había tratado de refugiarse de las olas rompientes. Llegué hasta ella, con cuidado para no resbalar, y la abracé con fuerza.

Sostuve su rostro entre las manos, examinando su cabeza e intentando asegurarme de que estaba bien. Mary estaba llorando, y sin darme cuenta, yo también me puse a llorar.

—Mary, gracias a Dios que estás bien —susurré, con los ojos llorosos.

Mi hermana me envolvió el cuello con los brazos y sollozó, desesperada, contra mi pecho.

—James, has venido a por mí —sollozó—. Me alegro tanto de verte. Te quiero, James, te quiero muchísimo. —Noté el pecho congestionado mientras aferraba a mi hermanita con más fuerza. No podía creerme lo cerca que había estado de perderla—. Lo siento —susurró, buscando mi mirada—. No es verdad que te odie… No pienso en serio todas esas cosas horribles que siempre te digo.

Todos los meses que habíamos pasado ignorándonos parecían tan lejos y sin sentido. Pese a todo, me quería. La idea de que seguía viva, y seguíamos teniendo una oportunidad para empezar de cero, era la mejor sensación del mundo. Le besé la cabeza, y dije:

—Lo sé, Snoopy. No importa, ¿vale? Lo que importa ahora es que estás bien. —Mary asintió, y cuando por fin pudo hablar de nuevo, explicó que se había torcido el tobillo trepando la roca y no podía moverse por el dolor. Rob me ayudó a sacarla de allí, llevándola en brazos hasta la boca de la cueva. Tuve ganas de llorar otra vez al darme cuenta de que le debía la vida. Y probablemente la de mi hermana también.

El equipo de rescate llegó un poco después con una barca que podía transportar hasta quince personas. Había un médico a bordo que vio de inmediato a Mary. Un segundo miembro del equipo de rescate nos dio a Rob y a mí una manta y agua. Mientras volvíamos a tierra firme otro hombre, probablemente el capitán, nos sentó en la cubierta y nos echó la bronca por ser dos idiotas irresponsables y arriesgar la vida. Su inglés era terrible. Probablemente me habría hecho gracia si no me sintiera como una absoluta mierda.

Cuando nos dejó a solas, fui incapaz de mirar a Rob a los ojos. Si le hubiera pasado algo, habría sido por mi culpa. Y si no hubiera sido por él, no habría llegado nunca a aquella cueva.

—Hey —me susurró amablemente Rob, acercándose más. Nuestros hombros se rozaron —. No te tomes muy mal lo que ha dicho Mario. Es parte de su trabajo.

Miré hacia arriba, cauteloso.

—¿Se llama Mario?

Rob me miró, y soltó una risita.

—No. Pero sonaba bastante como él. ‘Soy yo, Mario’... ¿No? ¡Venga ya, no me mires así!

Se me abrió la boca de par en par.

—Típico millennial. Eres un friki tremendo, ¿sabías? —le dije, pero no pude evitar sonreír—. Mario tiene razón. Me sobreestimé a mí mismo. Lo siento.

—No pasa nada —dijo él—. Al menos estamos todos a salvo.

Asentí en silencio.

—Rob, ¿por qué…? —Las palabras murieron en mi boca.

Rob acercó una mano a mi rostro, y lo alzó. Sus hermosos ojos verdes brillaban mientras se clavaban en los míos. Rob olía a mar; fresco, salado, una esencia que me llenó los pulmones de una forma tal que me sentí casi colocado.

Podría decirle en aquel momento que le quería. Sería un último acto de egoísmo mientras seguíamos solos en el barco, antes de devolvérselo a su novio de forma definitiva. Antes de decir adiós de forma definitiva. Abrí la boca, con la confesión pesándome en el pecho, haciendo que me doliera el corazón y me temblaran los labios.

Pero su voz, una vez más, se me adelantó.

—Si tú saltas, yo salto, ¿recuerdas?

¿Cómo olvidarlo?

—Te odio —le susurré, con el corazón en la garganta.

—*Mamma mia, Luigi!* —exclamó. Estaba sonriendo, y lo quería más a cada segundo que pasaba. Menudo idiota de campeonato. Mi idiota de campeonato.

—Te odio tantísimo —me reí, dejando caer la cabeza perezosamente sobre su hombro.

Incluso si solo era durante un ratito, fue agradable fingir que era mío.

ROBERTO

James no se apartó del lado de Mary ni por un momento. Sus padres nos estaban esperando en la playa, y cuando llegamos, corrieron hacia sus hijos, a punto de ponerse a llorar.

Se había reunido una pequeña multitud para esperarnos, y aunque no me lo había esperado, mi familia al completo también estaba allí.

—*Disgraziato!* —me gritó mamá en cuanto me vio, gesticulando nerviosa con las manos. Casi me esperaba que me lanzase una zapatilla, como siempre amenazaba con hacer cuando era pequeño y hacía algo que no debía. En su lugar, corrió a abrazarme con fuerza. En un momento me rodearon amigos y familia, haciendo preguntas estúpidas, comentarios estúpidos, y hablando demasiado alto. En cierto modo me alegraba que estuvieran demasiado ocupados conmigo para molestar a la familia de James.

—¿Estás bien? —me preguntó una voz conocida con un acento norteño aún más conocido. Francesco se había abierto paso disimuladamente entre la multitud, y me había puesto una mano sobre el hombro. Me giré hacia él, y ver el gesto de preocupación en la cara de mi primo casi me rompe el corazón.

—Sácame de aquí —susurré con una sonrisa cansada que no me llegó a los ojos.

Él me apretó el hombro, inspiró y dijo, tan alto como para que todos lo oyeran:

—¡Gente, sois imposibles! ¡Venga, no hay nada que ver por aquí!

Alguien le abucheó, pero pareció que mis padres captaban la indirecta, y papá por fin anunció que nos volvíamos a casa porque "el niño necesita descansar". La multitud se dispersó para permitirnos volver a casa. Dos de mis tías se quedaron, caminando con mamá y cotorreando todavía sobre lo que había pasado, y yo por fin pude dejar escapar un suspiro de alivio. Marco, que había estado al lado de papá todo aquel tiempo, me dio un abrazo rápido y me dijo que iba a ver cómo estaba James. Miré en la dirección en la que se encontraba la familia de James, y vi a Jenn hablando con Mary y Claire mientras le sostenía la mano a James. No me había dado cuenta de que estaba allí ella también.

—Tenía tanto miedo, Fra —le confesé a mi primo una vez estuve seguro de que nadie más me oiría, incapaz de ocultar el temblor en mi voz—. Todo este tiempo no he tenido ni idea de lo que estaba haciendo. Sólo sabía que no podía dejarle y Dios, temía tanto que no fuéramos a salir vivos.

Francesco me dio unas palmaditas en el hombro.

—Ni se te ocurra volver a hacer algo así. Si acabas muriéndote solo para quedar bien, yo te mato.

Dejé escapar una carcajada cansada.

—¿Acaso no estaría muerto ya?

—Te devolvería a la vida solo para volverte a matar.

—Suena a una forma patética de morir.

—Perfecta para ti, entonces. "Murió como vivió: siendo un idiota".

—Prefiero "Murió como vivió: persiguiendo a chicos guapos hasta el fondo del mar". —Busqué a James por instinto, y durante un solo momento, nos miramos a los ojos. La sonrisa que

me ofreció fue dulce, y me rompió el corazón.

—Respecto a eso… —dijo Francesco, leyendo todo lo que estaba pensando en mi cara —. Hay alguien que necesita hablar contigo.

Dejé escapar un suspiro, sabiendo ya a quién se refería.

—¿Dónde está?

—Se quedó con nosotros en la playa hasta que llamó la Guardia Costera a decirnos que estabas bien. Luego se fue a por el coche. Dijo que te llevará a casa, que probablemente estés hecho polvo. Debe de estar esperando en el aparcamiento.

Me froté las sienes, y respiré hondo.

—¿Crees que de verdad se fue por eso? —pregunté.

—Dios, no —dijo Francesco—. Te va a comer vivo.

Me lo había visto venir. Asentí y caminé hasta el aparcamiento, donde vi a Luca esperando junto al coche. Me acerqué a él y me tocó el brazo, apretando con suavidad.

—Me alegro de que estés bien —dijo, sin mirarme a los ojos. Se lo agradecí, y me invitó a meterme en el coche. Tomé el asiento del pasajero a su lado, pero no me molesté en ponerme el cinturón; sabía que todavía no iba a llevarme a casa. Teníamos que hablar. Probablemente me tocase a mí empezar a hablar, quizá retomando la conversación desde donde la dejamos antes, pero estaba demasiado cansado para decir nada que pudiera tener sentido. Así que esperé, mirando el ambientador con forma de gato que le había comprado hacía dos meses. Pensé que era cuco que aún lo tuviera. Era cuco, e injusto. Ya no me merecía las pequeñas atenciones de Luca.

—¿Te diste cuenta, siquiera, de que yo seguía allí? —preguntó al final, y me alegré de que lo hiciera, porque el silencio se había vuelto insoportable—. En el momento en que Marco entró en la habitación, te dejó de importar todo lo que te rodeaba, ¿o no?

Me tuve que obligar a mirarlo de nuevo. Tenía una expresión dura, pero sabía que lo que veía en sus ojos era dolor.

—Lo siento —dije en voz baja—. Era una emergencia.

—Ni se te ocurra intentar hacer que *yo* sea el que parece un cabrón sin corazón. Yo también estaba preocupado por esa chica, como todo el mundo. Pero ¿viste a alguien más tirarse de un acantilado? —El cansancio se estaba apoderando de mí. No podía hacer mucho aparte de mirarlo y sentirme culpable. Luca siguió—. Joder, Rob, pareces otra persona. ¿Qué coño te pasa, que actúas como un crío irresponsable? Nunca has sido así. Y no soy tan idiota como para pensar que fue por ella. —Hizo una larga pausa—. Pero sí por él, ¿verdad? Lo único en lo que pensabas desde que Marco mencionó el accidente era James.

Hice lo que pude por tragarme el nudo que se me había formado en la garganta.

—Sí.

Noté cómo él se quedaba sin aliento.

—Te estás acostando con él —dijo en un susurro.

—No. —Sacudí la cabeza despacio—. No hay nada de sexo implicado.

—Nada de sexo —repitió—, pero sí hay *algo.*

Hice una pausa, y me obligué a sostenerle la mirada.

—Sí —confesé.

Nunca olvidaré el asco que se reflejó en ese momento en la cara de Luca. Arrancó el coche y condujo hasta mi casa. Aparcó delante, señaló al exterior, y dijo:

—Sal de mi puto coche.

Cuando no me moví, fue él el que salió en mi lugar. Lo seguí, llamándolo por su nombre.

Luca me ignoró y siguió caminando, hasta que conseguí agarrarle del brazo y hacer que se girase. Era consciente de que mi familia probablemente nos estuviera mirando desde la ventana de la cocina. En un rincón de mi cabeza, no podía evitar preocuparme por si James también nos observaba, desde su casa.

—¡Qué cojones, Rob! —me gritó Luca. Le temblaban los labios, y no sabía si era furia o tristeza lo que veía en sus ojos.

—Para ya —le dije.

—¿¡Que pare *qué*!? —vociferó—. Lo estoy intentando, ¿vale? ¡Estoy intentando que esto funcione! ¿Y qué has hecho *tú*? ¡Te has rendido! ¡Ya estás viendo a otra persona!

Me latieron las sienes con fuerza, y me encontré gritando también:

—¡No lo digas como si fuera fácil! No tienes ni idea de lo que estoy pasando. Me he estado conteniendo por respeto hacia ti, pero no puedo mentirte y no me puedo mentir a mí mismo más. Quizá no me he acostado con él y no le he besado, pero Dios, ¡quiero! Te he estado engañando, en mi cabeza, desde que lo conocí. Y estoy confuso, ¡porque no sé qué me pasa! ¡No sé si estoy listo para perderte por esto! Y todo esto está ocurriendo porque… No quiero perderte, Luca. No tienes ni idea de lo importante que eres para mí. —No me creía capaz de decir aquellas palabras hasta que lo hice.

Una risotada histérica y amarga salió de su boca.

—Eres un puto hipócrita. No actúes como si tuviera que agradecerte que no te lo hayas follado hasta ahora.

—Eso no es lo que… —Me rasqué la frente, nervioso—. No intento hacerte daño, ni castigarte.

Luca estaba furioso.

—¿¡Pero tú te oyes!? ¿Quién coño eres? ¡Ya no te reconozco!

Me ardía el estómago de frustración. No pude controlarme mientras gritaba:

—Yo tampoco me reconozco, ¿vale? He cambiado. Sé que soy un desastre y me paso la mayor parte del tiempo sin tener ni idea de qué coño estoy haciendo, pero Jesús, ¡nunca antes me he sentido tan vivo!

—¡Te has vuelto loco!

—Sí, y lo más raro es que estoy perfectamente bien así. —Era tan difícil sacar mis sentimientos y contárselos a él. No estaba seguro de no estar empeorando las cosas—. Era incapaz de que me importase nada, y ahora todo lo que siento es tan… Fuerte, emocionante, y me da tanto miedo… —Bajé la voz, totalmente exhausto.

—Que no te importaba nada… ¿Qué cojones intentas decirme, gilipollas? —me preguntó—. ¿Estás rompiendo conmigo?

—¡No lo sé!

—¡Me vale mierda que no lo sepas! ¿Es que el putito ese te ha sorbido el cerebro por completo?

—No le llames eso.

—¿¡Por qué!? ¿Qué otra cosa debería llamar a un mierdecilla que finge ser un chico dulce y amable mientras me roba el novio? Ese crío es una tremenda puta sinvergüe…

—¡No te atrevas a llamar eso a mi James! —Un segundo después de decir aquellas palabras, me tapé con fuerza la boca con la mano. No podía creérmelo; aquello iba más allá de no pensar antes de hablar.

Algo se rompió tras los ojos de Luca. Cuando dio un paso hacia delante y me dio una bofetada, solo pude quedarme quieto y encajarlo. No se había reprimido. La mejilla se me

calentó, y me latió levemente por el dolor. No tenía el valor necesario para mirarle, así que dejé caer la mirada al suelo y cerré los ojos.

—Eres… —Ahora la voz de Luca sonaba tan bajito que era difícil de oír. Temblaba de ira y dolor. Y no podía engañarme y pensar que no era exclusivamente por mi culpa—. Eres una decepción tan grande, Rob… Ojalá un día *tu* James te haga lo que me has hecho hoy a mí. Porque te lo mereces.

Incapaz aún de mirarlo, oí cómo Luca se alejaba de mí. Se metió en el coche y se marchó, mientras yo me quedaba de pie quieto en la entrada y observaba la calle vacía ante mí.

Mientras el nudo en mi garganta crecía y se me emborronaba la vista, no pude evitar pensar, en algún rincón de mi mente, que acababa de tirar dos años de mi vida a la basura.

JAMES

Me encantaba ver cómo se ponía el sol sobre el mar desde la plaza del viejo pueblecito. Tras la gran tormenta de la noche anterior, el cielo ahora estaba despejado y teñido de azul, rosa y naranja. Y ahí estaba, el sol que yo tanto había detestado, preparándose para irse a dormir. Hundiéndose lentamente dentro del agua en el horizonte, tornándose más oscuro y cálido, de forma que pude mirarlo directamente y admirarlo en toda su belleza. La luna ya flotaba sobre él, brillante y blanca como una perla. Una delicada brisa me acarició la cara, y noté con cierto orgullo que, pese a lo que le había pasado a Mary, había logrado pasar el resto del día sin llorar.

Estaba mejorando en eso de "tener el corazón roto". Cada vez que pensaba en Roberto y su novio me dolía el pecho con una atrocidad que viajaba hasta mis muñecas y me robaba toda la energía, pero me estaba acostumbrando a ello hasta el punto de que era casi placentero. Quizá fuese masoquista, pero no podía evitar pensar que si el dolor era todo lo que me quedaba de Rob, entonces quería sentirlo en todo su esplendor; dejar que me desgarrase y saber que, de una forma egoísta y retorcida, era suyo. Probablemente fuera una locura, pero no lograba que me importase.

Me había montado un plan para ir a todos los lugares en los que habíamos estado juntos, decir adiós mentalmente y sufrir en silencio. Por eso estaba aquí, en el lugar en el que me había presentado a su abuelo y, durante un ratito, me había hecho sentir que era parte de su vida. Tenía todo el sentido estar hoy aquí, cuando por fin le había dicho adiós en mi corazón. Pensé que quizá llorase después de todo. Por lo menos era la hora de la cena, y nadie estaba fuera para poder ver mi crisis. Caminé hasta el mirador de la plaza y, por un momento, mientras miraba hacia abajo, me planteé cómo sería saltar por encima del pasamanos y soltarlo.

—No me digas que quieres saltar otra vez.

La voz de Roberto era lo último que me esperaba oír. Me giré, incrédulo, pensando que igual me había vuelto loco. Pero ahí estaba…, y tenía una pinta terrible. Tenía el pelo hecho un desastre, estaba algo pálido, y tenía los ojos rojos y un poco hinchados. Seguía siendo el hombre más hermoso que existía, pero dentro de su estándar habitual, estaba hecho un desastre.

—Dame un respiro por lo menos hasta mañana, ¿vale? —dijo, sonriendo de la manera más tierna del mundo. No lograba entender qué estaba pasando. Rob estaba solo, lo cual no tenía ningún sentido.

—¿Dónde está tu novio? —pregunté, intentando mantener la voz normal y controlada.

Se acercó a mí y me tocó la cara con la mano. Mi cerebro me ordenó dar un paso atrás, pero mi cuerpo no se movió ni un centímetro; en su lugar, disfruté del contacto. Me rozó con suavidad el labio con el pulgar, y añadió:

—Creí que nos habías oído. Pero quizá todavía no habías llegado a tu casa.

Me sentía confuso, y verlo tan agobiado hizo que se me llenasen los ojos de lágrimas. Contuve la respiración, intentando resistir la tentadora presión que me invitaba a liberar mi dolor.

—¿Dónde está tu novio? —pregunté de nuevo, incapaz de evitar que me temblasen los labios.

La mirada de Rob no se apartó de mí mientras me decía:

—Mi… Luca está… Probablemente esté llegando ya a Milán.

Se me desencajó la mandíbila, y me encontré aferrándome a su camisa.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Es por eso por lo que has estado llorando?

Se rió sin humor.

—¿Que cómo? Bueno, hablamos…, más o menos. Por qué…, porque tenía que pasar. Y sí, es por eso por lo que he estado llorando.

—Es por mi culpa, ¿no? —Sentí que se me abría un agujero negro en el pecho, y me costaba respirar—. Puedo arreglarlo. Hablaré con él. Le explicaré que fui yo el que…

Rob sacudió la cabeza y apoyó la frente contra la mía.

—Las cosas con Luca llevaban sin ir bien desde antes de que viniera a casa. Pero incluso aunque lo que estamos haciendo hubiera sido la razón, que no lo es, difícilmente sería culpa tuya. Perdí la cabeza por ti, y eso es culpa mía y de nadie más.

Aquello era demasiado. Me cayó una lágrima de cada ojo, seguida por otra, y otra, y otra más.

—¿Por qué no me culpas? No lo entiendo —sollocé—. No soy tan bueno como piensas. No valgo nada. Solo soy una puta barata.

—Te he oído decir eso muchas veces, pero no me lo creo.

Me reí histéricamente, consumido por la culpa. Había omitido la verdad con él, y ahora su relación se había terminado por mí; porque pensaba que no era el desastre que era en realidad. Pero quizá todavía podía hacer algo. Era hora de sincerarme.

—Pues deberías. Hay…, hay un vídeo mío en algún rincón de Youporn que te demostrará cuánto te equivocas.

Rob abrió mucho los ojos.

—Dios, James…

—Los amigos que viste conmigo en esas fotos de Instagram… No eran mis amigos. Me acosté con ellos…, a veces con más de uno a la vez. —Jadeé, llorando todas las lágrimas que había estado reprimiendo. Roberto era una persona honesta. Se merecía saberlo, incluso si ello significaba perderle para siempre—. Había un chico que me gustaba… Se llamaba Brian. Sus amigos y él eran los 'tíos guays', ya sabes, eran populares. Brian sabía que él me gustaba, y…, teníamos esta especie de acuerdo sobre que, si yo hacía lo que sus amigos y él querían, podía ser uno de ellos. —Antes de que pudiera decir nada, tomé aire y continué—. No me importó, la verdad. Yo también sacaba algo con ello, y bueno, considerando cuánto me cuesta tratar con la gente, supuse que aquello era básicamente lo mejor a lo que podía aspirar. Empezó con mamadas, y yo fui el que quiso ir a más…, porque me daba curiosidad. No importaba que me odiaran, o que me dijeran cosas repugnantes todo el tiempo… Supe desde el principio que para ellos no iba a ser nunca nada más que un juguete sexual. Nunca me tocaban en público, porque eso…, eso habría sido demasiado gay. Pero aun así no pasaba nada, porque por lo menos me quedaría el recuerdo de él.

Roberto tragó aire, pálido como un cadáver, pero no apartó los ojos de mí ni siquiera un segundo. Yo estaba temblando por el llanto, pero tenía que llegar hasta el final.

—Esta situación duró años…, hasta que uno de los amigos de Brian me grabó sin que me diera cuenta. Se volvió viral enseguida. Me enteré cuando alguien se lo contó a un profesor. La escuela llamó a mis padres, y por cierto, así fue como salí del armario con ellos. Y después… La policía se implicó, pero no di nombres porque yo…, yo solo quería que se terminase. Pero nunca se terminará, porque una vez que algo entra en internet, ya no sale jamás. Y ahora mírame a los ojos, Rob, y dime otra vez que no soy una puta.

Hubo un largo y terrible momento de silencio. Me quería morir. Rob exhaló, y posó las

manos sobre mis hombros con una expresión indescifrable.

—Ahora entiendo tantas cosas —dijo—. Pero sigo sin pensar que seas una puta, James.

No podía creerme lo que estaba oyendo. Una vocecita repugnante en mi cabeza me dijo que estaba de coña. Una diminuta parte escondida en lo más profundo de mí sintió una ternura casi dolorosa, y una alegría pura que era incapaz de expresar.

—Rob, ¿se te ha ido la cabeza?

Sonrió, con lágrimas en los ojos, y dijo:

—No es la primera vez que me lo preguntan hoy. —Abrí la boca para responder, pero me cortó—. Creo que tienes un corazón hermoso, James. Creo que estás muy solo, y eres muy inseguro, y creo que ese cabronazo se aprovechó de ti de la peor manera posible. Lo que este tal Brian y sus amigos te hicieron es imperdonable. Dios, ahora mismo desearía poder partirles la cara a todos esos hijos de puta.

Me mordí el labio con todas mis fuerzas, y no pude evitar encogerme del dolor. El corte todavía no se había curado del todo. Rob tomó mi rostro en sus manos, y lo levantó.

—Mereces muchísimo más de lo que piensas —susurró.

—No —murmuré—. No *te* merezco. Yo… Te tomé prestado de tu novio. Pero ya has hecho más que suficiente por mí, Rob. Ya me has dado más de lo que hubiera podido desear jamás.

—No, no estoy de acuerdo —dijo—. James, a estas alturas ya sabes que no soy perfecto. La verdad es que Luca podría darte cien millones de razones por las que soy el peor novio del mundo. Pero si pese a todo me quieres, y si me das la oportunidad, haré todo lo que pueda para hacerte feliz.

No estaba seguro de qué me estaba ofreciendo. ¿Tiempo juntos? ¿Abrazos? ¿Solo sexo? Confuso, lo único que logré decir fue:

—Me marcho en dos semanas.

Me sonrió, y yo me sentí como si hubiera alcanzado el cielo.

—Entonces tendré que hacer que sean las dos mejores semanas de tu vida.

Incapaz de evitar las lágrimas, traté de sonreír y dice:

—Lo tienes bastante fácil, para serte sincero.

Rob se rió como si no pudiera evitarlo, como si le brotara desde el fondo de su corazón, y me dio un abrazo cálido y dulce. Me envolvió con los brazos y me estrechó suavemente, y yo di rienda suelta a todo el dolor y la vergüenza que llevaba dentro, y le permití alejar mi mente de los lugares oscuros en los que solía entretenerse y llevarme a un lugar más brillante, simple y puro. Mi nombre nunca había sonado tan dulce como lo hacía en sus labios, y lo pronunció una y otra vez mientras cubría de besos mis sienes, mis ojos, mi nariz, mis mejillas. Y me sentí cálido y arropado, y sentí algo nuevo en la boca del estómago; pero en lugar del dolor desgarrador que ya estaba acostumbrado a sentir, esta vez era un cosquilleo juguetón, y no pude evitar reírme mientras aquello latía en mi pecho.

—James —susurró Rob, con la cara a centímetros de la mía—, se me ha ocurrido algo. Dime si me equivoco, ¿vale?

—¿Qué es? —pregunté, con miedo de que hubiera cambiado de idea sobre mí.

—Nunca te han besado.

Se me cayó el alma literalmente a los pies. Los besos nunca habían cuadrado en mi esquema. Estaban reservados para fantasías estúpidas sobre hombres buenos que no existían, e historias románticas que yo nunca viviría. Noté que se me calentaba la cara, y no pude mirarlo a los ojos.

—Oye —susurró con amabilidad—, deja de morderte el labio. —No me había dado cuenta de que lo estaba haciendo, y liberé mi labio lentamente. Rob hizo una pausa por un momento, y luego dijo—. Si quieres morder algo…, muérdeme el mío.

Me quedé sin habla unos segundos.

—Estás como una puta cabra.

Él se rió suavemente y dijo:

—Es en serio, venga.

Se inclinó hacia delante y abrió la boca, tan deliciosamente cerca de la mía. Respirando con pesadez, le agarré firmemente la camisa y busqué sus labios. Le mordí con suavidad el inferior, temiendo hacerle daño, y no pude creer lo cálido que era, su textura suave, cómo se movió ligeramente bajo la presión de mis dientes. Entonces Rob cubrió con su otro labio los míos y vi las estrellas, porque aquel delicado contacto despertó nervios que no sabía que tenía e hizo temblar mi cuerpo entero. Cerré los ojos y abrí la boca, y pronto rozar con mis labios los suyos dejó de ser suficiente, y me permití saborearlo. Le succioné los labios y los lamí, y cuando él hizo lo mismo pensé que quizá me pusiera a llorar otra vez de lo intensa que era la emoción que me corría por las venas desde los labios. No tenía ni idea de cómo era físicamente posible, pero la boca de Rob sabía dulce y deliciosa. Mucho mejor que cualquier cosa que hubiera probado jamás, tanto que podría seguir para siempre. Cuando encontró con su lengua la mía, pensé que me moría. Un sonido roto me brotó de la garganta, y solo quería más y más de él.

Y de pronto me di cuenta de que era la primera vez que *de verdad* tenía a alguien dentro de mí; alguien que me deseaba, que me atesoraba, que se preocupaba por mí pese a mi pasado. Casi me asustó lo privado e íntimo que era aquel beso.

Antes de él había dado mucho, pero nunca había recibido nada. La idea de compartir una experiencia así con otra persona era apabullante, nueva y excitante. La idea de compartirla con el hombre al que quería era impresionante. Y le quería más y más a cada segundo que pasaba. Le quería hasta las estrellas y más allá.

ROBERTO

Literalmente no lograba explicarme cómo había resistido sin besar a James tanto tiempo, porque ahora que lo había hecho no era capaz de parar. James me besaba en cuanto estábamos a solas, continua e intensamente, sin tomarse ni un descanso, como si lo necesitase.

Le gustaba ir despacio, saborear y explorar, y yo le dejaba marcar el ritmo de los besos para poder conocer sus reacciones y entender qué le gustaba más. Al principio tuve la sensación de que planeaba seguir un patrón, porque por lo general empezaba besándome el labio inferior, luego el superior, y luego me lamía con cuidado los labios, como si se asegurase de que no le iba a morder. Me tentaba la idea de hacerlo, solo para ver su reacción, pero era tan adorable que nunca haría nada que pudiera decepcionarlo. Era divertido comprobar cómo planeaba tan concienzudamente nuestros besos, y era aún más divertido, cuando el beso se intensificaba, presenciar cómo perdía por completo el control sobre sus acciones.

Pasado cierto punto, normalmente cuando nuestras lenguas se rozaban, el cuerpo de James parecía silenciar a su cerebro y tomar por fin el control para conseguir lo que quería. Me succionaba la lengua, gemía mi nombre y me apretaba más contra sí. Yo le complacía todas las veces, besándolo con más fuerza e intensidad, y me moría por tocarle y hacerle cosas tan increíbles y sucias que gritase. No hace falta ni decir que en dos días desarrollé un tremendo cuadro clínico de calentón.

El día después de la ruptura, papá me había llevado a pescar con él solo para decirme que no debería llevar a otro hombre a casa a menos que planease casarme con él, así que subir con James a mi habitación para pasar algo de tiempo juntos no entraba en los planes. Sin mencionar *su* casa; siempre parecía haber alguien en ella.

Me acordé de mi época adolescente y de todos los lugares en los que había tenido sexo por aquel entonces, y casi me abofeteé al darme cuenta de lo irresponsable que había sido en esos tiempos: edificios abandonados, baños públicos asquerosos, callejones a medianoche, en el coche tras parar en la cuneta. Había tenido suerte de que nunca me hubiera pasado nada, y nunca llevaría a James a ninguno de esos sitios; su vida sexual ya había sido lo suficientemente traumática.

Mentiría si dijera que su pasado no me importaba en absoluto. Me ponía enfermo pensar en que, *durante años*, lo había utilizado un hijo de puta malcriado para correrse a cambio de nada más que desprecio y humillación. Y me cabreaba pensar que él había aceptado sin más la situación, asumiendo que era lo mejor a lo que podía aspirar. No lograba aceptar cómo el mundo había aplastado su adorable y bello corazón sin piedad, rompiendo en mil pedazos su autoestima y dejándolo al borde de una crisis mental. Deseaba poder reiniciarlo todo, volver a cuando todavía era un chico que acababa de descubrir quién era y darle el romance más impresionante, poderoso e intenso que jamás hubiera podido imaginar.

Me gustaba pensar que todavía estaba a tiempo de hacerlo. Quería hacer especiales mis días con él, darle esperanza y afecto, y hacerle entender que se merecía todo lo mejor que el mundo tuviera que ofrecer.

—Vale, puedes quedarte conmigo en Milán hasta que encuentres otro piso —me dijo

Francesco una tarde en el bar. Me había invitado a un café para hablar de Luca y de la ruptura. Fue él quien vino a mi casa para coger las cosas de Luca y devolvérselas—. Luca se va de viaje el día que vuelves a Milán, así que puedes hacer la mudanza cuando no esté. Si me das tu llave, yo se la daré a él cuando le vea.

Asentí con la cabeza.

—¿Cómo está?

—Te odia. Por teléfono te llamó palabras que ni conozco. Creo que era dialecto veneciano.

Enarqué las cejas.

—Ya me imagino. —Francesco permaneció en silencio. Lo estudié, observando su rostro perfectamente afeitado, su pelo sedoso y sus brillantes ojos marrones, que me miraban con una expresión que conocía de sobra—. ¿Estás enfadado conmigo?

Sus ojos brillaron de irritación, y por un segundo pensé que me iba a tirar el café a la cara.

—No estoy enfadado —dijo, a diferencia de lo que me esperaba—, pero ¿que si creo que eres imbécil? Desde luego.

Dejé escapar un sonoro suspiro.

—Las cosas no estaban funcionando entre Luca y yo, de todas formas.

Francesco sacudió la cabeza.

—No creo que seas imbécil por haber roto con Luca. Más bien por *cómo* lo has hecho. Creo que le debes una disculpa, Rob.

—Eso sí —admití, sonriéndole con cuidado.

Francesco me devolvió la sonrisa.

—Ahora entiendo tu postura, de verdad. Cuando saltaste de aquel acantilado con él, me di cuenta de lo especial que es James para ti. —No me había esperado que me dijera nada de aquello, pero seguía sin entender adónde quería llegar—. Pero el que me preocupa ahora mismo es precisamente James. No le putees.

Me sentí como si me acabase de abofetear.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando vino Luca, James parecía completamente destrozado. Creo que va en serio contigo, Rob.

—¿Y tú no crees que yo vaya en serio con él?

Chasqueó la lengua.

—Creo que estás… Siendo tú. Estoy seguro de que tienes las mejores intenciones, pero quizá lo que siente por ti sea más fuerte de lo que crees. —Hizo una pausa, y yo no dije ni una palabra. Empezaba a entender adónde quería llegar—. Si está enamorado de ti, le vas a romper el corazón sin remedio cuando se marche.

Me dolía el corazón. Claro que James sentía algo por mí, pero nunca se me había ocurrido que pudiera estar enamorado de mí. Tenía tantos problemas encima: su pasado, su soledad, las dudas sobre su futuro. Estaba seguro de que el amor era lo último en lo que quería pensar. Era James quien me había dicho que se marchaba en dos semanas, antes de que yo pudiera siquiera pedirle que saliera conmigo. Si sentía la necesidad de remarcar que no íbamos a durar, entonces no necesitaba que le dijese nada que pudiera confundirlo o herirlo.

—James no es como tú —le dije a Francesco, y me arrepentí de inmediato. No había querido recordarle lo de Eric, pero no podía evitar pensar que seguía solapando su propia experiencia con mi relación con James. Solo porque él hubiera amado a Eric hasta el punto de no

retorno, y nunca se hubiera recuperado después de que lo suyo terminase, no quería decir que James estuviera enamorado de mí y fuese a pasar por el mismo dolor.

A Francesco se le oscureció la expresión, y desvió la mirada.

—Dios, espero que no.

—Lo siento —dije, observando mi taza de café vacía.

—No pasa nada. Pero espero que sepas lo que haces, Rob.

JAMES

—Venga, dinos la verdad —canturreó Mary con sus mejores ojos de corderito mientras me tiraba de la camiseta. Jenn y yo estábamos tirados junto a ella, uno a cada lado, en la cama de papá y mamá. Yo tenía un brazo alrededor de su cuello, y le había dejado apoyar la cabeza en mi hombro. Le lancé una mirada rápida a Jenn, con la esperanza de que me echara un cable, pero aquella traidora siguió limpiándose las uñas con la tapa de un bolígrafo sin hacerme ningún caso.

—Jenn, eso es asqueroso —dije, con la esperanza de cambiar de tema.

Por fin me devolvió la mirada, y me sonrió.

—Pararé cuando nos lo cuentes todo. Con detalles gráficos, por favor.

—Sí, por favor, no te olvides de los detalles —añadió Mary con una risita.

Sentí que se me sonrojaba la cara.

—A ti no te voy a dar ningún detalle —le dije a Mary—. Eres demasiado joven.

Jenn se incorporó de pronto, y se sentó en la cama con las piernas cruzadas. Parecía realmente emocionada.

—¡Ajá, ahora estamos hablando de verdad! Así que *hay* algo digno de contar.

Dejé escapar un suspiro, y dije:

—Vale, os lo contaré. —Las dos me miraron expectantes—. Después de que Rob rompiera con Luca, me dijo que… quiere salir conmigo, o algo así. —Asintieron, con los ojos clavados en mí—. Y después… Nos besamos. —Sentía la cara tan caliente que pensé que quizá fuera a explotar.

Jenn y Mary continuaron mirándome con expectación.

—¿Y? —preguntó Jenn.

—Y desde entonces nos hemos estado…, liando…, muchísimo —dije, desviando la mirada. Se hizo el silencio.

—¿Y ya está? —dijo Mary, algo decepcionada. Quería que me tragara la tierra.

—Qu… —Me quedé sin palabras—. ¿Pero qué te esperabas?

—Te diré lo que *yo* me esperaba —dijo Jenn.

—Por favor, ahórratelo —respondí.

Con los brazos en jarras continuó, en voz muy alta para mi gusto:

—Os tenéis ganas desde hace semanas, ¿¡por qué coño no lo estáis haciendo!?

Le hice un gesto para que se callase.

—¡Joder, Jenn, que mis padres están en casa! ¡Mary, tápate los oídos!

—Demasiado tarde —dijo Mary—. Y tampoco es como si no hubiera oído cosas mucho peores sobre ti.

Genial. Sabía que Mary lo sabía, y me había odiado por ello, pero nunca me había planteado hasta qué extremo. Esperaba de corazón que nunca viera el vídeo.

—Ya veo, ya veo —declaró Jenn, pensando intensamente—, quizá a Rob no le apetece porque acaba de romper con su ex. ¡Vamos a pensar en un plan para seducirle!

Aquello era demasiado.

—No, no, no, no, no —dije, casi sin pensar. Carraspeé, salí de la cama, y me dirigí hacia

la puerta—. Jenn, ven conmigo, por favor —dije, luchando contra la vergüenza. Abrí la puerta para que saliera y luego dije, girándome hacia mi hermana—: Mary, intenta descansar un poco. Jenn y yo estaremos en nuestra habitación, si necesitas algo.

—¿Ehh? Venga ya —se quejó Mary mientras yo cerraba la puerta tras salir. Suspiré, y al abrir los ojos me encontré a Jenn mirándome con gesto arrepentido.

—Lo siento. ¿Me he pasado delante de ella?

Me limité a asentir.

—Esto me da muchísimo palo, Jenn. Estoy muy verde en cuanto a relaciones. Ni siquiera sé *cómo* seducir a alguien.

Jenn me tendió la mano y yo la acepté, apretándosela suavemente.

—¿Quieres que vayamos a tu habitación a montar ese plan?

—Dios, sí —susurré, y los dos nos reímos.

◆ ◆ ◆

Por la tarde nos reunimos todos para ir a la ciudad que más cerca quedaba en coche, ya que había unas fiestas locales para celebrar el patrón de la ciudad. Conducía Francesco. Marco se sentó en el asiento del copiloto a su lado, y Rob y yo nos sentamos en los asientos traseros. Los tres hablaban en italiano, y para mi sorpresa, me di cuenta de que entendía un poquito de qué iba la conversación. Los oí hablar de dónde aparcar el coche (*parcheggio*) y de dónde íbamos a encontrarnos con Claudia, su prometido y Jenn (en la *piazza*). Estaba escuchando en silencio cuando sentí que la mano de Rob tomaba lentamente la mía, y entrelazaba sus dedos con los míos. Me giré hacia él y lo vi sonriéndome. Envolví sus dedos con los míos, y apreté. No podía esperar a volver a estar a solas con él para besarlo.

Aparcamos fuera del centro de la ciudad y atravesamos las estrechas calles del pueblo, en dirección a los ruidos de la feria. En la calle principal, el *corso*, docenas de puestos ofrecían una selección exquisita de comida callejera: panini, hamburguesas, pizza y *panzerotti*, crepes, dónuts, algodón de azúcar. Nos compramos un *panzerotto* y una cerveza cada uno, e hicimos un brindis. Mientras paseábamos entre los puestos, yo me detenía cada cinco pasos para ver qué vendían: discos de vinilo *vintage*, juguetes, amuletos de la suerte, accesorios hechos a mano. Compré una pulsera de cuero para Mary con el nombre “Maria” grabado, ya que no lo tenían en inglés, y para Rob y Marco conseguí sombreros de color neón y aspecto estúpido a juego que cambiaban de color cada treinta segundos.

A un lado de la calle había un artista callejero haciendo enormes pompas de jabón, y un grupo de niños corría detrás de ellas. Miré aquellas pompas extasiado, y le confesé a Rob que si no me hubiera dado muchísima vergüenza, me habría encantado perseguirlas yo también. Continué explorando los puestos, charlando con Marco sobre cómo los nuevos modelos de pistolas de agua eran distintos a los de cuando éramos niños (me impresionaba que fuera capaz de tener aquella conversación conmigo en inglés) cuando de pronto aterrizaron unas pocas pompitas de jabón sobre mi mejilla. Me giré, y vi a Rob soplando más pompas en mi dirección.

—¿Todavía venden pomperos? —le preguntó Francesco, riéndose. Me sonrojé como un bebé, perfectamente consciente de que lo había comprado para mí.

El camino hasta la plaza había sido decorado con luces de colores en forma de flores, y Rob y Fra bromearon con que el municipio probablemente hubiera reciclado decoraciones navideñas de los años ochenta. En la plaza principal habían montado un escenario en el que estaba teniendo lugar un concurso de talentos. Por toda la plaza había chicos de mi edad vendiendo boletos para una lotería municipal. El primer premio era un fin de semana romántico

para dos personas en Florencia; el segundo era un smartphone; y el tercero, una cesta de salami y queso. Deseaba con toda mi alma ganar aquel fin de semana romántico. Todos compramos un boleto, y por fin nos encontramos con Claudia, Davide y Jenn.

Nos quedamos un rato viendo el concurso de talentos, pero aunque me gustaban las voces de los cantantes, la barrera del idioma me impedía disfrutar los sketches cómicos. Justo cuando comenzaba a sentirme fuera de lugar, Rob me tomó de la mano y me llevó a una calle más tranquila, lejos del caos de la feria. Al otro lado de la calle, una valla separaba la acera de un paisaje que robaba el aliento: en la oscuridad, las montañas quedaban iluminadas por las luces de otros pueblos, que formaban un brillante collar que colgaba de sus laderas. El aire nocturno me daba escalofríos, pero no hubiera podido tener frío ni intentándolo; me corría la sangre demasiado rápido por las venas. Me giré hacia Rob, y le quité el sombrero brillante para ponérmelo yo.

—¿Cómo estoy? —pregunté, y me devolvió una mirada tan intensa que clavé la vista en el suelo.

—Eres un sueño —dijo Rob, inclinándome hacia arriba la barbilla. Se inclinó hacia mí, y por fin nos besamos; lentamente, con ternura, de una forma que me dio escalofríos. Mi mente regresó a la tarde en que Jenn y yo planeamos mi estrategia de seducción. De momento no me iba muy bien, pero tampoco había sido un completo desastre. Estaba fallando con lo de "mostrarme confiado" y "mirarlo directamente a los ojos", pero la parte de "apoyarme en el lenguaje corporal" la llevaba de miedo.

Cuando nuestros labios se separaron, supe que no debería quedarme callado. Hice lo que pude por recordar la siguiente parte del plan.

—¿Te gusta la granada? —pregunté, y Rob me miró como si acabase de hablarle en chino.

Arqueó las cejas y parpadeó un par de veces antes de responder:

—Bueno, supongo. ¿Por qué?

Mierda, Jenn tenía razón. Tenía que haberme traído una.

—Por nada. Esto… Creo que necesitas un masaje. Pareces tenso.

—¿En serio? ¿*Yo* parezco tenso?

Tenía unas ganas espantosas de borrarle de la cara aquella irritante sonrisa a besos.

—Sí. Totalmente. Sobre todo los hombros —dije.

Sonrió, y me atrajo hacia él. No me podía creer que estuviera funcionando de verdad… O igual es que no era así.

—¿Así que sabes cómo dar masajes? —me preguntó.

—Claro —dije, demasiado deprisa para que fuera creíble. Dejé escapar el suspiro que me había estado aguantando, y admití por fin—. No, lo siento. Esto es muy estúpido.

—¿El qué? —Parecía genuinamente curioso. De nuevo, pensé que debía de parecer ridículo a sus ojos.

—Todo. Para empezar, la granada —respondí, desviando la mirada.

—¿Y si me cuentas más?

Enterré la cara en su pecho y dije, tan bajito como pude:

—Al parecer, se ha demostrado que el zumo de granada incrementa el impulso sexual masculino.

—¿Y eso según…?

—WikiHow. No te rías.

Rob permaneció en silencio un momento.

—WikiHow… ¿Para cómo hacer qué?

—Cómo seducir a un hombre.

Rob se echó a reír con tanta fuerza que deseé que se abriese un agujero a mis pies y me tragase. Me ardía tanto la cara que pensé que quizá me explotara.

—¡Prometiste no reírte!

—No lo hice —dijo, todavía riéndose demasiado para mi gusto—. Creí que te estabas preocupando por mi libido, que por cierto, te aseguro que está perfectamente.

—Gracias por la información —murmuré, mirando al suelo.

Rob me alzó la cabeza, y rozó delicadamente sus labios con los míos.

—Confía en mí, si eres tú quien quiere seducirme, no te costará mucho. —Sonrió, y no pude evitar devolverle la sonrisa. Antes de que yo pudiera contestar, me susurró—: Esta noche, ¿vendrías conmigo a un lugar?

Ni siquiera necesitaba preguntarle adónde. Le habría seguido hasta el infierno, si me lo hubiera pedido.

—Sí.

ROBERTO

La mañana del festival tuve, por fin, la oportunidad de encontrarme solo a Marco. Había sido un espectador silencioso cuando le conté a mi familia la ruptura con Luca, y tras pedirle salir a James, había estado demasiado ocupado como para sacar tiempo para hablar con él. Pero aquella mañana papá había salido a pescar y mamá estaba ocupada limpiando todos los dormitorios del piso de arriba, así que aproveché la oportunidad para preguntarle por fin:

—¿Por qué fingiste que te gustaba James? —No era tan inocente como para pensar que no nos dijo todo aquello a Luca y a mí adrede. Y quería saber por qué.

—Te debía una —dijo, serio y quizá un poco a la defensiva. Recordé que había dicho algo así cuando le di consejo sobre su novia, pero seguía sin entender por qué mentir sobre sus sentimientos hacia James era su forma de devolverme el favor.

—No lo entiendo. Dijiste que besaste a James. En serio, ¿por qué te jugaste la vida de esa forma? Si se suponía que era un chiste, no tuvo gracia.

A Marco se le desencajó la mandíbula.

—¿Jugarme la vida? ¿Es que me habrías matado? Toma amor fraterno.

Nos miramos el uno al otro, y al final solté una risita. Durante los últimos días había estado demasiado feliz con James para malgastar energía enfadándome con mi hermano.

—Estoy de broma. Pero en serio, ¿por qué hiciste eso?

Se rascó la nariz, pensando en algo con intensidad.

—Intentaba hacer que rompierais —dijo al final. Me sentí como si me hubiera caído encima un jarro de agua fría, y se me borró la sonrisa de la cara.

—¿Que intentabas *qué*? —Deseaba de todo corazón haberle entendido mal.

Marco miró hacia las escaleras que llevaban al piso de arriba, donde estaba mamá, y me hizo un gesto para que bajase la voz.

—Como se entere, ella sí que me mata. Vale, veo que no te lo has tomado bien, pero puedo explicarlo —dije; y yo estaba tan enfadado, decepcionado y confuso que terminé quedándome en silencio para escucharle. Tenía un gesto muy serio al mirarme a los ojos—. Sé que se convirtió en una especie de chiste con los años, pero siento que por mi culpa salieras del armario con la familia. Me alegro de que nunca me guardases rencor por lo que sucedió.

—Habría sido estúpido hacerlo. Eras un crío.

Sonrió.

—Lo sé, pero… Aprecio que fueras lo suficientemente maturo para entenderlo. Siempre has sido lo suficientemente maduro para todo, ¿eh? Notas espectaculares, montones de amigos, novios secretos. Me acuerdo de todo, porque siempre te he admirado. No tienes ni idea de la cantidad de veces que he oído lo de que debería “intentar ser un poco más como mi hermano”. Y cuando mamá dijo eso, adivina quién dio la cara por mí… Siempre eras tú. Durante mucho tiempo, fuiste mi héroe.

Por primera vez comprendí cuánto había crecido mi hermanito. Cuando nació, yo no entendía muy bien lo que significaba lo que todo el mundo me decía sobre que iba a ser un hermano mayor. Sabía que se suponía que debía preocuparme por aquel bebé, pero una parte de

mí no quería esa responsabilidad. No me gustaba la idea de que otro niño me robase la atención de papá y mamá. Pero cada vez que yo lo veía en la cuna, me sonreía. Cuando aprendió mi nombre, me llamaba todo el tiempo, y yo disfrutaba enseñándole cosas. Y a veces era tan estúpido que *tenía* que cuidar de él; como la vez que persiguió una pelota hasta el mar y tuve que rescatarlo, o cuando se metió en un armario y no sabía salir. Vaya, era gracioso que él también me hubiera sacado a *mí* de un armario…, pero eso era un asunto diferente.

Y cada vez que hacía algo que no debía, lo cual pasaba a menudo, yo era la primera persona a la que acudía. En cierto modo, había sido agradable saber que aquel niño me necesitaba. La persona que era ahora no era la misma que el bebé que yo recordaba, pero en cierto modo seguía siendo él. Me gustaba pensar que si se había convertido en un adolescente responsable y feliz era, en parte, también gracias a mí. Y estaba realmente orgulloso de él.

—Casi me siento triste oyéndote decirlo en pasado. Supongo que has cambiado de idea sobre mí —dije en voz baja. El enfado que había sentido hacia Marco al principio de la conversación se había desvanecido por completo.

—No es que haya cambiado de idea, es solo que te he observado durante tanto tiempo…, que creo que me he dado cuenta de algunas cosas sobre ti. —Nunca antes había tenido una conversación tan abierta e intensa con mi hermano—. Siempre fuiste tan perfecto que comencé a preguntarme si esa perfección no era… falsa. Me pregunté si tus buenas notas, amistades superficiales y relaciones nada serias eran producto de tus esfuerzos por no decepcionar a nuestros padres. Pensé que quizá, incluso si hacías que todo pareciera simple, las cosas eran difíciles para ti. Quizá temías que, más allá de las apariencias, papá y mamá se sintieran decepcionados contigo por tu sexualidad, y trabajaste muy duro para no volver a decepcionarlos. Dios, como me esté equivocando esta va a ser la conversación más incómoda de mi vida.

Me había quedado sin palabras. Siempre había pensado que Francesco era quien mejor me conocía. Pero Francesco solo sabía lo que yo le contaba, mientras que lo que Marco sabía de mí era lo que *veía*. Yo nunca había sido capaz de analizarme y hacer un poco de introspección; siempre me limitaba a pensar que las cosas eran como eran porque *yo* era como era. Pero ahora las palabras de Marco me habían calado muy hondo, allí donde no creía que hubiera nada en absoluto. Y quizá tenía razón. Quizá me esforzaba más que nadie porque tenía miedo…, miedo de no ser aceptado.

—Continúa —dije, con una sonrisa dolorida.

Marco no pareció darse cuenta. O quizá solo fingió que no se daba cuenta.

—Simplemente me di cuenta de que siempre hacías todo lo que se esperaba de ti; incluso con Luca. Encontraste trabajo a tiempo completo, y unos meses después apareciste con este chico, y todo el mundo, tú mismo incluido, pareció pensar que te quedarías a su lado el resto de vuestras vidas. En serio, ¿y lo anticuado que está eso? Pensé que no *tenías* por qué hacer eso, ¿sabes? Parecía, todo el tiempo, que tenías que estar con él pero no querías realmente. Pero todo cambió cuando viniste este verano y conociste a James. Es como si por primera vez hubieras encontrado algo que quieres de verdad. Y estaba seguro de que acabarías arruinándolo, por todo el sinsentido que papá y mamá te siguen soltando. Trajiste a Luca a casa, bla, bla, bla.., ¿a quién le importa? Para mí estaba tan claro lo que *necesitabas* de verdad que sentí que tenía que hacer algo. Así que intenté hacer que Luca y tú rompierais. Pensé que si estabais destinados a durar, duraríais. Pero, para ser sincero, me alegro de que no lo hayáis hecho. No me arrepiento de lo que he hecho en absoluto.

Debía de tener una cara horrible, porque cuando me limité a mirarle a modo de respuesta, Marco pareció entender de inmediato que la conversación se había acabado. Dejé a mi

hermano en casa y me fui a dar una vuelta en bici para estar a solas con mis pensamientos un rato. Pensé en mis padres, en cuánto los quería; pero, a la vez, en lo pequeño que era su mundo. Me di cuenta de lo culpable que siempre me había sentido por obligarlos a abrir su pequeño y simple mundo cuando salí del armario. No quería perturbar nuestra vida cotidiana incluso más; había estado tan seguro de que podía con hacerlo. Graduarme a tiempo. Encontrar trabajo. Encontrar pareja. El plan estaba clarísimo…, así que ¿por qué no había logrado hacerlo?

Siempre había pensado que no necesitaba una gran historia de amor, pero cuando vi a mi primo hecho un mar de lágrimas en el aeropuerto tras romper con Eric, me sentí tan jodidamente *celoso.* Aquella simple sensación me puso tan incómodo que me dije que no necesitaba ese tipo de dramas en mi vida. Y cuando a Francesco se le secó el corazón, y me dijo que Luca era la persona adecuada para mí, le creí. Me fié de él, haciendo oídos sordos a todas las alarmas que atronaban en mi corazón. Porque era más fácil. Porque era más simple.

Le había dicho a James que yo no sabía cómo querer. Quizá aquello también fuera una mentira. Quizá siempre había sabido cómo querer, pero nunca me había permitido hacerlo porque estaba esforzándome al máximo por mantener mi vida bajo control y continuar recorriendo el camino que había elegido. Desviarse de él no era tan fácil como Marco lo hacía parecer. Romper con Luca me había dolido. Había significado abandonar todo lo que yo había sido hasta aquel momento. Luca era mi lugar seguro. Luca era el billete de ida a un futuro normal: trabajo, una vida en Milán, conciertos, viajes, vacaciones de verano en el pueblo. Dios, me hubiera casado con él en unos años. Pero había elegido, casi sin darme cuenta. La decisión la había tomado mi corazón. Y mi corazón elegía a James.

James era un salto de fe. El reloj no se detenía, los días pasaban, y estaba tan cerca de perderlo para siempre…, pero salté detrás de él; una vez, dos, y lo haría una y otra vez.

Es como si por primera vez hubieras encontrado algo que quieres de verdad.

Lo había encontrado. A él. Podría haberle pedido a Claire o a Richard que nos prestaran el carbón aquel día. Podía haber llamado al timbre, o haber esperado a verlos fuera, pero vi a James en el patio desde la ventana del baño de la planta de arriba y fui hacia él. Le pedí que mirase las estrellas conmigo. Le pedí que viniera a conocer a mi abuelo. Lo perseguí como un loco, sin saber lo que estaba haciendo, porque necesitaba estar con él… Necesitaba desesperadamente que viese más allá de toda mi mierda, que viera quién era yo de verdad. Y me vio. Me vio a través de las mentiras, las verdades no dichas y las dudas. Pese a todo, él también me eligió y me mostró sus heridas, y me dolieron como si fueran mías.

Era injusto que me sintiese tan ridículamente feliz cuando íbamos a decirnos adiós en unos pocos días.

Estaba siendo egoísta.

Si está enamorado de ti, le vas a romper el corazón sin remedio cuando se marche.

Estaba siendo tan egoísta.

A veces lo que queremos no importa, Rob. Si de verdad te importa James, haz lo que es mejor para él y mantente alejado.

Porque no podía parar.

◆ ◆ ◆

La tía Bárbara y su marido vivían cerca de Como, en el norte de Italia. A veces, cuando estaba en Milán, iba a pasar el fin de semana con ellos, para relajarme en el campo e ir a pasear al centro, bordeando el lago.

En verano solían volver al sur, pero este año se habían quedado en Como porque su hija

acababa de tener un bebé. Su familia era básicamente la única de nuestros parientes que no iba a venir a la boda de Claudia. Pero mamá tenía una copia de la llave del apartamento que tenían en el pueblo de al lado, y se pasaba cada dos semanas para comprobar que todo estaba bien.

El apartamento estaba a una distancia andando razonable desde donde se estaba celebrando la feria. Y yo había robado la llave.

—¡Tendrías que habérmelo dicho antes! —exclamó James cuando le expliqué la situación, mientras subíamos las escaleras hacia el apartamento.

—Pensé que esta noche solo querrías disfrutar del festival. Pero tenía la esperanza de que sacases el tema, también, y por eso me traje la llave.

James hizo un puchero que me aceleró el corazón. Cuando llegamos a la puerta me besó con desesperación, como si no pudiera seguir viviendo a menos que yo le devolviera el beso, y susurró contra mi boca:

—Dios, Rob… No puedo esperar más.

Solo pude mirarlo a modo de respuesta, como si no fuera evidente que yo tampoco podía esperar más y que me estaba volviendo loco.

Saqué la llave, y me quedé paralizado ante la puerta.

Ay, mierda.

JAMES

Rob se llevó una mano a la frente y se la masajeó, como si quisiera calmarse.

—Tiene que ser coña —susurró, con los dientes apretados.

—¿Qué ocurre? —pregunté, y bajé la mirada a la llave. Lo entendí en un segundo. Aquella llave enorme no cabía ni de coña en la cerradura. La forma era completamente diferente.

—Soy gilipollas —dijo Rob—. He cogido la llave que no es.

A continuación hubo un largo minuto de frío silencio, durante el cual me dieron ganas de ahogarme en el mar.

Entonces miré a Rob a los ojos, y supe que se sentía igual y que me deseaba tanto como yo a él. Al pensar aquello, me descubrí sonriendo. Entonces la sonrisa se convirtió en una risita, y la risita en una carcajada. La mirada de Rob se ablandó, y él también se rió antes de susurrarme:

—Lo siento mucho.

—Somos muy ridículos —añadí.

Rob miró algo detrás de mí, y dijo:

—Creo que esta llave abre el garaje. Y quizá —dijo—, con un poco de suerte, haya una copia de las llaves en el garaje.

Echemos un vistazo.

El garaje estaba situado detrás de una gran puerta de metal. Rob probó la llave, que funcionó a la perfección. Dentro, encendí la linterna del teléfono y le eché un vistazo a las estanterías, que estaban llenas de cajas de juguetes viejos, trofeos y herramientas. Rob se fue derecho hacia una cómoda de madera, que se parecía a la que había en casa de su abuelo, para buscar la copia de las llaves. Yo miré a mi alrededor, y me fijé en una caja que tenía la palabra “picnic” escrita. Miré dentro y me encontré una cesta de madera, unos cuantos termos, y una mochila con mantas dentro.

Observé aquellas cosas, y luego a Rob. No parecía que estuviera teniendo suerte con las llaves. Mientras seguía distraído, lancé las mantas sobre el suelo y cerré el garaje con llave desde dentro. Por un momento Rob pareció confuso, pero mi mirada debió de ser bastante clara, porque dejó de perder el tiempo y se acercó a mí, que había colocado las mantas en el centro de la habitación. Y no nos hizo falta hablar más.

Al siguiente instante sus labios estaban sobre los míos, su lengua entre mis dientes, y yo estaba perdiendo conciencia del mundo porque sólo quedaba espacio para el profundo y ardiente deseo que tenía de entregarme completamente a aquel hombre. Me estremecí ante su roce, confiado y protector, y noté cómo se le tensaban los músculos cuando deslicé las manos bajo su camisa, sobre su pecho, por su espalda, recorriendo la distancia hasta la cintura con intención de bajar más. Me quitó la camiseta y la dejó caer al suelo, seguida por su camisa. Sabía cuál sería mi siguiente movimiento, y podía ver en su cara que él también lo sabía. Pero cuando me puse de rodillas, e intenté desabrocharle los pantalones, él hizo lo mismo sobre la manta y tomó mi cara entre sus manos.

—No… No antes de que te bese cada centímetro de piel —susurró con voz ronca, y no

entendí o pensé que lo dijera en serio…, hasta me di cuenta de que así era.

Posó la boca sobre mi cuello, haciendo que me ardiese la piel ante aquel roce y me temblase el cuerpo por la anticipación, y mientras besaba y succionaba toda mi piel me sentí terriblemente bien y enloquecedora e intensamente salvaje. Aquel recorrido lento, húmedo y doloroso continuó sin piedad, y no sé cómo pero terminé tumbado con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, mientras me dolía el cuerpo por el deseo y la necesidad; lo necesitaba a él, su boca, el peso de su cuerpo sobre el mío, y todas esas cosas que no sabía que tenía permitido desear, con las que quizá hubiera soñado pero en las que jamás había creído de verdad.

Y él me estaba entregando todo lo que me había prometido, y mucho más de lo que jamás me había jurado, y yo no tenía ni idea de cómo reaccionar, pero aunque tenía la mente nublada y embotada mi cuerpo sólo sentía, cada vez más, sensaciones mil veces más fuertes de lo que jamás hubiera pensado posible; los estremecimientos que me producía el roce áspero de sus manos, la excitación al sentir su respiración sobre mi piel al rojo vivo, el enloquecedor y frustrante anhelo que me desgarró mientras me rozaba con la barba los muslos al acercarse adonde más deseaba que estuviera. Y en lo más profundo de mí tenía miedo de que la realidad no pudiera ser tan buena, de no merecerme aquello, de que todo fuese a desaparecer…

Pero la realidad me engulló al fin, con toda su belleza, honestidad y pasión, como si me forzase a aceptar que era mucho mayor de lo que yo jamás me había imaginado; que tenía permitido amar; que en este mundo había alguien dispuesto a darme todo aquello.

Rob.

El hombre que me sostenía la mano cuando el cielo me abrumaba. El hombre que me atraía hacia su pecho cuando quería llorar. El hombre que me besó cuando se enteró de mi pasado. El hombre que me tenía en la boca, dándome placer de la forma más abnegada del mundo.

Con su nombre en los labios, por fin solté todo lo que había reprimido, y él me dejó entrar, me dio la bienvenida y me aceptó. Vaciándome de mis preocupaciones y mis miedos, todo lo que me quedó en el corazón fue felicidad; una chispa diminuta, ardiente y pulsante de alegría, indefensa y frágil.

Mientras me esforzaba por recuperar el aliento, me di cuenta de que tenía los ojos húmedos.

—No me dejes —me encontré susurrando, y fue mi corazón el que habló, temiendo perder aquella conexión, temiendo haber estado demasiado vulnerable, temiendo cruzar el punto de no retorno.

Pero Roberto cubrió con su cuerpo el mío, manteniéndome en el sitio, y me besó con tanta dulzura que deseé poder morir entre sus brazos en aquel momento; era imposible que la vida mejorase incluso más.

En aquel momento, lo supe. Ya había dejado atrás el punto de no retorno.

ROBERTO

Podría haber pasado horas tirado en el suelo con James entre mis brazos, sin hacer más que oírle respirar. Tracé con los dedos las delicadas líneas de sus pómulos, viajando lentamente hacia sus suaves labios rojos. Me permití recordar todo lo que había hecho por mí en la última hora con aquella boca, y casi pude sentirla de nuevo en todos los lugares en los que había estado.

Siempre había algo de solemne en la forma en que James me besaba o me tocaba; era como si intentase comunicarme algo, imprimir en mi piel su afecto puro y honesto, su incredulidad y su gratitud. No hacía falta que sintiera ninguno de los dos últimos, pero sabía que lo hacía. Sabía que, en algún rincón dentro de él, todavía no se podía creer lo que sentía por él, y en aquellos momentos en los que se permitía ver la verdad continuaba sintiéndose agradecido, como si yo estuviera con él por hacerle un favor. Así de baja tenía la autoestima. Deseé poder abrirle los ojos y dejarle ver lo que yo veía cuando lo miraba: un joven bello, complejo y dulce, con un corazón inmenso y un mundo de posibilidades ante él.

Relajado y satisfecho, James se estaba esforzando por mantener los ojos abiertos. Observé con gran interés cómo se le cerraban lentamente los párpados y se abrían de nuevo de repente, solo para volver a cerrarse inexorablemente. También estaba cambiando su respiración, volviéndose más profunda en su pecho. Lo abracé con más fuerza, deseando poder protegerlo del resto del mundo y hacer que se sintiera, por fin, completamente a salvo. Gimió con suavidad y frotó la cara contra mi pecho, y en aquel momento pensé que no había nada en mi vida que fuera tan preciado y valioso como aquel momento con él.

A ambos nos sobresaltó el zumbido del teléfono de James.

—Juro que no estoy durmiendo —dijo James en un susurro ahogado mientras se estiraba para coger el teléfono—. Jenn pregunta que dónde estamos. Dice que los fuegos artificiales empiezan en veinte minutos.

Gruñí, y froté la nariz contra el cuello de James.

—No quiero irme —dije, recorriendo con los dedos la curva de su cuello.

—¿Prefieres pintarme como a una de tus chicas francesas, Jack? —dijo, incapaz de ocultar un ligero temblor en su voz. Me reí y le hice cosquillas, haciéndole reír también.

—¡Deja de burlarte de mí! —dije—. Es un peliculón, ¿vale? Y no solo porque babease por Leo.

James puso los ojos en blanco.

—Lo sabía. Solo te gusto porque me parezco a di Caprio de joven.

—Deja de decir di Caprio “de joven”. Y la verdad es que no, en mi opinión te pareces más bien a Justin.

—¿Justin Bieber? —preguntó, con cara de decepción.

—Justin Timberlake, cariño. El secreto está en los rizos.

Pareció sorprendido.

—¡Ah! Te refieres a cuando era joven.

—¡No te atrevas!

Desearía que tuviéramos más tiempo. Habría dado cualquier cosa para tener más tiempo

con James. Mientras volvíamos a la plaza del pueblo caminando uno al lado del otro, dados de la mano, tuve que morderme la lengua y luchar contra la tentación de pedirle que se quedara. Deseaba poder susurrarle al oído "no me dejes", como había hecho él antes. ¿Cómo podía ser todavía más egoísta? ¿Cuál era el límite? Sabía que tenía que poner algunos para evitar hacerle daño a James.

—¡No te vas a creer quién ha ganado la lotería! —gritó Jenn al vernos volver—. ¡Este de aquí! —señaló a Francesco.

James silbó. Le sudaba la mano, que aún tenía cogida de la mía, lo cual delataba lo nervioso que se sentía estando de vuelta con todos los demás; probablemente estuviera seguro de que sabían lo que habíamos estado haciendo. Yo también lo estaba. En especial en lo que respectaba a Francesco, en cuya cara casi podía leer, *Más te vale estar haciendo las cosas bien.*

—¿Qué has ganado? —pregunté, intentando ignorar esa mirada tan familiar que me estaba echando—. ¿Salami para traerte a Milán?

Fra se limitó a bufar.

—Da igual cuánto me habría gustado que me oliese el equipaje a gorrino muerto durante semanas, te voy a dar una decepción. Me he llevado el primer premio.

—¡El fin de semana romántico en Florencia! —exclamó James—. ¡Felicidades!

—¿Con quién vas a ir? —pregunté, solo por picarle un poco.

—Ya que tú no tienes novio —añadió Claudia—, Davide y yo nos ofrecemos voluntarios para ir en tu lugar.

—Ni de coña os voy a regalar mi premio. Ya tenéis una luna de miel en Australia pagada —replicó Francesco.

—Podemos ir James y yo —dijo Jenn, quitándoselo de la boca.

—¡Que no os voy a regalar a ninguno el viaje! Tengo algunos amigos con los que podría ir.

Ya, claro. Me conocía todas sus citas, rollos de una noche y pseudonovios. De pronto deseé con todas mis fuerzas poder encontrar entre aquellos hombres a alguien merecedor de salir con él. Solo ahora que me sentía tan feliz, cogiendo a James de la mano, podía ver lo solo que estaba Francesco.

—Puedes ir con Paolo —sugerí, pensando en el único tipo medio decente con el que había salido hacía poco.

—Claro, por qué no —asintió. Por suerte, aquello zanjó la conversación—. Gracias —me susurró unos segundos después.

No pude evitar sonreírle.

—¿Era Paolo el que podía eructar el alfabeto? —le pregunté.

Fra puso los ojos en blanco.

—No me lo recuerdes.

Nos interrumpió el comienzo de los fuegos artificiales. James me apretó la mano con los dedos, y yo me giré hacia él para admirar la expresión asombrada y hermosa que tenía mientras miraba al cielo. Sin pensar, envolví sus hombros con los brazos, abrazándolo desde atrás, con su espalda contra el pecho.

—Acabo de recordar la primera vez que te di la mano —le susurré al oído.

—¿Me puedes volver a prometer que no se nos caerá encima el cielo?

—Te lo prometo —dije, dándole un beso en la nuca. Mis ojos se posaron sobre los demás, que estaban ocupados observando el cielo. Me alegraba haber vuelto a casa este verano. Tenía que agradecérselo a Claudia y Davide. Podía sentir el latido del corazón en la garganta, y

era incapaz de intentar siquiera describir la felicidad ardiente que sentía por dentro—. James, ¿vendrás conmigo a la boda? —le susurré bajito.

Por favor, di que sí.

James se giró hacia mí, con las mejillas sonrojadas.

—Sí —dijo en un susurro.

Mi cuerpo se movió por voluntad propia, y bajo una lluvia multicolor de luces que iluminaba el cielo oscuro, por fin volví a besarlo.

ACTO 2.— Fin.

ACTO 3

De aquí puedes deducir que sólo el amor
es en vosotros la verdadera semilla de toda virtud,
y de toda acción reprobable por la que debéis responder.

Dante Alighieri, Purgatorio

JAMES

—¡James, esto es increíble! —chilló Jenn, saltando feliz por toda la habitación. Había almorzado en mi casa, y estábamos pasando la tarde juntos antes de volver a la playa. Papá y Mary estaban echando la siesta en el piso de arriba, así que solo estábamos mamá y nosotros dos en el salón.

—No exageres —dije con una pequeña sonrisa—. Estoy feliz de que me haya invitado, pero creo que fue porque ya había dicho que iba a llevar a alguien más a la boda, ¿no? —Intercambié una mirada con mamá, que tenía cara de "ya somos dos".

Jenn se giró hacia mí, como si no tuviera ni idea de sobre qué estaba hablando.

—James, no hay ninguna casilla de "llevo a alguien más" en las invitaciones. *Siempre* estás invitado junto con tu familia. ¿Entiendes lo que eso quiere decir?

De pronto me sentí totalmente perdido. Miré de nuevo a mamá, que parecía estar pensando seriamente.

—La verdad es que no —murmuré.

Jenn me cogió las manos, y me miró expectante.

—James, no llevamos "citas" a las bodas. Sobre todo si son las de miembros de la familia. Es un asunto muy serio. Significa que le está diciendo a todo el mundo que eres su pareja.

—Joder. —Me quedé boquiabierto. Si era una ocasión tan oficial, ¿por qué me había pedido Rob que fuera? Íbamos a romper en menos de dos semanas. Me costaba respirar—. Le diré que no puedo ir —dije en voz baja.

—¡Ni de coña, tienes que venir! James, llevo meses odiando la idea de ir a esta boda, pero si vienes tú también seguro que lo pasamos genial. Ni Rob ni Marco, Fra, o yo misma te dejaremos solos. Claudia y Davide también están súper emocionados por que vengas. Vamos, no puedes dejarme sola, ¿porfiporfiporfi?

Me descubrí sonriéndole y asintiendo. No, no quería dejar sola a Jenn. Sabiendo que todo el mundo la comparaba constantemente con Claudia, estaba seguro de que estar rodeada por parientes que decían lo guapa y perfecta que era su hermana sería horrible para ella. Si estar allí la ayudaría, entonces debía ir. Después de todo, ya le había prometido a Claudia que iría; y no quería decepcionar a Rob, ya que había parecido muy feliz cuando dije que iría con él. Pero no lo entendía. ¿Por qué *quería* que estuviera allí con él?

—He oído decir a Rosa que irán como doscientas personas a esta boda —dijo mamá—. Estoy segura de que nadie se fijará en ti, o se planteará por qué estás allí.

—Ugh. —Jenn desvió la mirada.

—¿Qué? —pregunté.

—A ver, sí que se fijarán en tí… ¡Pero no te preocupes por ello! Además, estarán todos demasiado ocupados poniéndome verde, porque sabe Dios que pienso llevar mi puto vestido negro a esa boda.

Me reí brevemente.

—Eres lo más, Jenn. —No tenía ni idea de cómo conseguía ser tan valiente. La sola idea

de que la gente me mirase y me juzgase me estaba dando dolor de estómago.

—Por cierto, James —dijo mamá—, deberíamos buscarte algo para que lleves puesto a la boda. ¿Por qué no vamos de compras? ¿Qué te parece, Jenn?

—¡Venga, vamos! —exclamó ella con entusiasmo.

Jenn llamó a su madre para decirle que iríamos juntos al pueblo de al lado, y mientras estaba ocupada, mamá me dio unas palmaditas en el hombro.

—¿Estás bien? Si sientes que esto te estresa demasiado, no tienes por qué ir.

Dejé escapar un hondo suspiro.

—No pasa nada; lo veré como una agradable experiencia intercultural. —Hubo un momento de silencio—. No me puedo creer que acabe de decir eso. Sueno como la doctora Westermann. —Mamá soltó una risita, y mientras yo le sonreía, estallamos en carcajadas. Me dio una nostalgia increíble poder reírme así con ella.

Nunca le había dicho oficialmentee a mis padres que estaba saliendo con Rob. Se enteraron porque, como me contó Mary después, nos vieron besarnos desde la ventana del salón. No había planeado besar a Rob delante de casa. Estábamos por ahí con Marco y los demás, y cuando me acompañó a casa, me dijo que quería un beso de buenas noches. Resultó que se me daba fatal decirle que no. Aunque bueno, resultó que se me daba fatal decirle que no. Además, si el beso de buenas noches se había convertido en media hora de morreo, probablemente fuera culpa mía.

En cierto modo, me alegraba que mis padres supieran lo mío con Rob; era la primera vez que no tenía que ocultar lo que hacía, o fingir ser otra persona delante de ellos. Sabían que estaba enamorado de él, y nos habían visto besarnos. Me preguntaba si notarían que también nos estábamos acostando. “Solo” habíamos llegado a la tercera base de momento, pero aun así, el día después del festival no tuve valor para mirar a mis padres a los ojos, temiendo que pudieran leer en mi rostro lo que había pasado con Rob. Por suerte, no dijeron nada, y ni siquiera me dieron la charla sobre sexo seguro. Tras el follón en el que había estado envuelto en nuestro hogar, entendía que estaban confiando mucho en mí al no preguntarme nada. Probablemente fuera gracias al hecho de que Rob les caía bien.

—No estés nervioso, ¿vale? —me dijo mamá con una sonrisa dulce—. Tienes un novio muy agradable, y seguro que hace todo lo posible para que no te sientas incómodo en la boda. Como ha dicho Jenn, ¡seguro que os lo pasáis genial!

ROBERTO

—¡Esta boda va a ser un desastre! —chilló mamá al entrar en la cocina por la tarde. Marco y yo pausamos nuestro juego de cartas y nos giramos para mirarla, mientras que papá ni siquiera apartó la mirada de la televisión—. ¡Tú! —Mamá me señaló con el dedo—. ¡La tía Teresa me acaba de decir que has invitado a ese chico a la boda! ¿¡No te parece que deberías habérmelo contado *tú*!?

Me incliné hacia Marco para susurrar:

—¿Cómo se ha enterado la tía Teresa?

Marco se cubrió la boca para responder, también en susurros:

—Supongo que Claudia se lo contó a su madre, que estaba hace un rato en la plaza con la tía María, y ella vive al lado de la tía Teresa.

La pasión de mi hermano con el cotilleo nunca me fallaba.

—Tiene sentido —admití.

—¿Qué andáis maquinando ahora? —nos preguntó mamá antes de dejarse caer en una silla—. ¿¡Cómo se supone que le voy a explicar a toda la familia que mi hijo se va a traer a su gigoló a la boda de su prima!?

—Ni se te ocurra llamar a James algo así —me limité a replicar.

—¿Y qué hay de las fotos? —dijo. Más que enfadada, parecía resignada, y por alguna razón decidí verlo como un progreso—. ¿Te acuerdas de lo que le pasó a Stefania? Trajo a su novio a la ceremonia de graduación de Daniele. Le arrestaron dos meses después, ¡y ahora tenemos un álbum de fotos entero lleno de fotos de este tipo del que nadie quiere siquiera acordarse!

Suspiré sonoramente.

—¿Estás comparando a James con un tío que se ganaba la vida robando coches?

—Igual podemos usar la técnica de la tía María —dijo.

—¿Que es…? —preguntó Marco.

—Puede quedarse en una esquina en las fotos de grupo, para que podamos recortarlo de la foto en cualquier momento —dijo. Debí de echarle una mirada venenosa, porque se apresuró a añadir—: ¡Es solo una precaución! En unos meses, igual eres *tú* el que quiere quitarlo de las fotos.

Estaba a punto de decir algo que nadie debería soltarle a su propia madre cuando la risa de papá desde el sofá me detuvo. Se levantó por fin, vino a la mesa, y empezó a darle a mamá un masaje en los hombros con una sonrisa paciente en la cara.

—Quitar a alguien de la foto no lo quitará de tus recuerdos. Y, si lo piensas, invitar a alguien implica querer crear recuerdos juntos, sin importar cómo acabe. Estoy seguro de que Rob invitó a James porque quiere recordar haber ido a esta boda con él. ¿O no, Rob?

—Sí —dije, mientras se derretía por completo mi ira.

Papá le acarició el rostro a mamá, girándolo para que le mirase.

—Estás siendo demasiado dura con nuestro chico. Roberto no es tan superficial como para invitar a la boda a alguien que no le importa. Da igual lo que vayan a pensar en la familia; lo

único que importa es la felicidad de nuestro hijo.

Mamá hizo un puchero, y por primera vez en mi vida me di cuenta de lo pequeñita que era. Su mano me había parecido tan grande, en comparación con la mía, cuando caminaba conmigo al colegio. Por aquel entonces, había tenido que levantar la vista para mirarla. ¿Cuándo me había vuelto más alto que ella?

—No me malinterpretes, Rob —dijo—. No tengo nada contra ese pobre chico. Para serte sincera, me cae bastante bien aunque esté demasiado delgado, pero eso es porque los estadounidenses no saben cocinar y es algo que no tiene mucho remedio.

Puse los ojos en blanco.

—*Mamma*, menudo estereotipo.

—Es solo que no quiero que hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

Sacudí la cabeza.

—*Ma*, aprecio que te preocupes por mí, pero no me arrepentiré de llevar a James a la boda.

Dejó escapar un profundo suspiro.

—Solo estaba pensando… Sabes, la gente en verano hace cosas que por lo general no haría. Quizá sea por el sol, el mar, las fiestas, quién sabe. Pero cuando termina el verano, a veces cambian de idea. Y hablo de Luca y de ti.

Se me formó un nudo en la garganta. A la vez, ahora todo me quedaba claro.

—Así que por eso crees que me arrepentiré de llevar a James a la boda. Pues deja de preocuparte; no pienso volver nunca con Luca.

Ella se encogió de hombros.

—No pasa nada si es así. Lo que te haga a ti feliz, hijo. Pero nunca digas nunca. Cuando tu padre y yo íbamos juntos al colegio, dije que nunca saldría con semejante idiota. Y adivina con quién llevo casada veintisiete años.

JAMES

Cuando Rob tocó el timbre de mi casa a las nueve de la noche, con una guitarra bajo el brazo, por un momento pensé que estaba soñando. Llevaba vaqueros y una camiseta blanca, su loción de afeitar olía increíble, y era el hombre más hermoso del planeta. Quizá sí que estuviera soñando. Quizá todo aquel verano no hubiera sido más que un sueño increíble.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, sin poder reprimir una sonrisa.

—Tengo una misión —me dijo—. ¿Quieres venir?

—¿Qué tipo de misión? —pregunté. Ni me había dado cuenta de que había puesto una mano sobre su estómago, y me había acercado peligrosamente—. ¿Estaremos fuera mucho rato?

—Oh, sí —me susurró—. Cuando volvamos va a ser muy tarde, y mi casa va a estar muy en silencio. Es un poco arriesgado subir a mi habitación, pero el sofá del salón sigue siendo bastante cómodo…

—Me gusta eso —murmuré, poniéndome de puntillas mientras Rob se inclinaba para besarme.

Alguien se aclaró la garganta detrás de nosotros, y yo me aparté de él de golpe.

—Hola, Rob —dijo papá—. Bonita guitarra.

—Buenas tardes —dijo Rob tan tranquilo, como si no acabase de prometerme sexo en su puto sofá—. Me voy a ir con Davide y unos amigos a casa de Claudia. Quiere sorprenderla con una serenata, y yo voy a tocar la guitarra para él.

Papá y yo lo miramos con la misma expresiónesa.

—Suena muy bien —dijo papá con una sonrisa—, pero todavía no hemos cenado. James y Claire han vuelto de compras un poco tarde.

—Oh, si ese es el problema, no se preocupe. Vamos a comer espaguetis cuando lleguemos.

—Pensé que era una sorpresa —dije.

—Sí, lo es —confirmó Rob—, pero en verdad como que nos esperan.

No pude evitar reírme.

—¿¡Por qué!? —preguntamos papá y yo a la vez. Rob arqueó las cejas.

—Bueno, es una tradición. Confía en mí, no quieres perdértelo. Mi tía hace los mejores espaguetis de la ciudad. —Entonces miró a mi padre—. No le diga a mi madre que he dicho eso.

—Claro —dijo papá, riéndose—. Divertíos, entonces.

Rob y yo caminamos hasta la plaza y nos encontramos con Francesco, Davide y dos chicos más a los que no conocía, que resultaron ser su hermano y su padrino. Estaba seguro de que íbamos a ir derechos a casa de Claudia, pero Davide fue primero al bar para comprar cervezas para todos y dio una especie de discurso para agradecernos que estuviéramos allí. Hicimos un brindis que, por alguna razón, terminó con Rob y el hermano de Davide tirándose cerveza de broma mientras el resto se partía de risa, y por fin nos dirigimos a casa de Claudia. Cuando estuvimos lo bastante cerca, Davide nos hizo un gesto para que no hiciéramos ruido y lo preparamos todo para la serenata. Los chicos habían traído un micrófono, dos guitarras (la de Rob y la de Francesco) y un foco que funcionaba a pilas con el que el padrino apuntó a Davide.

El novio no pareció satisfecho con el resultado, y comenzó a discutir con Rob y su padrino en voz muy baja. No tenía ni idea de qué estaban diciendo, pero verlos susurrar y hacer gestos en dirección al balcón de la casa de Claudia era muy gracioso.

—En estos momentos me pregunto qué coño estoy haciendo con mi vida —me dijo Francesco en voz baja, con una sonrisa. Apreciaba cómo siempre se quedaba para explicarme las cosas cuando los demás hablaban en italiano.

—¿Cuál es el problema? —pregunté.

—Rob está diciendo que se suponía que tenían que traer dos focos para iluminar tanto al novio como al balcón. Davide dice que señalemos el balcón y punto, y Vicenzo dice que tiene mucho más sentido alumbrar a Davide porque va a cantar.

Me reí.

—¿Y tú qué piensas? —le pregunté a Fra.

—A mí me importa una mierda de cualquiera de las formas.

—¿Son así todas las bodas italianas?

—Por Dios, no. Solo en el sur. Yo esta locura todo el año no la aguanto.

De pronto, la voz de Jenn captó mi atención desde una habitación en el tercer piso del edificio.

—James, ¿estáis listos? Las chicas han terminado con su manicura y vienen al salón. ¡Daos prisa de una puta vez con la maldita serenata!

Fra y yo intercambiamos una mirada.

—Hablando de ser espontáneos… —dijo.

Francesco le dijo algo a los demás, y zanjó la discusión. Decidieron prescindir del foco al final, y empezó el concierto. Los guitarristas comenzaron a tocar una especie de tarantella que Davide cantó en el dialecto local. Claudia y sus amigas salieron al balcón de inmediato. Ella se estaba riendo, y sus amigas daban palmas y silbaban al ritmo de la música. Pronto me di cuenta de que nos miraba más gente desde las ventanas de sus casas, y cuando terminaron las tres canciones, todos ellos aplaudieron y gritaron *Bravo!*, y *Viva gli sposi!*

Tras una ronda de aplausos digna de un concierto de rock, la madre de Claudia salió al balcón y nos invitó a subir a todos. La casa estaba limpia y decorada con elegancia. En el salón nos esperaba un surtido de aperitivos y vino. Con sólo mirar los sándwiches, la pizza, los snacks, el salami, el queso y el pan sobre la mesa me rugió el estómago. Jenn y yo nos llenamos un plato y una copa de vino tinto cada uno, mientras ella me contaba que al día siguiente ella y otras dos primas iban a ir a la casa nueva de Claudia y Davide para “prepararles” la cama.

—¿Y eso qué significa? —pregunté.

—Básicamente es algo que hacen las chicas más jóvenes de la familia. Les tenemos que hacer la cama con sábanas de tela súper pijas, y meter algo de dinero en las almohadas, supongo. Es una tradición estúpida —explicó.

—No la llames estúpida. A mí todas estas tradiciones me fascinan —dije.

Rob se rió desde detrás de mí, y me pasó otra copa de vino.

—Pero esta sí que es estúpida. La tradición no va de las “chicas más jóvenes” de la familia. Va de las “vírgenes” de la familia.

Me sentí algo confuso.

—¿Cómo lo pueden saber?

—Por eso es estúpida —dijo Jenn—. Se supone que si no estás casada, seguro que tienes que ser virgen.

—Bienvenidos al siglo diecisiete —comentó Francesco con gesto serio.

—Bueno —dijo Rob, observando a su tía entrar en el salón con una bandeja enorme en las manos—, parece que ya están los espaguetis. ¿Quién quiere probar?

Jenn y Francesco le entregaron los platos de inmediato. Rob me miró con expectación.

—Realmente no era una pregunta, ¿no? —dije.

—Oh, no —confirmó—, no tienes permitido irte a casa hasta que los pruebes.

ROBERTO

Sabía que probablemente debiera despertar a James, pero estaba tan adorable mientras dormía en silencio con la cabeza sobre mi pecho que no podía hacerlo. Sonreí, recordando su vergüenza cuando le dije que tenía razón: se le daban muy bien las mamadas.

Atrapado bajo el peso del cuerpo de James, intenté no moverme y mantener mi respiración calmada. Eché la cabeza hacia atrás sobre un cojín del sofá y miré al techo, disfrutando del silencio que nos rodeaba. La casa estaba tan en silencio que solo oía el tictac del reloj de la cocina y la respiración de James. Si cerraba los ojos, además de oírla, podía sentirla mil veces más fuerte. Podía sentir el aire que le llenaba los pulmones y cómo se le movía el pecho de forma rítmica, apoyado firmemente sobre mí. De pronto me di cuenta de que iba a echar tanto de menos esto como tener su boca ahí abajo, y algo me dolió desesperadamente. En unas pocas semanas, estaría de vuelta en Milán, durmiendo solo en un nuevo apartamento en algún rincón de aquella ciudad gris; y James estaría muy lejos de mí al otro lado del mundo.

Pronto conocería a alguien nuevo. En unos pocos meses, quizá alguien lo sostuviera como lo hacía yo en aquel momento. En unos pocos años, quizá se olvidara de mí por completo.

¿Y yo? Nunca había experimentado emociones tan poderosas antes de James, y en el fondo sabía que nunca volvería a compartir algo así con otra persona. Porque no había nadie como él en el mundo.

No me dejes.

¿Qué haría si le dijera aquello? ¿Qué haría si le mostrase la desesperación que sentía ante la mera idea de estar separado de él? Nunca antes me había sentido tan vulnerable. No podía poner el peso de mi debilidad en James. Me había jurado que lo apoyaría; no quería convertirme en una carga para él.

La puerta principal se abrió con un chasquido, y entró Marco. A oscuras, se acercó y dejó la chaqueta sobre la butaca justo al lado del sofá.

—¿Qué horas son estas de llegar a casa? —dije en voz baja.

Había hecho lo posible por no sobresaltarle, pero noté cómo daba un bote de todas formas.

—Qué co… —empezó a decir, pero se detuvo al echar un vistazo al sofá y verme haciéndole gestos para que se callase. Pese al revuelo, James seguía dormido.

Marco contuvo un suspiro, y se dejó caer en la butaca.

—En serio, búscate una forma de llevarlo a tu habitación. Empiezo a compadecerme de vosotros.

—Nunca había caído tan bajo —respondí, y ni siquiera estaba de broma.

—¿Dónde habéis ido hoy por la noche? —preguntó Marco.

—A la serenata de Davide.

Se rió.

—Qué muermo.

—Eso dímelo otra vez en unos años, cuando seas tú el que se casa.

Marco se limitó a mirarme un rato.

—No creo que vaya a querer casarme jamás.

Le sonreí con cautela.

—Uno de nosotros tendrá que hacerlo, o le romperemos el corazón a nuestros padres.

—Pues vas a ser tú, seguro. —Exhaló—. Pero no te cases con un tío al que ni siquiera quieres solo para hacerles felices.

Desvié la mirada a James.

—Irónico, ¿no? —Me quemaron las palabras mientras las decía—. Por fin he encontrado a alguien que de verdad me gusta, y lo voy a perder sin más… En una semana, se habrá ido. Da igual con cuánta fuerza lo abrace ahora, que…

—¿Por qué no se lo dices? Ya tienes una pinta muy patética, así que ¿por qué no das un paso más, te arrodillas, y le pides que se quede?

Sonreí con amargura.

—Estaría muy bien, pero no tengo la confianza para hacer eso.

Marco se quedó boquiabierto.

—¿Que no tienes la confianza? ¿Quién eres, y qué has hecho con mi hermano?

—James se merece a alguien que lo haga feliz. No estoy seguro de poder hacer eso a largo plazo. Mis anteriores relaciones me han enseñado lo mal novio que soy.

Marco me miró como si no tuviera ni idea de sobre qué estaba hablando.

—Rob, entiendes por qué James es tan diferente de los demás, ¿verdad?

Le peiné despacio con los dedos sus rizos dorados.

—Desearía saber qué me está haciendo. Luca dijo que ya no me reconocía. Y yo tampoco me reconozco.

Hubo un momento de silencio a continuación, y luego Marco se puso de pie.

—¿Le vas a contar a mamá que he llegado a casa tan tarde?

Sonreí.

—Claro que no. Espero que te lo hayas pasado bien.

—Gracias —dijo, sin girarse para mirarme—. Te debo otra.

JAMES

—Me lo tienes que contar todo cuando vuelvas —dijo Mary mientras yo me preparaba para la boda.

—¡Claro! Te mandaré unas fotos, ¿vale? —dije, concentrado en peinarme; una causa perdida. El traje ajustado azul marino que mamá me había comprado me sentaba como un guante. Lo llevaba con una camisa blanca y una pajarita azul claro con puntos blancos. Tenía buen aspecto, pero…—. Mary, ¿parezco demasiado gay? —le pregunté a mi hermana pequeña, que se empezó a partir de risa.

—¿Qué me he perdido? —preguntó mamá, uniéndose a nosotros.

—James pregunta que si parece demasiado gay —dijo Mary, todavía riéndose tanto que se estaba sujetando el estómago. Cogí la almohada y se la tiré. Por traidora.

—Cariño, estás increíble —me dijo mamá. Al no verme muy convencido, añadió—. Rob y tú seréis la pareja más atractiva de la boda.

Sentí que se me hundía el estómago hasta el suelo.

—¿Rob? ¿Lo has visto? ¿Cómo he podido no preguntarle qué iba a llevar puesto? ¡Que trabaja para una puta marca de ropa de lujo!

—Lo verás enseguida. Te está esperando abajo —añadió mamá tranquilamente.

—¿¡Qué!? —Sentí que se me calentaba la cara—. ¿Por qué? Son las ocho. La ceremonia en la iglesia no empieza hasta las once, ¿no?

Mamá comenzó a colocarme la pajarita.

—Estás invitado a casa de Claudia antes de la ceremonia. Parece ser que va a haber un buffet.

—¿Otro? Me acabo de lavar los dientes. ¿Es que esta gente no para nunca de comer? —Mientras decía aquello, me di cuenta de que sonaba igual que Francesco.

Mamá me acarició la cara, y me miró a los ojos con intensidad.

—James, no hay por qué ponerse tan nervioso. Te veré luego en la iglesia, ¿vale? Tengo muchísima curiosidad por ver la ceremonia.

Respiré hondo.

—De acuerdo —dije. Bajé las escaleras al piso de abajo, donde estaba Rob hablando de deportes con papá. Llevaba un traje gris con una camisa azul claro y una corbata con patrón de diamantes un tono más oscura que el traje. En la muñeca lucía un Rolex, y le colgaban gafas de sol de Armani del bolsillo del pecho de la chaqueta. Por un momento me pregunté quién era aquel hombre. Desde el día en que lo conocí lo había visto vestido de forma simple, con camisas, pantalones cortos y zapatillas desgastadas. Verlo ahora era como despertar de un sueño. Era demasiado guapo para mí. Era carne de cañón para la pasarela. Pertenecía a un mundo brillante y glamuroso que yo jamás podría alcanzar. No logré decir ni una palabra mientras bajaba, pero cuando se giró, me sonrió como siempre y su mirada verde me ardió en el pecho.

Dijimos adiós a mis padres y salimos. Rob me explicó que íbamos a ir en otro coche en vez de ir con el resto de la familia, para poder irnos cuando quisiéramos. Cuando nos subimos al coche, seguía sin poder mirarle a la cara.

—James, no nos vamos a ir hasta que no me digas qué pasa —dijo con dulzura, apoyando la mano sobre mi muslo.

Lo miré, y sentí que me sonrojaba.

—¿Eso no es un traje de Armani? Estás increíble, y yo mientras…

Rob me ladeó la cabeza.

—Eres el chico más guapo que he visto en mi vida. Estoy orgullosísimo de que estés hoy a mi lado. —Posó la mano sobre su chaqueta, sobre su corazón—. Esto solo es ropa. Y sí, a veces me gusta comprarme cosas de marca, pero no me hacen sentirme mejor que nadie. Tú sí. Cuando me miras, siento que soy el cabrón con más suerte del mundo.

Me sentía tan feliz que podría llorar. En su lugar, le cogí las gafas de sol del bolsillo y me las puse.

—¿Qué tal me quedan? —le pregunté.

Por toda respuesta, Rob me atrajo hacia sí y me besó hasta dejarme sin aliento.

—Eres una amenaza —bromeó, y por fin arrancó el coche.

La casa de Claudia y Jenn, que ya había visitado muchas veces, parecía más grande que nunca. Rosas blancas decoraban el salón, todas las puertas y ventanas estaban abiertas, y bajo la luz natural de primera hora de la mañana los muebles, tradicionales y extremadamente bien cuidados, brillaban con fuerza. Saludé primero a los padres de la novia, como me había enseñado Rob, y nos unimos a la familia de Rob, que ya llevaba un rato allí. Giuseppe y Rosa fueron increíblemente amables conmigo, e hicieron lo que pudieron para explicarme quiénes eran el resto de personas en la habitación. Antes de darme cuenta, tenía un vaso de *prosecco* en la mano y estaba charlando con Rob, Marco y Francesco sin pudor.

—Parece que te estás divirtiendo —dijo por fin la voz de Jenn desde detrás de nosotros. Su pelo, habitualmente rizado, ahora estaba alisado; llevaba maquillaje, y estaba estupenda con su vestido negro.

—Guau —dije, tomándola de la mano para besarle los nudillos—. Cariño, estás impresionante.

Había un par de personas mirándonos y riéndose. Ella los fulminó con la mirada, y se giró hacia mí con una falsa sonrisa.

—¿Qué coño haces? Yo te mato en cuanto se acabe esta boda.

—No hace falta avergonzarse tanto —dijo Rob—. Hay unas cuantas chicas en esta habitación que matarían por estar en tus zapatos ahora mismo.

Jenn resopló.

—Pues yo mataría por tirar estos zapatos por la ventana ahora mismo.

Salimos todos fuera, y Claudia hizo su gran salida del hogar familiar con su padre. Parecía una princesa, o una muñeca de porcelana antigua. El vestido blanco, ceñido en la cintura con una falda abullonada, le marcaba la figura. Tenía el pelo ondulado y recogido sobre la cabeza en un intrincado moño, al que habían fijado el velo. Estaba preciosa. Mientras le lanzábamos arroz, me di cuenta de que mucha gente del pueblo que no iba a venir a la boda estaba allí de todas maneras, lanzando arroz o simplemente para admirarla. Hubo muchos besos en la mejilla, felicitaciones y lloros.

Y la boda ni siquiera había empezado todavía.

ROBERTO

A veces me alegraba de que James no hablase italiano. Cuando llegamos a la iglesia, fuimos a saludar a Davide, que ya estaba allí esperando con su familia y amigos. Cuando empezaron a llegar nuestros parientes, pude oírlos susurrar a nuestras espaldas. Algunos se preguntaban quién era James, algunos cotilleaban sobre mi ruptura con Luca, y algunos incluso opinaban que no deberíamos entrar en la iglesia.

—Fachas gilipollas —me dijo Francesco, con cuidado de que no nos oyera nadie—. Es gente como *ellos* a la que deberían prohibirle entrar a una iglesia —siguió.

—Que digan lo que quieran —dije—, mientras sus palabras no hieran a James.

—¿Que yo qué? —preguntó James de pronto.

—Le decía a Francesco que parece que te lo estás pasando bien —mentí. Me sentí terrible al respecto.

Algo brilló en los ojos de James.

—Esta iglesia es preciosa. Los frescos deben de ser, por lo menos, del siglo dieciocho. ¿Quién es el artista?

Parpadeé un par de veces y miré a mi alrededor. Nunca me había fijado siquiera en el arte que decoraba la iglesia.

—Pues buenísima pregunta, pero no tengo ni idea.

James abrió la boca de par en par.

—¿Cómo puedes no saberlo? ¡Creciste aquí!

—El artista no era nadie de renombre —dijo Francesco, viniendo a mi rescate—. Por aquel entonces, la gente creaba arte para ganarse la vida. La mayoría de iglesias y villas italianas antiguas están decoradas así, pero a menos que el artista fuera alguien famoso, la gente no se molestaba siquiera en firmar sus obras. Piénsalo de este modo: no le pides al pintor que te firme las paredes tras pintarlas.

James escuchó con atención a Francesco, y Dios, me parecía adorable. Cuando dos de mis tías se acercaron a decir hola y nos interrumpieron, tuve la tentación de decirles que se fueran a tomar por culo. Era obvio que solo estaban allí porque James les picaba la curiosidad. Él les ofreció una sonrisa preciosa que no se merecían y les estrechó la mano, y después de que se marcharan, las oí murmurar otra vez. Me tentaba muchísimo la idea de llevarme a James de allí. Quizá no hubiera sido buena idea invitarlo.

En cuanto pensé aquello, oí una voz conocida decirle a mis tías en nuestro dialecto:

—*La persona más estúpida siempre es la primera en abrir la boca*. ¿Por qué no vais a esperar a la novia y os calláis?

Me giré, y casi me dieron ganas de llorar. La abuela no se sentía bien y no podía venir a la boda, así que me había imaginado que él tampoco vendría y en su lugar se quedaría con ella.

—*Nonno!* —exclamé. Nunca me había alegrado tanto de verlo como en aquel momento. El abuelo se acercó a nosotros y me dio un abrazo. Luego se giró hacia James, que por algún motivo parecía increíblemente avergonzado, y lo saludó con un beso en cada mejilla.

—*Come stai, figlio*? —dijo el abuelo. Por un momento me pregunté si James necesitaba

que se lo tradujese, pero parecía haberlo entendido a la perfección.

—*Bene, grazie* —respondió James en voz baja, mirándome para comprobar que no había cometido ningún error. Le puse una mano en el hombro para asegurarle que lo había hecho genial, y asentí. Entonces el abuelo se acercó a Francesco, y sentí que el hombro de James se relajaba bajo mis dedos—. ¿Me ha llamado "hijo"? —me preguntó.

—Sí, lo ha hecho —confirmé. De pronto la expresión de James se oscureció—. ¿Estás bien? —le pregunté.

—Claro —dijo, con una sonrisa que no le llegó a los ojos. Estaba a punto de pedirle una explicación cuando fuimos interrumpidos por el ruido de la gente tomando asiento en la iglesia.

La novia acababa de llegar.

JAMES

Me había llamado “hijo”. El afecto que me mostraba el abuelo de Rob era pasmoso. Ni siquiera me conocía muy bien, pero parecía quererme por el simple hecho de que estaba con su nieto; y aquello me hacía sentirme incómodo. No podía considerarme *realmente* el novio de Roberto. Nuestra relación no era lo que el abuelo, o el resto de la iglesia, parecía pensar.

¿Cómo podía describir nuestra relación? ¿Un romance de verano? ¿Un rollo? Amaba a aquel hombre, pero sabía que nunca sería mío. Y en unos pocos días todo aquello se convertiría en un simple recuerdo. Durante la ceremonia, mi mente continuó regresando a la pregunta que me había llenado de ansiedad durante los últimos días: *¿por qué me había llevado Roberto allí?*

La verdad era que temía descubrir la respuesta.

Intenté concentrarme en la ceremonia, pero ser incapaz de entender una sola palabra me impedía disfrutar de ella.

—Oye —dijo en voz baja Francesco—, voy a salir un rato. ¿Vienes conmigo?

Miré por instinto a Roberto, que me sonrió y dijo:

—Vete si quieres. Iría yo también, pero será mejor que no nos larguemos de la ceremonia todos juntos.

Probablemente debería haberme quedado con Rob, pero mis pensamientos me estaban produciendo demasiada ansiedad y necesitaba distraerme. Asentí y salí de la iglesia con Francesco. Sentada en uno de los bancos al final del pasillo vi a mamá, que me saludó con la mano antes de volver a prestar atención a la ceremonia. Me alegraba que pareciera estar pasándoselo bien.

Una vez fuera, Fra soltó un suspiro de alivio.

—Perdona —me dijo—. No me gusta ir a la iglesia en general, y las ceremonias de bodas son aún más largas y aburridas de lo normal.

—No te preocupes —dije—. Para serte sincero, yo me aburría también.

—¿Es eso lo que te pasa de verdad? —me preguntó—. Parecías muy tenso.

¿Tan fácil era leerme?

Miré a Francesco, algo dubitativo. Por fin encontré el valor para preguntarle:

—Cuando vino Luca, me dijiste que sabías cómo me sentía. ¿Por qué?

Francesco se acercó a un banco cercano, y me senté a su lado.

—Cuando tenía más o menos tu edad, conocí a un chico… Se llama Éric. Es francés, pero como ha vivido en Londres muchos años, todo el mundo le llama Eric. Vino a Milán por un programa de estudios de corta duración en mi universidad. Se suponía que no íbamos a tener nada serio, pero… Me enamoré de él a una velocidad ridícula, la verdad. Me sentía como si él fuera lo que le había faltado a mi vida para estar completa. No me importaba no conocerle mucho… De alguna manera, le entendía, y él a mí. ¿Te suena de algo?

Sentí que me sonrojaba, y me limité a asentir.

—Tras solo dos meses, lo dejé todo y me fui a Londres para vivir con él. El tiempo que pasamos juntos fue un sueño hecho realidad…, pero las cosas no funcionaron entre nosotros. —La mirada de Francesco se oscureció muchísimo mientras apretaba los labios en una fina línea—.

Supongo que éramos de mundos diferentes.

Sentía un doloroso nudo en el estómago.

—Yo también puedo identificarme con eso —murmuré.

Me tocó el hombro.

—¿Sabes? Cuando Eric me dejó, pensé que sin él me moriría. Pero aquí estoy. Las rupturas duelen. A veces duelen tantísimo que crees que no vas a sobrevivir, pero al final, lo haces. Mentiría si te dijera que volverás a ser el de antes, porque no es así. Lo que has vivido aquí te cambiará, te hará crecer. Quizá también cambie la forma en que vivirás tu siguiente relación. Pero no dejes que el miedo arruine lo que sientes ahora mismo. Rob no es para nada como Eric; jamás te haría daño conscientemente.

Me encontré sonriéndole al suelo.

—Eso ya lo sé. Es solo… Me pregunto si sufriré así para siempre. En mi corazón no siento que vaya a superarlo jamás. ¿Pero lo haré? —Por fin encontré el valor para mirarlo directamente. Me lloraban los ojos, pero no me importó. Necesitaba saberlo—. ¿Lo lograste? ¿Acabaste por superar lo de Eric?

Por un momento, la expresión impasiva y compuesta de Francesco se resquebrajó. Mientras apartaba la mirada, obtuve mi respuesta.

—Tú no eres yo, James.

ROBERTO

No sabía qué le había dicho Francesco a James, pero cuando volvieron a sus asientos antes de que terminase la ceremonia, James parecía volver a ser el de siempre. Fuera de la iglesia, le tiramos arroz a los novios, y nos sacamos fotos juntos. Parecía feliz estando a mi lado, y todo parecía ir bien en el mundo.

Claudia y Davide nos dejaron para ir a sacarse las fotos de la boda con el fotógrafo, y nos dirigimos al lugar en el que iba a ser la fiesta con los demás invitados. Era evidente que mis tíos no habían escatimado en gastos para la boda de su hija. El sitio era un restaurante caro en el campo. Habían preparado un buffet en el parque para que tomásemos un *aperitivo* mientras llegaban los recién casados y nos sentábamos todos en el restaurante. James juró que no comería nada, pero pronto lo tentaron los aperitivos de gambas y las copas de *prosecco*.

—¿Qué? —me preguntó. Solo entonces me di cuenta de que lo había estado mirando fijamente.

—Me parece recordar que, según me contó *alguien*, la edad legal para beber en Estados Unidos son los veintiuno —dije, con una sonrisa pícara.

Tomó otra copa, y me ofreció la suya.

—¿Me encubrirás? —preguntó, con una caída de pestañas.

Cogí la copa, por supuesto, y luego susurré:

—Pues sí que eres una verdadera amenaza.

Marco por fin se unió a nosotros, diciendo:

—He visto la mesa, estamos sentados súper cerca de ellos. Nos toca la mesa de los primos. A Francesco también.

—¿Y Jenn? —preguntó James. Me sorprendió para bien que hubiera entendido lo que había dicho Marco. Quizá tuviera un don para los idiomas.

—Jenn está en la mesa de la familia, con sus padres y la familia de Davide —expliqué —. No te preocupes, que están muy cerca de nosotros. —Tuve que contenerme para no borrarle a James el puchero a besos.

A la mesa, presenté a James a los primos a los que aún no había conocido. Todavía podía ver a gente en otras mesas mirándonos y cotilleando, lo cual me tocaba los cojones. Por suerte, James no parecía darse cuenta. Cuando levantó sus preciosos ojos azules para mirarme, e hizo un comentario sobre cómo el menú del día parecía infinito, no pude evitar llevar la mano a su rostro para acariciarlo suavemente. No me esperaba que la mesa se quedase en silencio tan rápido. James apartó la mirada, y me apartó la mano.

Mierda.

Francesco continuó hablando con nuestros primos de inmediato, y todo volvió a la normalidad, pero James no me miraba a los ojos.

—¿Por qué has hecho eso? —me susurró.

—Lo siento, no quería dejarte en evidencia —dije.

James sacudió la cabeza.

—No, Rob, quiero decir… ¿Por qué?

Abrí la boca y volví a cerrarla, incapaz de decir nada. No sabía qué quería decir. Me sentía agitado y confuso, y no tenía ni idea de por qué.

Aparté la vista, y miré a mi hermano a los ojos. Su cara parecía estarme gritando, *¿¡en serio!?*

Marco suspiró con pesadez, y se levantó un rato de la mesa.

El almuerzo, que se estaba convirtiendo lentamente en la cena, continuó sin más sobresaltos. James y yo hablamos con los demás con normalidad, pero no nos tocamos el uno al otro en absoluto. Parecía estarme evitando. Entre los dos segundos platos de pescado, tras los bailes lentos y el vídeo sorpresa, la banda que estaba tocando preguntó si alguien quería cantar. Dos personas se subieron al escenario para dedicarle una canción o a su pareja o a los novios, y después la cantante me pidió a mí que me subiese al escenario.

Hablaba como si yo me hubiera ofrecido voluntario para cantar, algo que era evidente que no había hecho. Estaba a punto de explicar que debía de haber algún malentendido cuando Jenn y Marco comenzaron a animarme, seguidos por los demás primos. Miré a mi hermano, y a juzgar por la mirada irritada que me lanzó, había sido él quien me había nombrado voluntario cuando desapareció de la mesa hacía un rato. Cuando incluso Claudia me miró con expectación, me di cuenta de que realmente no tenía elección.

Me subí al escenario y le pregunté a la cantante:

—Esto…, ¿qué se supone que voy a cantar, perdón?

Me enseñó la pantalla de su ordenador, donde aparecía la letra, y tuve la tentación de estrangular públicamente a Marco. Mi hermano no podía haber elegido una canción más empalagosa para cantar delante de toda la familia. Me aclaré la garganta, y mis ojos se toparon con James. Se notaba que tenía ganas de oírme cantar.

A tomar por culo todo. Si con ello hago feliz a James, pienso clavar hasta la última nota de esta canción.

La canción comenzó, y canté el primer verso mirando a James a los ojos. Por un momento deseé que la letra estuviera en inglés. Era un romántico, y le habría encantado. Me hice una nota mental para traducírsela más tarde, pero en aquel momento, esperaba que bastase con mi voz.

Mientras cantaba una de las canciones más románticas de mi época de adolescente, dedicada a un amor repentino, poderoso e imparable, me encontré sonriendo. A James le brillaban los ojos, y no me podía creer lo hermoso que era. ¿Qué me estaba haciendo? ¿Con qué magia me estaba atrapando para que me sintiese tan perdido, y luego me encontrara a mí mismo en sus ojos? ¿Y qué le estaba haciendo yo a él? Antes había parecido tan perdido como yo. Quizá yo también lo confundía. Por ser tan dependiente, por mi miedo a perderle…, o por mi miedo de ponerle nombre a lo que sentía por él.

Te quiero, decía la canción en italiano. Y luego lo repetía, y lo decía otra vez, y otra, y otra. Me reí. Qué fácil. ¿Por qué me había llevado tanto tiempo? ¿De qué estaba huyendo? Me picaban los ojos, y me ardía el pecho. Dejé salir todos mis sentimientos, gritándolos en el estribillo.

Me pregunté si James entendía que estaba, básicamente, gritando mi amor por él delante de doscientas personas. Sabía que sentía algo; lo veía en su cara. Esperaba que pudiera oír cómo gritaba mi corazón por encima de todo el ruido, incluso si era… Incluso si era así de torpe. Al igual que el título de la canción, *Imbrunato*. Perfecta para mí. Perfecta para nosotros.

La sala estaba completamente en silencio. Me sumergí en la canción, sin importarme nada más en el mundo. Le quería. Le quería de una forma torpe, ridícula, pero era amor sin lugar

a dudas; un sentimiento que había perseguido tanto tiempo que casi había perdido la esperanza. Tenía perfecto sentido que fuera James quien me lo había regalado.

Deseé que el momento pudiera durar para siempre, pero se me acababa el tiempo. Cuando acabó el último estribillo, la música continuó, y supe que tenía que hacer algo antes de que terminase. Dejé caer el micrófono al suelo, y corrí hacia James. Se levantó. Le brillaban los ojos y tenía los labios entreabiertos, y supe que tenía que besarle; pero no allí, no así, no delante de todo el mundo. Así que le agarré de la muñeca y corrí fuera con él. Alguien silbó y aplaudió, pero no nos dimos la vuelta. Atravesamos corriendo el parque, más allá de las fuentes, hasta la verja que separaba la propiedad de las colinas que la rodeaban.

Empujé a James contra la valla, y aplasté su boca con la mía. Por fin, por fin, por fin. Contenerme me estaba matando.

JAMES

No dejes que el miedo arruine lo que sientes ahora mismo.

Había decidido disfrutar el día al máximo tras hablar con Francesco. Tenía razón; tenía que vivir el momento. La tristeza ya me vendría después…, pero hoy no.

Al menos hasta que Rob me tocó la cara, y me miró como si… Como si estuviera enamorado de mí.

¿Por qué?, le pregunté. Lo que no podía decir, porque temía su respuesta, era: *¿Por qué me miras así?*

Temía oírle decir que me quería.

Había pensado, unas cuantas veces, que quizá sintiera por mí lo mismo que yo por él. Pero entonces una vocecita horrible y cruel en mi interior me recordaba que no me merecía el amor de nadie, y menos el de Roberto. De una forma retorcida, aquel pensamiento me reconfortaba. Me hacía sentir cómodo; me hacía sentirme feliz, afortunado y agradecido por lo que tenía. Así no terminaría queriendo cosas que no podía tener. Un amor no correspondido facilitaba la despedida.

No te dejes llevar. Ya has tenido suficiente suerte. No te pases pidiendo.

Aquellos pensamientos me pasaban sin piedad por la mente mientras Roberto me besaba. El contraste entre mis miedos y mis sueños más secretos era sobrecogedor; me hacía querer llorar y suplicarle que estuviera conmigo para siempre. El beso no se parecía a ningún otro que nos hubiéramos dado hasta aquel momento. Sabía a necesidad y desesperación, y yo me rendí a él, dejando que se llevase mi alma.

—James. —Roberto susurró mi nombre casi como si fuera un conjuro. Cayó de rodillas, y se estaba riendo, y yo sabía la emoción que veía en sus ojos: felicidad. Nunca había visto así a Rob; abierto, con la guardia baja…, vulnerable. Me hacía sentirme extraño. Me di cuenta de que me temblaban las manos.

Le envolví el cuello con los brazos y lo atraje hacia mi pecho. Enterré el rostro en su pelo, cerré los ojos, e inhalé su aroma.

—James —repitió, y yo sabía lo que venía a continuación, así que lo estreché entre mis brazos.

—No digas nada —murmuré, incapaz de parar las lágrimas—. Por favor…

A regañadientes, se soltó de mi abrazo y me acarició la cara, secándome las lágrimas.

—De acuerdo —susurró—. ¿Qué prefieres que haga?

Pensé que debería pedirle que volviéramos dentro. Pero en su lugar dije:

—Llévame a la cama.

ROBERTO

No tenía ni idea de qué tenía James en mente. Pero no entender nunca lo que estaba pensando era una de las cosas que más me gustaban de James. Parecía tenso mientras yo conducía hasta casa, pero en cuanto cerré la puerta tras nosotros se lanzó a mis brazos, besándome como si fuera todo lo que le hacía falta para vivir. O quizá ese era mi caso; ya no estaba seguro. Había algo en la idea de tener a James en mi cama que me volvía loco en el mejor de los sentidos. Me di cuenta de que había querido tenerlo ahí desde hacía mucho más tiempo del que me había permitido comprender.

Esto es perfecto, pensé mientras él me atraía hacia sí, arrastrándome para ponerme encima de él sobre el colchón. Le besé los labios rojos, la mandíbula, y me detuve solo cuando llegué a su cuello para morderle la piel suave, sintiendo cómo le rugía el pulso contra mi lengua.

James me tiró del pelo mientras susurraba:

—Quiero más.

—Lo sé —dije, succionándole con fuerza el cuello.

Se le escapó un largo gemido de los labios antes de decir:

—No… Rob. Escucha.

Me alcé sobre los codos y me acerqué para mirarlo a los ojos. James tenía el rostro sonrojado, y los ojos nublados.

—Por mucho que me gusten las mamadas y todo eso… Quiero llegar hasta el final contigo.

Dios. Había tenido la esperanza de oírle decir aquello antes o después. Pero…

—¿Estás seguro? —pregunté.

—No es mi primera vez, eh —dijo, desviando la mirada.

—Lo sé, pero… —No sabía cómo mencionar su pasado sin remover recuerdos dolorosos —. Alguna vez siquiera…

—No quiero hablar de ello. Ya sé que será diferente. No pasa nada.

Suspiré.

—"Diferente" no tiene por qué significar "mejor". Deberíamos hablar primero.

A modo de respuesta, James me envolvió el cuello con los brazos y me atrajo hacia sí para darme un cálido beso.

—Por supuesto que será mejor —me susurró—. Esta vez será contigo.

Me descubrí sonriéndole, más que halagado.

—Me estás poniendo bastante presión, ¿eh? Ya me siento como si esta fuera a ser *mi* primera vez.

Abrió mucho los ojos, como si no se hubiera esperado oír nada de eso.

—¿Por qué? —preguntó, y parecía genuinamente intrigado.

—Porque esta vez es contigo —dije, confesando mis pensamientos más íntimos.

James tragó saliva y recorrió con las manos mi pecho, parando sobre mi corazón.

—Nunca lo disfruté mucho, la verdad. Pero tampoco lo deseé nunca tanto.

—Vale —susurré—. De verdad quiero que lo disfrutes esta vez, así que por favor, sé

sincero conmigo. Si te duele, o si te sientes incómodo o acabas recordando algo malo, dímelo. Podemos parar en cualquier momento. ¿Me lo prometes?

Asintió en silencio.

—Lo prometo —dijo con una sonrisa tímida—. ¿Sin presión?

Me reí entre dientes, y lo besé en los labios.

—Sin presión.

JAMES

Había soñado con sentirme así un millón de veces, pero la realidad siempre había sido dolorosamente diferente para mí.

Mis experiencias anteriores habían sido frías e impersonales, y me habían dejado por lo general disgustado y vagamente insatisfecho, cuando acababan bien. Cuando no acababan bien, me había sentido tan asqueado que me pasaba días sin poder mirarme al espejo.

Todo aquello parecía ahora tan lejano.

Mi mente estaba algo embotada y nublada, pero el corazón me galopaba en el pecho, y cada sensación que tenía la fortuna de notar era más fuerte que cualquier otra cosa que hubiera sentido jamás. Se me enrojeció el rostro, me ardió la piel allá donde me tocaba Rob, y el aire que inhalaba parecía helarse la garganta. Pero aun cuando tenía la guardia baja, y estaba vulnerable y expuesto, no tenía miedo. Sabía que no tenía nada que temer en brazos de Rob. Estaba a salvo; estaba en el lugar más seguro del mundo.

Cuando entró dentro de mí, despacio, por fin me sentí pleno. Rob me completaba, me robaba el aliento, compartía conmigo sus latidos.

Tomé, tomé, y tomé todo lo que estaba dispuesto a darme de la forma más egoísta.

No sabía que el amor podía doler de una forma tan maravillosa.

ROBERTO

Nunca había soñado poder sentirme así. La realidad jamás había sido ni la mitad de intensa que lo que yo estaba experimentando en aquel momento con James.

Había creído saber todo lo que había que saber sobre el sexo, pero nunca me había dado cuenta de lo íntimo y privado que podía ser. James me lo estaba dando todo; literalmente todo lo que tenía.

Su cuerpo me pertenecía, atrapado con firmeza bajo el mío, cerrándose en torno a mí con cada embestida, respondiendo a cada uno de mis movimientos. Su mente también era mía. Dijo mi nombre una y otra vez, mientras yo disolvía a besos lentamente cualquier pensamiento coherente.

Me sentí sobrepasado por el deseo de darle todo lo que estaba descubriendo, y que él jamás había experimentado. Así que le entregué mi corazón, mis sentimientos, mi vida, por primera vez, de la forma más abnegada que supe.

No sabía que el amor pudiera sentirse así de bien.

◆ ◆ ◆

Debo estar medio dormido. Puedo oír cómo late tu corazón, y puedo sentir tu aliento sobre mi piel. Te abrazo un poquito más fuerte, y tú te acurrucas somnoliento contra mi cuello. Y casi es tan bueno como el sexo.

Te quiero.

No sé por qué no quisiste oírlo antes, pero te lo diré mañana.

◆ ◆ ◆

Me desperté a la una de la tarde, solo. Agarré mi teléfono y encontré un mensaje de mamá de anoche, que me había escrito, *Nos quedamos con tu tía María esta noche. Te olvidaste de dejar tu regalo, pero ya me he ocupado de ello.*

Cerré el chat sin contestar, y empecé a buscar a James. No estaba en ninguna parte. Estaba a punto de llamarle cuando vi una notita sobre la mesilla.

Lo siento, decía. Y ya. Tragué aire, más que confuso. ¿Sentir el qué? James era impredecible, y demasiado duro consigo mismo. No quería que pensase que habia hecho nada mal. Tenía que hablar con él.

No respondía a mis llamadas, así que salí y fui derecho a su casa sin ducharme siquiera. Llamé a la puerta, pero nadie abrió. Me dije que Claire y Richard debían seguir en la playa. Pero ¿por qué iban a haber salido los dos a la vez, cuando Mary todavía no podía caminar por sí misma? Quizá la habían llevado con ellos a la playa, de alguna forma. Si fuera ese el caso, James debería estar solo en casa. Quizá estuviera dormido. O quizá no estuviera en casa, después de todo. La incertidumbre me estaba destrozando los nervios.

Volví a llamar. Nada.

Me dije que no debía entrar en pánico, pero… No era propio de él marcharse sin mediar

palabra, y aquella nota *tenía* que significar algo. Solo necesitaba confirmar que las cosas entre nosotros estaban bien. Antes de irme intenté llamarle otra vez, y por un momento oí sin lugar a dudas la primera nota o dos de su tono de llamada al otro lado de la puerta. Así que *estaba* allí. Y había rechazado la llamada.

¿Por qué, por qué, por qué?

—¿James? —le llamé—. Estás ahí, ¿no? —Toqué la puerta y apoyé la frente contra ella —. James, habla conmigo. ¿Estás asustado? ¿Es eso? ¿O es que he hecho algo que no debería?

Una mano se deslizó sobre la madera al otro lado de la puerta. Estaba ahí, tan cerca de mí. A solo unos centímetros.

—Abre la puerta, por favor —dije—. ¿Qué quiere decir esa nota? Yo… ¿Te he hecho daño? Si es así, no pretendía hacerlo, James. Sea lo que sea lo que he hecho para enfadarte, no fue a propósito. Por favor, al menos dime qué pasa. Dame una oportunidad.

En el doloroso silencio que siguió, oí un sollozo ahogado. ¿Estaba llorando? No podía soportar la idea de que James llorase tan cerca de mí sin poder hacer nada.

Respiré hondo y dije:

—James, si no abres esta puerta ahora mismo, voy a romper la ventana del salón para entrar. —Todavía nada. Exhalé, y añadí—. No quiero que te cortes con el cristal, así que asegúrate de alejarte lo suficiente. —Cogí una piedra del suelo, y apunté en dirección a la ventana.

—Roberto, ¿qué diablos crees que estás haciendo? —dijo la voz de Claire, mientras abría la misma ventana que yo había estado a punto de reventar.

—¡Claire! —exclamé, no sin sorpresa. No pensaba que hubiera nadie en casa. Estaba a punto de preguntar sobre James cuando me interrumpió antes de que pudiera decir nada.

—Si buscas a James, no está en casa. Ha ido a hacer un recado con Richard.

Se le daba tan mal mentir como a James.

—No me coge el teléfono —dije, mirando la puerta de una forma que claramente significaba, *sé que está ahí, así que no me cuentes mierdas.*

—Se ha olvidado de llevarse el teléfono —replicó Claire con sequedad. Luego se aclaró la garganta—. Me aseguraré de decirle que le estabas buscando.

Perdí todas mis fuerzas. Dejé caer al suelo la roca y volví a casa. Me arrastré escaleras arriba, y me senté en mi cama. Toqué las sábanas, recordando cómo hacía solo unas horas James había estado ahí, en mis brazos.

Miré su nota: *Lo siento.*

Recordé cómo me había hecho el amor la noche anterior, abiertamente, desesperado, como si cada beso fuera el último; y me di cuenta de que nuestra primera vez también se había parecido mucho a una última vez,

Unas palabras que había intenado olvidar regresaron a mí y me golpearon con fuerza, justo en el corazón.

Ojalá un día tu *James te haga lo que me has hecho hoy a mí. Porque te lo mereces.*

JAMES

Por favor, vete. No hagas esto todavía más difícil.

Intenté mantenerme en silencio, intenté ahogar mis lágrimas, intenté contener la respiración, pero Roberto ya sabía que estaba ahí.

Cuando me pidió que abriera la puerta, me sentí tan tentado de hacerlo. Podía abrir la puerta, caer en sus brazos, y dejarle que me llevase al cielo una y otra vez durante los siguientes tres días.

¿Y luego?

En cuatro días estaría de regreso a casa. Al lugar en el que la gente me llamaba puto y se reía a mis espaldas. En el que no tenía amigos, y en el que mis abuelos y mis parientes sentían repugnancia hacia mí.

Estas vacaciones habían sido un sueño. Un maravilloso sueño en el que desearía poder seguir viviendo para siempre. Un sueño que estaba a punto de acabar, sin importar cuánto intentase no pensar en ello.

—*Llévame a la cama*. —Desde que musité aquello la noche anterior, había sabido que sería la primera y la última vez que tendría a Rob dentro de mí. Había decidido egoístamente que quería aquel último recuerdo suyo, pero ahora que lo había sentido en mi interior, en mi cuerpo y en mi alma, la idea de perderlo me estaba destrozando.

Quería huir muy lejos, a algún lugar en el que el amor no pudiera alcanzarme.

—James, si no abres esta puerta ahora mismo, voy a romper la ventana del salón para entrar.

Alcé los ojos llorosos de detrás de mis rodillas, y de inmediato me cubrí la boca con las manos para evitar que se me escapasen más sollozos. Pensé que quería que se marchase, y aun así sus palabras me hicieron feliz hasta lo indecible.

—James, ¿¡qué está pasando!? —La voz en shock de mamá me devolvió a la realidad. Corrió escaleras abajo, acercándose a mí y tocándome con amor la cara. Parecía confusa, y quizá enfadada.

—No quiero que te cortes con el cristal, así que asegúrate de alejarte lo suficiente —dijo Roberto justo al otro lado de la puerta.

—Pero qué… —Mamá miró fuera y luego a mí de nuevo a la velocidad de la luz—. ¿Quieres que le diga que se vaya?

No.

Me mordí el dorso de la mano mientras me caían más lágrimas por las mejillas, y me brotaban más espasmos en el pecho. Me obligué a asentir, diciendo que sí.

Cerré los ojos, mordiendo con fuerza mi propia carne, escuchando cómo mi madre ahuyentaba al amor de mi vida *porque yo se lo había pedido*.

—Se ha marchado —dijo mamá, arrodillándose a mi lado—. James, me tienes que decir qué está pasando.

Se me escapó una carcajada espantosa y repulsiva.

—Se acabó, mamá.

Me acarició suavemente la espalda, y sentí cómo sus ojos se fijaban en mi mano, donde las marcas rojas de mis dientes parecían latir de dolor.

—Antes de que me preguntes —continué—, no me ha hecho nada malo. Estoy evitándole.

—¿Pero por qué? —preguntó—. Parecías tan feliz con él hasta ayer…

Abrí los brazos.

—Mírame —suspiré—. ¿Debería pedirle a *ese hombre* que se meta en una relación a distancia *conmigo*?

Mamá me dio un abrazo, acariciándome despacio la cabeza. De alguna manera, me esperaba que hiciera lo típico de decirme que tenía que creer más en mí mismo, que tenía que trabajar en mi autoestima, y bla, bla, bla. En su lugar, dijo:

—No pasa nada, James. No pasa nada por no estar preparado.

Me quedé boquiabierto. Me di cuenta de que llevaba mucho tiempo necesitando oír aquellas palabras.

ROBERTO

—Hoy he preparado *insalata di riso* —dijo alegremente mamá mientras nos sentábamos todos a la mesa—. También quería hacer un poco de *polpette*, pero es imposible encender el horno con tanto calor. —Podía sentir sus ojos, clavados en mí—. ¿Habéis visto ese humo negro que subía de la montaña? ¡Otro incendio! Apuesto a que ha sido otro delincuente.

—Como siempre, *mamma* —dijo Marco.

La habitación quedó en silencio de nuevo. Miré mi plato y solo pude preguntarme si James había probado alguna vez la *insalata di riso,* y si le gustaba. No lo había visto desde la boda. Fingía no estar nunca en casa, no iba a la playa, y nunca me respondía a las llamadas o a los mensajes. Dos días más, y se iría para siempre.

Lo siento.

Nunca había pensado que aquellas dos palabras pudieran convertirse en semejante maldición. Pero me atormentaban, de noche y de día. Y cuando me despertaron una noche, por fin comprendí su único significado posible:

Lo siento, pero me pides demasiado.

La historia se repetía. Sólo que aquella vez no me había aburrido, a diferencia de lo que predijo Francesco al principio. Esta vez, la única vez que me había enamorado, era James el que no me correspondía.

—Bueno —continuó mamá—, en la boda oí al tío Antonio decir que en su opinión el menú de diez platos era “ridículo”, ¡y que al final de la fiesta seguía teniendo hambre! Pero en serio, tras el buffet, los aperitivos, dos primeros, dos segundos, el buffet de postres, la macedonia y la tarta nupcial, ¿qué más se suponía que debían sacar esos pobres chicos? Espero que no les diera menos dinero por eso.

Marco soltó una risita.

—Es en serio —dijo mamá—. ¡Hay gente que decide cuánto van a meter en el sobre tras comer! ¡Es de muy mal gusto!

—Bueno —dijo papá—, en nuestra boda nos aseguramos de poner un plato de *pasta e fagioli* para todo el mundo tras la fiesta. Pero no voy a juzgar a nadie, que los tiempos han cambiado.

Me descubrí a mí mismo sonriendo, y pensando en cómo James había dicho que ya estaba lleno tras los aperitivos. Se me cayó la sonrisa cuando me di el golpe de realidad. James me había dejado. James no sentía lo mismo por mí.

Con frecuencia había pensado que James ya tenía suficientes problemas, y mis sentimientos solo iban a ser una carga más. Ahora estaba claro que ese era el caso.

En los últimos dos días había pensado en hacer mierdas muy locas, como espiarlo desde la ventana de nuestro baño o seguirlo para intentar quedarme con él a solas. Pero me contenía. No era un acosador.

Me había enamorado de él, y mis sentimientos lo habían espantado. Pero yo había estado loco por él todo el tiempo.

—Rob, no estás comiendo nada —dijo mamá, haciéndome levantar los ojos hacia ella—.

No puedo verte así, cielo. —Hubo un momento de silencio—. ¿Quieres que lo hable con su mamá?

Me habría reído de no saber que lo decía en serio.

—Mamá, no estoy en Primaria, gracias. —Exhalé con fuerza—. Creo que volveré antes a Milán.

—¿Qué? ¿¡Cuándo!? —se apresuró a preguntar Marco, tirándome del brazo.

—Mañana —respondí, incapaz de llenar el vacío que sentía en el estómago. *Porque así no tendré que ver cómo se marcha.*

—No puedes irte mañana —dijo mamá tímidamente—, que ni siquiera he preparado las cosas que quiero que te lleves contigo.

—No pasa nada, ma —dije—. Recuerda que me voy a quedar un tiempo con Fra. No le quiero llenar la nevera de queso y salami nada más llegar.

Antes de que pudieran decir nada más, les di las buenas noches y salí del comedor.

JAMES

Alguien subió corriendo las escaleras. Por un momento pensé que podría ser Rob, pero pronto me di cuenta de que no era él. Conocía demasiado bien sus pasos. Estos eran de…

—Jenn, ¿todo bien? —pregunté cuando abrió de par en par la puerta de mi habitación.

—¡No, nada va bien! —gritó, y se lanzó sobre mi cama a mi lado, enterrando el rostro en la almohada.

—¿Te has peleado con tu madre? —pregunté, pasándole una mano por el pelo.

—No, James… Tenía la esperanza… Esperaba de verdad que lo arreglaseis.

Se me quedó la mano helada en el sitio.

—Ya te dije por qué hago esto. ¿Crees que es fácil para mí?

—¡Lo sé! —Se levantó y comenzó a caminar en círculos ante de mi cama, con nerviosismo —. Rob me dijo que no te lo contara. Pero Marco dijo que deberías saberlo, y esta vez estoy de acuerdo con él.

—¿De qué hablas?

—Rob se vuelve a Milán. Francesco y él se marchan mañana por la mañana.

La miré, inexpresivo. Rob regresaba a Milán. Sin mediar palabra. Pero claro… Aquello no era tan distinto de lo que pensaba hacer yo. De pronto me costó respirar. Quería llorar, pero debía de haberme quedado sin lágrimas en los últimos dos días, porque me picaban y ardían los ojos todo el rato pero no me brotaba ni una lágrima.

—James. —Jenn me tocó la mano con delicadeza. Sus profundos ojos color chocolate me miraban con desesperación—. ¿De verdad esto está bien? —preguntó—. Sé cómo te sientes, pero ¿de verdad quieres que se vaya sin decirle que le quieres?

—¿Para qué? —Se me quebró la voz—. No cambiaría nada, ¿sabes? Aunque le dijera que le quiero… No puedo hacerle feliz.

—Cree que sus sentimientos por ti no son correspondidos. Marco me ha dicho que estos dos últimos días ha estado hecho un desastre. ¿Crees que está feliz ahora? ¿Crees que puede ser feliz después de que le dejen así?

Me sujeté la cabeza con las manos y me mordí el labio.

—Es mejor si se olvida de mí y punto, Jenn. Quizá Luca y él puedan volver juntos…

—¡No quiere a Luca, te quiere a *ti*! ¡Está enamorado de *ti*!

Era tan injusto que oír aquellas palabras todavía me hiciera feliz. Alcancé mi teléfono y me limité a mirarlo. Traté de desbloquearlo dos veces, pero me sudaban tanto las manos que no reconocía mi huella. Antes de darme cuenta, cayeron lágrimas sobre la pantalla.

—¿James? —Jenn me acarició el hombro—. ¿Le vas a llamar?

Habría contestado, pero centré toda mi energía en controlar mi respiración. Por fin logré desbloquear la pantalla con mi código PIN, y bajé en mi lista de contascos.

—Qué tal, corazón. —Francesco me contestó al primer tono—. Iba a llamarte, pero parece que te me has adelantado.

—¿¡Por qué está enamorado de mí!? —le chillé al teléfono.

Hubo un momento de silencio.

—Dame un momento. —Francesco dijo algo en italiano, y oí que se iba a otra habitación —. Perdona. ¿No te parece que deberías preguntárselo a *él*?

—No puedo hacer eso, Fra. Soy literalmente la peor persona del mundo de la que enamorarse. Se dará cuenta antes o después, y se alegrará de no haberse implicado conmigo más allá de esto.

—Quizá tengas razón. —La voz de Fra, al otro lado del teléfono, sonaba cansada o… ¿triste?—. Sabes lo que dicen, ¿no?, sobre que a veces algunas cosas no están destinadas a pasar. Yo también te dije un par de cosas de ese estilo.

Me sequé los ojos con el dorso de la mano, y murmuré un "sí".

—Pero en ocasiones me pregunto si culpar siempre al destino no es más que una excusa. Quizá decimos "fue el destino" porque nos da miedo admitir que nos rendimos. A veces tienes suerte, y cambias de idea. A veces, incluso si cambias de idea, llegas demasiado tarde. Si me has llamado porque quieres saber qué es lo correcto, James, la respuesta es que no lo sé. Pero si te sirve de algo mi propia experiencia, entonces mi consejo es que no te quedes con arrepentimientos, porque esos no te dejarán en paz nunca. No tras haber amado de esta forma.

Inspiré hondo y cerré los ojos, relajándome un poco por fin. Jenn me tocó el hombro, y cuando cruzamos miradas supe que había entendido de inmediato que yo había tomado una decisión.

—Gracias, Fra —le dije.

—No me agradezcas nada, corazón. Soy yo el que debería darte las gracias. Nunca había visto a mi primo tan feliz, antes de ti. Eres especial, James. Has sido una bendición para todos nosotros.

Me quedé boquiabierto, y se me calentaron de golpe las mejillas.

—Mañana por la mañana me pasaré para decir adiós —dijo Fra—. Te llevaré el desayuno.

—No tienes por qué…

—Créeme que sí.

—Mañana por la mañana —me obligué a decir—, ¿podría pedirte que me hicieras un último favor?

ROBERTO

Mientras hacía la maleta, me pasé veinte minutos observando la lata de cerveza vacía de mi estantería. Rindiéndome a la furia, por fin la cogí y la tiré a la basura. Satisfecho con mi nueva resolución, metí distraído algo de ropa en la maleta, y luego terminé mirando la papelera hasta que puse de nuevo la lata de cerveza en su sitio.

Un poco de por favor, idiota. Que eres un hombre adulto, joder.

—Pensé que James era diferente —dijo la voz de Marco desde detrás de mí. Estaba de pie junto a la puerta.

—No pienses mal de él. Porque yo no lo hago —dije.

—No, no me refería a eso. —Marco sacudió la cabeza, y entró en mi cuarto para sentarse sobre mi escritorio—. Me refería a que pensé que sería diferente para ti. Pero al final te estás rindiendo con él, como lo hiciste con todos los demás.

Por un momento estuve tentado de pegarle un puñetazo en la cara.

—Solo eres un crío. Obligarlo a aceptar mis sentimientos no estaría bien, Marco. Me dejó porque quiere ser libre, y da igual cuánto me duela… Debo dejarle ir.

—Vale —dijo Marco—. Claro, tiene todo el sentido. Así que supongo que hablasteis de ello como dos adultos, ¿verdad?

Intenté tragarme el nudo que sentía en la garganta, pero era una batalla perdida.

—No, yo… No hablamos.

—Así que en realidad no sabes si esa es la razón por la que te dejó. Y te estás rindiendo con él sin preguntarle siquiera.

—Intenté hablar con él, ¿vale? —Estaba perdiendo la paciencia—. Pero si no quiere, no le voy a obligar. Perseguir a la persona a la que amas dejó de ser guay hace años. Ahora se llama acoso.

Marco suspiró.

—Ya, lo siento. —Se levantó, y se acercó a la puerta. Antes de marcharse, se giró un momento—. Supongo que os sobreestimé a los dos.

◆ ◆ ◆

Nos llevó casi dos horas decirle adiós a todo el mundo. Primero fuimos a ver al abuelo y a la abuela, y viendo al abuelo tan feliz mientras recordaba la boda no tuve el valor de contarles que James y yo habíamos roto.

Luego hicimos un tour por las casas de todos nuestros tíos y tías, y cada uno de ellos insistió en hacernos un café. Me bebí dos *espressos*, y estaba a punto de aceptar un tercero cuando Francesco me dio un manotazo en la nuca diciendo que no pensaba pasar doce horas en coche conmigo hasta las cejas cafeína. Yo estaba ya tan nervioso e inquieto que entendí lo que quería decir.

Nuestros amigos vinieron a despedirse a mi casa, para ayudarnos a cargar el coche. Dio igual la poca antelación; mamá logró llenar dos enormes cajas de cartón con todo tipo de comida.

Francesco me lanzó una mirada que claramente quería decir, *¿Cuánto tiempo me va a oler el coche a queso ahora?*. Yo me limité a decir:

—Alégrate, no vas a tener que ir a la compra en un tiempo.

Se me iban los ojos sin parar a casa de James. ¿Estaría en casa? No estaba en casa de Jenn cuando visitamos a sus padres, así que debía de estar en la suya. ¿Estaba mirando desde una de las ventanas?

Por favor, ven aquí. Pídeme que me quede.

En su lugar salieron Richard, Claire y Mary a decir adiós. Mary insistió en que nos siguiéramos mutuamente en redes sociales, y me dio un fuerte abrazo. Richard me deseó buena suerte con todo. No pude evitar darme cuenta de que estaban evitando por completo mencionar siquiera el nombre de James.

—Rob, ¿puedo hablar contigo a solas? —me preguntó Claire. Dejamos a los demás junto al coche, y nos alejamos hasta la valla que separaba ambas casas. Donde había hablado con James por primera vez—. Oí lo de la boda —me contó—. Sonó como una tremenda confesión de amor.

Me reí sin humor.

—Ya. Un tío de veintiséis años gritando delante de doscientas personas que quiere a un chaval al que conoce desde hace la friolera de un mes. Si lo digo así, no es de sorprender que me haya dado la patada.

Claire sacudió la cabeza.

—Creo que fue muy dulce. James… Es muy frágil, ¿sabes? Todavía tiene mucho que comprender, sobre él mismo y sobre las relaciones. Tú eres más mayor, y entiendo que estás buscando una relación estable, pero… Es demasiado pronto para él.

Aparté la vista, sintiéndome totalmente ridículo.

—Ya, me lo imaginaba. —Entonces sucumbí al estrés y los dos *espressos* que me corrían por las venas, por fin—. Cuidad de él, y esta vez de verdad. No le hagáis sentirse como si fuera basura nunca más.

Quizá no me correspondiera a mí decirle cómo criar a su hijo, pero me importaba una mierda. Si James estaba tan herido ahora, era porque Claire y Richard le habían fallado. Si pudiera quedarme a su lado, haría siempre lo imposible por hacerle sentir querido y atesorado.

Al contrario de lo que me esperaba, Claire no pareció enfadarse por lo que le acababa de decir.

—Me hace muy feliz, Rob, que te importe tanto mi hijo —me dijo, y se despidió con un delicado abrazo.

Esperé y recé hasta el último segundo para que James saliera de su casa. Pero no lo hizo.

Francesco condujo hasta salir del pueblo. No lograba decir una sola palabra. No podía ni pensar en nada que no fuera James. Lo había perdido. ¿Dónde me había equivocado?

Fra estaba tan callado como yo. Cuando paramos en un área de descanso cerca de Roma para almorzar, encontré por fin fuerzas para preguntarle qué pasaba. No estaba completamente seguro de ser capaz de tener una conversación en aquel momento, pero le debía un intento.

—Vale, hay algo que tengo que decirte. James me hizo prometer que te lo daría cuando llegásemos a Milán, pero…

Mi corazón se saltó un latido con sólo oír su nombre.

—¿James? ¿Has hablado con él?

—Pues claro. ¿Pensabas que me iba a ir sin decir adiós? —Fra abrió la mochila y sacó un sobre… Una carta, comprendí.

—¿Me ha escrito una carta? —dije, con los ojos fijos en el papel de color crema que tenía Francesco entre las manos.

—Sí, quería que te la diera cuando llegásemos a Milán. La cosa es que no puedo esperar tanto para dártela. —La mirada de Francesco se había oscurecido mucho, y casi temblaba—. Rob, amas a este chico. Fue estúpido e irracional, pero te enamoraste de él. Sé que crees que estás haciendo lo correcto, pero ¿y si no es así? ¿Y si los dos os arrepentís de esto el resto de vuestras vidas?

—Fra… —No tenía palabras.

—Echo de menos a Eric, Rob. ¿Te lo puedes creer? Ese hombre me rompió el corazón en mil pedazos y aun así lo echo de menos, tanto que duele. Desearía poder volver atrás. Desearía haberle preguntado por qué me ahuyentó. Ahora toda mi vida es un chiste, y da igual cuánto intente llenar el vacío en mi corazón con trabajo y sexo, los dos sabemos que no es más que mierda. Estoy roto, y no quiero que tú también te rompas. Tú…, te mereces algo mejor que eso.

No pensé que mencionaría a Eric tras tantos años. Me hice una nota mental para volver a hablar con él de ello cuando llegáramos a casa. Pero primero había otra cosa que tenía que hacer.

Me mordí la mejilla por dentro, y abrí la carta de James.

JAMES

Rob,

No estoy seguro de cómo empezar esta carta. Voy por el quinto intento. Creo que me gustaba cómo había empezado la segunda, pero la tiré y estoy demasiado cansado ahora mismo para rebuscar en la papelera, así que supongo que improvisaré y ya está.

Tenía la esperanza de poder hacer por lo menos esto bien, y escribirte una carta de despedida maravillosa, pero soy un caso perdido. Lo siento. Siento tantas cosas.

Toda mi vida he sido una decepción para la gente que me quiere. Ahora también soy una decepción para ti. Si empezara a disculparme, esta carta se extendería hasta el infinito. Ni siquiera estoy seguro de querer que me perdones… No creo que me lo merezca.

En vez de eso, quiero darte las gracias. Gracias, Rob, por ser el novio más increíble que podría haber tenido jamás. Me perdonaste por mis errores, me aceptaste, y me quisiste como nadie más lo ha hecho nunca, y como nadie más lo hará nunca.

Aunque no valga de mucho, te quiero. Te amo.

He amado cada beso, he amado cada roce, he amado cada palabra que me has dicho. Y te amaré a ti cada uno de los segundos que le quedan al resto de mi vida.

Desearía no ser un desastre. Desearía ser un chico normal de diecinueve años, sin problemas que me lastrasen. Desearía poder hacerte feliz. Pero no puedo, y mi mayor remordimiento, Rob, siempre será no haber sido digno de ti.

Aun así, estoy tan feliz de haberte tenido, incluso si solo ha sido por unas pocas semanas. Los recuerdos que hemos compartido me acompañarán para siempre, y nunca dejaré de pensar en ti.

Soñaré contigo, y con lo que podríamos haber sido. El recuerdo de tu tacto me despertará por las mañanas, y me arropará para dormir por las noches.

Siempre serás mi verano; estarás en el mar, en la arena y en el cielo nocturno. Cuando me sienta triste durante los largos inviernos, iré a mirar al océano. Te imaginaré a ti, esperándome en la playa con tu guitarra para mirar juntos las estrellas.

Por favor, no cambies por lo que te he hecho. No dejes de amar por mí. Creo que naciste para amar, Rob, y que lo haces de una forma hermosa.

Estoy seguro de que pronto un hombre con mucha suerte te podrá confirmar esto. Y él también te hará feliz, y te dará todo lo que yo nunca pude.

Rezaré por tu felicidad cada día el resto de mi vida.

Siempre tuyo,

James

ROBERTO

A quienquiera que dijese que los hombres adultos no deberían llorar: vete a tomar por culo.

—Marco tenía razón —le dije a Francesco mientras me ardían lágrimas en los ojos—. Debería haber hablado con James. No entendí nada sobre él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fra, pasándome un pañuelo.

—Pensé que mis sentimientos lo habían asustado. Pensé que no me quería.

Francesco me miró boquiabierto.

—Tienes que estar de coña. Todo lo que James hacía gritaba, continuamente, cuánto te quería. ¿¡Cómo podías no verlo!?

Me sequé las lágrimas, y me puse en pie.

—No lo sé, yo… Tenemos que volver.

JAMES

Todos nuestros vecinos y amigos del pueblo vinieron a despedirse antes de que nos marchásemos. Le apreté la mano a Jenn mientras todo el mundo nos deseaba a mi familia y a mí buena suerte, y nos pedía que volviéramos al año siguiente. Giuseppe, el padre de Rob, se ofreció a hablar con el propietario en nuestro nombre para que nos reservase la casa para el siguiente verano. Rosa había preparado tanta comida para que nos llevásemos que estábamos seguros de que el equipaje no pasaría de Aduanas, pero no tuvimos el valor de decírselo.

De forma inesperada, me abrazó y me deseó buena suerte, llamándome *figlio*, como lo había hecho el abuelo durante el día de la boda. Me alegraba que no me odiara pese al daño que le había hecho a su hijo.

—Seguimos en contacto, ¿vale? —dijo Marco antes de abrazarme. Me sentí fatal por haberle juzgado mal la primera vez que lo vi. No era para nada como los capullos que había en mi zona.

El último adiós fue el más duro. No lograba soltarle la mano.

—No te pongas a llorar —avisé a Jenn, haciendo lo que podía por contener las lágrimas yo mismo.

—Joder, claro que no. El llorón eres tú —dijo con ojos brillantes.

Tras un momento de silencio, susurré por fin:

—Te voy a echar tanto de menos.

Jenn rompió a llorar, y me envolvió el cuello con los brazos. La atraje hacia mí y la abracé con fuerza.

—Llámame cuando lleguéis a Roma, ¿vale? Y otra vez cuando aterricéis en Nueva York —dijo.

Asentí, y ella me dio un beso en la mejilla.

Mientras salíamos del pueblo con el coche, estábamos todos terriblemente callados. Mary se acurrucó contra mi costado en el asiento de atrás, y yo le pasé un brazo por los hombros. Marcharse debía de ser duro para ella también. Apreciaba que quisiera compartir aquel momento conmigo.

Había tenido la esperanza de que el dolor que sentía en el corazón mejorase a medida que nos alejábamos del mar, pero si acaso, se puso peor. Roberto debería haber llegado a Milán la noche pasada. Me preguntaba si habría leído mi carta. Quizá la había tirado sin leerla. Miré mi teléfono, rezando por recibir una llamada y odiándome por ser una puta contradicción con patas. *La doctora Westermann no va a saber ni por dónde empezar, cuando vuelva.*

En el aeropuerto, en Roma, abandoné al fin toda esperanza. Apagué el teléfono justo antes de hacer la fila para el control de seguridad. Distraído, miré al resto de gente que estaba de pie con nosotros. La mayoría eran más estadounidenses que volvían a casa, pero también oí al menos cuatro idiomas distintos que no conocía. Comencé a imaginar adónde podrían estar yendo, cuál podría ser su historia. Encontré cierto consuelo pensando que, entre tanta gente, no podía ser el único que volvía a casa con el corazón hecho pedazos.

Suspiré, y me preparé mentalmente para un vuelo terriblemente largo. Fui vagamente

consciente de que la multitud que teníamos detrás se volvía más ruidosa, pero no logré que me importase. Fuera lo que fuese lo que les había llamado la atención, conmigo no iba la cosa.

Solo me devolvió a la Tierra la voz de Mary cuando me llegó el turno de pasar el control de seguridad.

—James, ¿no están gritando tu nombre? —dijo, tirándome del brazo.

—¿Eh? —Me giré, y oí voces que no conocía chillando el nombre "James"; pero no podía ver quién gritaba con tanta gente. Sentí que me corría sudor frío por la nuca.

—Cariño, podría ser cualquiera —dijo mamá mientras intercambiábamos miradas de incredulidad.

—O no. —No me había esperado que papá dijera algo así. Se aclaró la garganta—. Ve si quieres. Mamá y yo esperaremos aquí con las bolsas.

Antes de que entendiera qué pasaba, Mary me cogió de la mano y me arrastró lejos de la fila. Caminé medio atontado, inseguro de qué estábamos haciendo, cuando por fin oí la voz de Rob. Estaba allí, y no estaba solo. Mis ojos buscaron los de Mary, y ella me dio un manotazo en el hombro y dijo:

—¿¡A qué esperas!? ¡Seguridad llegará en cualquier momento!

Parpadeé un par de veces, y me sentí como si me despertase de un mal sueño. Dejé atrás a Mary con un asentimiento de cabeza y comencé a correr.

—¡Rob! —grité en respuesta, abriéndome paso entre la multitud; hasta que lo vi. Llevaba la misma ropa del día anterior y parecía que llevaba un buen rato corriendo, con el pelo hecho un desastre y la cara sofocada de calor. Con él había lo que parecía un grupo de estudiantes universitarios de vacaciones, y todos ellos estaban gritando mi nombre.

Rob se giró hacia mí, corrió en mi dirección y me estrechó entre sus brazos tan rápido que no me dio tiempo a procesar lo que estaba pasando. Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras oía cómo nos aplaudía la gente a nuestro alrededor.

—James, te quiero —me dijo, y se le quebró un poco la voz—. Te quiero con tus fantasmas, te quiero con tu dolor, te quiero con tus miedos e inseguridades. Si no estás preparado, esperaré. Te esperaré para siempre, pero por favor, por favor, por favor, dame una oportunidad.

En brazos de Rob estaba en el cielo. ¿Por qué había tenido tanto miedo de sus sentimientos, cuando ahora eran lo único que importaba en el universo entero?

¿Estoy preparado para perderle? ¿Estoy preparado para darme por vencido con él para siempre?

El hombre que ahora me abrazaba no era el superhéroe perfecto que me imaginé al verlo por primera vez. Tenía tanto miedo como yo. Miedo de perder todo lo que podíamos ser, solo por paranoias sin sentido y expectativas estúpidas. Los recuerdos de las últimas semanas me corrieron por las venas, despertando todos mis nervios, pintando la realidad de colores brillantes que, comprendí, siempre habían estado ahí sin que yo los hubiera podido ver.

De pronto fue como si hubiera vuelto atrás en el tiempo un mes y estuviera sentado en una tumbona en el jardín, viendo a este hombre sonreírme. Pero esta vez sabía, en lo más profundo de mi corazón, que era mío.

—No puedo perderte —dije por fin, como si las palabras hubieran estado esperando todo aquel tiempo para salir de mí—. Te quiero, Rob, y soy tuyo.

A Roberto le brillaron los ojos de alegría, y una felicidad incendiaria me iluminó el corazón cuando me besó. Ahora todo tenía sentido. Había encontrado mi lugar en el mundo.

El grupo que había estado gritando mi nombre antes con Rob nos vitoreó al vernos

besarnos. Sentí que se me encendía la cara, y le susurré a mi novio al oído:

—Rob, ¿quién demonios es esta gente?

Arqueó las cejas.

—Universitarios españoles que están de tour por Europa en su caravana.

Parpadeé un par de veces.

—El coche de Fra se averió en Nápoles, mientras volvíamos —explicó Rob—, así que hice autostop hasta aquí, pero se me murió el teléfono y no pude llamarte, así que hemos corrido por toda la Terminal y creo que viene la policía ahora.

—Estás loco —me reí.

—Pero me quieres, con toda mi locura.

Moví las manos a su rostro, y le acaricié las mejillas con los pulgares.

—Así es.

Me dio un beso más en los labios.

—Entonces una noche o dos en la cárcel valen totalmente la pena.

—¡James! —La voz de Mary nos devolvió a la realidad—. Lo siento, Rob, tenemos que irnos. —Señaló a nuestros padres, al otro lado de la fila. Mamá hizo un gesto con la mano y señaló el reloj: nos estábamos quedando sin tiempo.

Me giré hacia Rob, teniendo otra vez ganas de llorar.

—*Ti amo* —susurré.

—James, te voy a esperar. Siempre. —Se inclinó para darme un último beso—. Si tú saltas, yo salto, ¿recuerdas?

Le sonreí.

¿Cómo podría olvidarlo?

EPÍLOGO

Mi visado era precioso. Podría pasarme horas mirándolo.

—James, guarda tu pasaporte en su sitio o acabarás perdiéndolo antes del vuelo —me dijo mamá mientras conducía. Habíamos ido a hacer la compra para Acción de Gracias.

—Lo sé, solo un segundo más —dije, con una sonrisa imposible de reprimir. ¿Cómo iba a estar tranquilo, cuando en una semana estaría de vuelta en Italia? De vuelta con Rob.

—Rosa y Giuseppe han sido muy amables al invitarte a pasar con ellos la Navidad. No olvides darles sus regalos en cuanto llegues.

Le lancé a mamá una mirada divertida. Qué italiana sonaba ahora.

Tras volver a casa, cuando terminó el verano, pasé mucho tiempo intentando pensar en qué hacer con mi vida. Examiné todas mis opciones, y pensé en la universidad y muchas posibles carreras. Pero al final la única idea que me emocionaba era la de estudiar lengua y literatura italianas. Y no cabía duda de que el mejor sitio para hacerlo era Italia.

Rob organizó una reunión de Skype con su amigo, que tenía una academia de italiano en Milán. Tras comentar mi situación, mandé la solicitud para un curso de preparación de nueve meses que me permitiría empezar la universidad al octubre siguiente. Había estado pensando en tomarme un año sabático de todas formas, así que aquella opción me sonaba perfecta.

—¿De verdad vas a poder aprender italiano en nueve meses? —me preguntó Mary mientras me ayudaba a hacer las maletas.

—Debería aprender lo suficiente para poder ir a clase —dije. Me sentía mal por marcharme justo después de Acción de Gracias, pero empezaba la escuela el siete de enero y me hacía falta algo de tiempo para asentarme antes de eso. La familia de Rob me había invitado a pasar con ellos la Navidad, y luego nos iríamos juntos a Milán.

Me vibró el teléfono, y lo cogí de inmediato. A esa hora solo podía ser él.

—Hey, ¿qué tal el trabajo? —le pregunté.

—Estoy hecho polvo —dijo Rob al otro lado—. Cogí algo de comer en McDonald’s, y pensé en ti. ¿Y tú? ¿Has comido ya?

—Sí —dije—. Compramos una pizza, y me hizo pensar en ti.

Hubo un momento de silencio.

—¿Te refieres a esa mierda con piña por encima a la que te atreves a llamar pizza?

Sabía que diría eso. No pude evitar reírme.

—Dios, necesitaba esto —dijo Rob con amor.

—¿El qué?

—Tu risa.

Sentí que se me calentaba la cara.

—No puedo esperar a volver a verte —confesé.

—Ya —suspiró—. Estoy tan harto del sexting.

—¡Rob! —grazné, horriblemente avergonzado. Me alegraba muchísimo no haber puesto la llamada en altavoz.

—Es broma. He hablado con mi familia esta mañana, y están todos muy emocionados

con que vayas a venir por Navidad. Mi abuela se encuentra mejor, y no puede esperar a conocerte. ¿Qué tal tu familia? Te van a echar muchísimo de menos, ¿sabes?

Le lancé una mirada a Mary, que en los últimos meses había estado pasando mucho tiempo conmigo.

—Lo sé. A papá le ha costado mucho creer que no necesito seguro médico. Estuvo en plan, "¿estás seguro de que lo has leído bien?" durante una semana.

Rob se rió.

—Igual tiene razón, ¿estás seguro?

—Qué gracioso. —Puse los ojos en blanco.

—Es normal que se preocupen por ti. Solo tienes diecinueve años, y te vas de casa para irte a vivir al otro lado del mundo con un hombre al que solo conoces desde hace unos meses.

Me quedé boquiabierto.

—Rob, ¿me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo?

Silencio.

—Espera, ¿no era ese el plan? Tampoco es que hayas buscado otro lugar en el que quedarte.

De hecho, no había buscado, no.

—Hostias, que vamos a vivir juntos de verdad.

Rob rompió a reír.

—Si no te convence la idea, estoy seguro de que Francesco te dejará quedarte con él un tiempo.

—Ah, no, de mí no te vas a librar tan fácilmente.

Podía notar su sonrisa a través del teléfono.

—Una semana más —dijo.

—Una semana más —confirmé, mordiéndome el labio con suavidad.

Una semana hasta que comenzara nuestra vida juntos.

Fin.

ACTO 3.— Fin.

EXTRACTO DEL SEGUNDO LIBRO:

Cuando fuimos fuego sobre fuego

FRANCESCO

Ser de Milán no solo depende de tu lugar de nacimiento. Es un estilo de vida. Es ser consciente de que eres parte de una ciudad cuyo corazón nunca deja de latir.

Ser milanés significa despertarse antes de que suene la alarma por la mañana, llegar a la oficina tan pronto como puedas y hacer tu trabajo. Y eso es lo que mejor se nos da a los milaneses: hacemos las cosas.

Mi primo y mejor amigo, Roberto, solía tomarme el pelo por ser el estereotipo viviente de un adicto al trabajo, lo cual yo nunca consideré cierto. No entiendo por qué dar lo mejor de ti para conseguir algo para ti, y para la compañía para la que trabajas, debería ser visto como insano o malo.

Me encantaba mi trabajo como desarrollador, y el trabajo me había salvado de mis pensamientos un sinfín de veces. Mi carrera tomó el control de mi vida y me dio un propósito en un momento en el que una relación fallida había destrozado todo lo que tenía. Así que no me importaba ser el primero en llegar a la oficina por la mañana y el último en irse a casa por la noche. No me importaba trabajar horas extra que no me pagaban, o estar disponible durante las vacaciones. *Mientras pueda mantener la mente ocupada…*

Hasta aquel día en que llegué tarde.

Fue una estúpida mañana de diciembre, en que mi gato Kimchi me dio con la pata en la cara tras haberse pasado toda la noche afilándose las uñas en *mi* sofá. Me arañó tanto que me sangraba la mejilla, e incluso si curarme el corte era una tremenda pérdida de tiempo, no quise jugármela.

Era hora punta cuando salí, y mientras me fijaba en la infinita hilera de coches atascados en el tráfico, me dejó de latir el corazón.

Eric había sido mi mayor fracaso y mi mayor arrepentimiento. No tenía sentido que estuviera en un taxi justo enfrente de mi casa, en Milán, a las ocho y media de la mañana. Pero no cabía duda de que era él. Y verlo por un instante a través de la ventanilla del taxi fue todo lo que necesité para volver seis años atrás.

Se me quedó el cuerpo paralizado, mientras todo lo que fuimos volvía a mí junto con la avalancha de emociones que debería haber olvidado hacía mucho tiempo. Sí, Eric había sido mi mayor fracaso. Pero también había sido el amor de mi vida.

Me obligué a exhalar entre dientes, conteniendo las lágrimas que me llenaban los ojos.

Mientras observaba cómo pasaba el taxi por mi lado lentamente, me di cuenta de que no se me había parado el corazón. Solo había empezado a latir de nuevo.

Continuará…

SOBRE LA AUTORA

Elen Chase es una escritora italiana especializada en ficción LGBTQIA+ New Adult. Nació en Italia del Sur, pero parte de su corazón se quedó en Japón después de vivir en el archipiélago nipón durante una breve temporada. Ahora reside en Florencia, Italia, donde se dedica a escribir romances con toques de drama y personajes complejos con pasados tortuosos. La salud mental está muy presente en todas sus obras, dado que Elen está muy comprometida con dicha causa. Aunque sus libros tienen fama por hacer llorar a sus lectores, en todos ellos el "felices para siempre" está garantizado. En opinión de Elen, a fin de cuentas, el mundo necesita más felicidad queer.

Puedes encontrar a Elen en su página web, elenchase.com, y en distintas redes sociales.
Instagram: @elenchase
Facebook: @chaseelen
Tumblr: chaseelen.tumblr.com

◆ ◆ ◆

[1] *N. de la T.: "Seim ais" es una aproximación fonética a "same eyes"; "mismos ojos", en inglés.*

[2] *N. de la T.: "Daddy issues" se refiere a la tendencia a establecer relaciones con hombres mucho mayores que la persona, supuestamente en busca del cariño y cualidades que no encontró en su propio padre durante la infancia y provocada precisamente por ello.*